

CORINTIOS

revista de teología y pastoral de la caridad

XIII

EL HAMBRE

EN EL MUNDO

A partir del documento
de COR UNUM

N.º 82 • Abril - Junio • 1997

CORINTIOS XIII

REVISTA DE TEOLOGÍA
Y PASTORAL DE LA CARIDAD

N.º 82. Abril-Junio 1997

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CÁRITAS ESPAÑOLA.
San Bernardo, 99 bis. 28015
Madrid. Apdo. 10095.

Teléf.: Suscripción: 444 10 37

Dirección: 444 10 02

Redacción: 444 10 30

EDITOR:

CÁRITAS ESPAÑOLA

Pedro Jaramillo
(Director)

Salvador Pellicer
(Consejero delegado)

Fidel García
(Coordinador)

COMITÉ DE DIRECCIÓN:

J. Losada

F. Duque

F. Fuente

A. García-Gasco Vicente

J. M. Ibáñez

P. Martín

A. M. Oriol Tataret

J. M. Osés

V. Renes

R. Rincón

M.ª L. Castillo Chamorro

Imprime:

Gráficas Arias Montano, S.A.

MÓSTOLES (Madrid)

Depósito legal: M. 7.206-1977

I.S.S.N.: 0210-1858

SUSCRIPCIÓN:

España: 4.100 pesetas.

Europa: 6.300 pesetas.

América: 60 dólares.

Precio de este ejemplar:

1.500 pesetas

COLABORAN
EN ESTE NÚMERO

MONS. IVÁN MARÍN, Arzobispo de
Popayán (Colombia).

LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL SAN-
TABÁBARA, Profesor del Institu-
to Superior de Pastoral (Madrid).

MARCIANO VIDAL, Director del Ins-
tituto Superior de Ciencias Mora-
les (Madrid).

BARTOMEU BENNÀSSAR, Profesor
de Teología del CETM (Centro de
Estudios Teológicos de Mallorca).

MONS. JOSÉ V. EGUIGUREN S., Se-
cretario General Adjunto de la
Conferencia Episcopal Ecuatoriana,
miembro de COR UNUM.

JOSÉ M.ª IBÁÑEZ, CM., Delegado
Eposcopal de Cáritas Madrid.

CORINTIOS

revista de teología y pastoral de la caridad

XIII

EL HAMBRE

EN EL MUNDO

A partir del documento

de COR UNUM

N.º 82 • Abril - Junio • 1997

Todos los artículos publicados en la Revista CORINTIOS XIII han sido escritos expresamente para la misma, y no pueden ser reproducidos total ni parcialmente sin citar su procedencia.

La Revista CORINTIOS XIII no se identifica necesariamente con los juicios de los autores que colaboran en ella.

SUMARIO

	<i>Páginas</i>
PRESENTACIÓN	5
DOCUMENTO	
<i>El hambre en el mundo. Un reto para todos: el desarrollo solidario.</i> Arzobispo Paul Josef Cordes y Monseñor Iván Marín	9
ARTÍCULOS	
<i>Un reto para todos.</i> Monseñor Iván Marín	101
<i>La realidad del hambre.</i> Luis González-Carvajal Santabábara	113
<i>Una ética de la solidaridad contra el hambre.</i> Marciano Vidal	133
<i>Hacia una economía más solidaria.</i> Bartomeu Bennassar .	153
<i>La Iglesia ante el hambre en el mundo, en el Jubileo del año 2000.</i> Monseñor José V. Eguiguren S.	175
<i>El hambre: un llamamiento al amor.</i> José M. ^a Ibáñez, C. M. .	193

DOCUMENTACIÓN

Síntesis y guía de lectura del documento «El hambre en el mundo». Secretariado Social Diocesano. Escuela Social de la Iglesia Asturiana 215

INFORMACIÓN JORNADAS

VIII Curso de Formación de Doctrina Social de la Iglesia 233

XII Jornadas de Teología de la Caridad 237

PRESENTACIÓN

Es como el retumbar de un trueno de Dios. Primero, en el marco de la preocupación de los organismos internacionales, fue Juan Pablo II, en la Cuaresma del pasado año, el portavoz angustiado de su clamor: «La muchedumbre de los hambrientos, constituida por niños, mujeres, ancianos, emigrantes, prófugos y desamparados, eleva hacia nosotros su grito de dolor.» El grito de los que mueren de hambre delante de nosotros es sólo un estertor. Hay que gritar por ellos. Después ha sido «Cor Unum», con su estremecedor Documento «El hambre en el mundo», dado a la luz hace unos meses, apenas el 4 de octubre, cuando la Iglesia recuerda al «poverello» de Asís. Ahora, en los días del «Corpus», cuando celebramos el recuerdo del «Pan de Dios», es Cáritas y CORINTIOS XIII las que se hacen también eco del grito de los hambrientos de la Tierra a través de este número que comenta el Documento de «Cor Unum», y así el trueno de Dios en favor de sus hijos se haga eco en todas las instituciones de acción socio-caritativa.

En la primera parte publicamos el Documento íntegro, elaborado por el Pontificio Consejo «Cor Unum», a quien agradecemos su permiso de publicación. Sobre este Docu-

mento algunos autores nos plantean comentarios y reflexiones que se recogen en la segunda parte de este número.

Primero, como voz que entrega el testigo de «Cor Unum», su antiguo secretario, Monseñor Iván MARÍN, preconizado arzobispo de Popayán (Colombia), presenta el Documento sobre «El hambre en el mundo» desde la perspectiva de su nacimiento en Roma.

Luis GONZÁLEZ DE CARVAJAL, profesor del Instituto Superior de Pastoral de Madrid y voz profética e ilustrada en favor de todos los oprimidos, introduce el problema de la realidad sangrante del hambre y la muerte en el mundo de los graneros llenos.

La sabiduría alfonsiana de Marciano VIDAL, Director del Instituto Superior de Ciencias Morales, profundiza en el problema desde la reflexión sobre la Ética de la solidaridad, frente al «egoísmo ilustrado» o la «cooperación calculada».

La importante dimensión económica del problema es analizada por el profesor Bartomeu BENNÀSSAR, del Centro de Estudios Teológicos de Mallorca, que atiende al fondo de lo que debe estar siempre presente en todas las Ciencias del Hombre, también en la Economía: la «mirada samaritana», mirada humana. Ella es la que puede llevar a una Economía solidaria y eficaz.

José M.^a IBÁÑEZ, Delegado Episcopal de Cáritas Madrid, en su artículo «El hambre: un llamamiento al Amor», descubre el sentido que en el designio de Dios puede tener este signo estremecedor de nuestro tiempo: una llamada a la civilización del amor a través de una «sobriedad compartida».

Desde Ecuador, Monseñor J. V. EGUIGUREN, Secretario General Adjunto de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana y miembro de «Cor Unum», nos proporciona las claves prácticas para una lectura cristiana del Documento.

Finalmente, el Secretario Social Diocesano del Arzobispado de Oviedo nos da a conocer el eco que el Documento ha tenido en la Iglesia de Asturias, y al mismo tiempo, desde

la fuerza de lo concreto, nos ofrece una pauta que puede inspirar nuestra propia reacción.

Lo que importa es comprender que el Documento nos recuerda un reto ineludible para todo creyente hoy. El hambre y la muerte no esperan. El hambre de Cristo tiene hoy unas dimensiones nunca alcanzadas. Y las palabras de la carta de Juan nos urgen más que nunca desde nuestra sociedad de bienestar: «si alguno posee bienes de la tierra, ve a su hermano pasar necesidad y le cierra su corazón, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios? Hijos míos, no amemos de palabra ni de boca, sino con obras y de verdad» (1 Jn 3,17 s.).

JOAQUÍN LOSADA, S. J.
Consejo de Redacción



documento

EL HAMBRE EN EL MUNDO.

UN RETO PARA TODOS:

EL DESARROLLO SOLIDARIO

ARZOBISPO PAUL JOSEF CORDES
MONSEÑOR IVÁN MARÍN

PRESENTACIÓN

Me complace poder presentar el documento «El hambre en el mundo. Un reto para todos: el desarrollo solidario», que ha sido atentamente preparado por el Pontificio Consejo «Cor Unum» por indicación del Santo Padre Juan Pablo II. Precisamente este año el Sucesor de Pedro en su Mensaje Cuaresmal se hizo portavoz de aquellos carentes del mínimo vital: «La muchedumbre de hambrientos, constituida por niños, mujeres, ancianos, emigrantes, prófugos y desocupados, eleva hacia nosotros su grito de dolor. Nos imploran, esperando ser escuchados.»

Este documento se sitúa en el camino señalado por Cristo a sus discípulos. Las promesas y el mensaje de Jesús convergen efectivamente en la manifestación que «Dios es amor» (1 Jn 4, 8), un amor que redime al hombre y lo rescata de sus múltiples miserias para restituirle su plena dignidad. La Iglesia a lo largo de los siglos ha puesto innumerables signos concretos de la misericordia de Dios. Su historia podría ser escrita como una historia de la caridad hacia los pobres, teniendo por protagonistas a los cristianos que han testimoniado a sus hermanos necesitados el amor de Cristo que da la vida por el prójimo.

Este estudio se propone ser una contribución al compromiso de los cristianos de compartir las angustias del hombre de hoy. Los temas tratados son de grande actualidad; éstos se refieren tanto a la descripción del hambre en el mundo, como a las implicaciones éticas de la cuestión, que tocan a todos los hombres de buena voluntad.

La publicación es de particular importancia en vista del Gran Jubileo del Año 2000 que la Iglesia se prepara a celebrar. El espíritu del documento no se alimenta en ninguna ideología, sino que se deja guiar por la lógica evangélica e invita a seguir a Jesucristo en la vida diaria.

Auguro una amplia difusión a esta publicación, confiando que pueda contribuir a formar la conciencia en el ejercicio de la justicia distributiva y de la solidaridad humana.

✠ ANGELO CARD. SODANO

Secretario de Estado

Ciudad del Vaticano, 4 de octubre de 1996

Fiesta de San Francisco de Asís

EL HAMBRE EN EL MUNDO UN RETO PARA TODOS

«La amplitud del fenómeno pone en tela de juicio las estructuras y los mecanismos financieros, monetarios, productivos y comerciales que, apoyados en diversas presiones políticas, rigen la economía mundial: ellos se revelan casi incapaces de absorber las injustas situaciones sociales heredadas del pasado y de enfrentarse a los urgentes desafíos y a las exigencias éticas. Sometiendo al hombre a las tensiones creadas por él mismo, dilapidando a ritmo acelerado los recursos materiales y energéticos, comprometiendo el ambiente geofísico, estas estructuras hacen extenderse continuamente las zonas de miseria y con ella la angustia, frustración y amargura...». «No se avanzará en este camino difícil de las indispensables transformaciones de las estructuras de la vida económica, si no se realiza una verdadera conversión de las mentalidades y de los corazones. La tarea requiere el compromiso decidido de hombres y de pueblos libres y solidarios.»

(JUAN PABLO II, Carta Encíclica
Redemptor hominis, 1979, núm. 16)

INTRODUCCIÓN (1)

El derecho a la alimentación es uno de los principios proclamados en 1948 por la *Declaración Universal de Derechos Humanos* (2).

La *Declaración sobre el Progreso y el Desarrollo en lo Social* precisaba, en 1969, que es necesaria «la eliminación del hambre y la malnutrición y la garantía del derecho a una nutrición adecuada» (3). Asimismo, la *Declaración universal para la eliminación definitiva del hambre y de la malnutrición*, aprobada en 1974, dice que toda persona tiene el derecho inalienable de ser liberada del hambre y de la malnutrición para poder desarrollarse plenamente y conservar sus facultades físicas y mentales (4).

En 1992 la *Declaración Mundial sobre la Nutrición* reconocía también que «el acceso a una alimentación nutricionalmente adecuada y sana es un derecho universal» (5).

Se trata de afirmaciones muy claras. La conciencia pública ha hablado sin ambigüedades. No obstante, millones

(1) En la elaboración de este documento se han tenido en cuenta, en especial, los trabajos más variados y recientes; sin embargo, el hecho de que estén citados en el presente documento no implica su aprobación integral o sin reservas.

(2) Cf. ONU (ORGANIZACIÓN DE LAS NACIONES UNIDAS): *Declaración Universal de Derechos Humanos*, aprobada y proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en su Resolución 217 A (III), del 10 de diciembre de 1948, artículo 25.1.

(3) ONU: *Declaración sobre el Progreso y el Desarrollo en lo Social* proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en su Resolución 2.542 (XXIV), del 11 de diciembre de 1969, II, art. 10b.

(4) Cf. ONU: *Conferencia Mundial de la Alimentación*, Roma, 16 de noviembre de 1974, núm. 1.

(5) FAO (Food and Agriculture Organization-Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación) y OMS (Organización Mundial de la Salud), *Conferencia Internacional sobre Nutrición*, *Declaración Mundial sobre Nutrición*, Informe final de la Conferencia, núm. 1, Roma 1992.

de personas están marcadas todavía por los estragos del hambre y de la malnutrición o por las consecuencias de la inseguridad alimentaria. ¿Radica la causa en la carencia de alimentos? Absolutamente no. Está reconocido, generalmente, que los recursos de la Tierra, considerados en su totalidad, pueden alimentar a todos sus habitantes (6); en efecto, los alimentos disponibles por habitante, a nivel mundial, han aumentado alrededor de un 18 % en los últimos años (7).

El desafío que se plantea a toda la Humanidad es, desde luego, de orden económico y técnico, pero más que todo de orden ético-espiritual y político. Es una cuestión de solidaridad vivida, de desarrollo auténtico y de progreso material.

I. La Iglesia considera que no se pueden abordar los campos económico, social y político prescindiendo de la dimensión trascendente del hombre. La filosofía griega, que impregnó tan profundamente el mundo occidental, era ya de ese parecer: el hombre no puede descubrir y perseguir la verdad, el bien y la justicia por sus propios medios si su conciencia no está iluminada por lo divino. En efecto, es precisamente la luz divina que ayuda a la naturaleza humana a tomar en debida consideración los deberes hacia los demás.

Según el pensamiento cristiano, la gracia divina es la que da al ser humano la fuerza necesaria para actuar de acuerdo

(6) Cf. *ibíd.*, nota 2; Cf. también FAO: *Necesidades y recursos. Geografía de la agricultura y la alimentación*, Roma, 1955, pág. 16: «El promedio de calorías diarias disponibles es de 2.700 por persona en el mundo entero, suficiente para satisfacer las necesidades energéticas de todos. Sin embargo, los alimentos no se producen ni se distribuyen equitativamente. Ciertos países producen mayor cantidad de alimentos que otros, si bien los sistemas de distribución y el ingreso familiar determinan la accesibilidad de los alimentos.»

(7) Cf. FAO: *Agricultura: hacia el año 2010*, Doc. C 9.324. Roma, 1993, pág. 1.

con su propia consciencia (8). La Iglesia, por tanto, hace un llamamiento a todos los hombres de buena voluntad a realizar esa tarea de titanes. El Concilio Vaticano II afirmaba: «Habiendo como hay tantos oprimidos actualmente por el hambre en el mundo, el sacro Concilio urge a todos, particulares y autoridades, a que recuerden aquella frase de los Padres: “Alimenta al que muere de hambre, porque, si no lo alimentas, lo matas”» (9). Esa advertencia solemne invita a comprometerse firmemente en la lucha contra el hambre.

2. La urgencia de ese problema impulsa a este Pontificio Consejo a presentar aquí algunos elementos de su investigación; es su deber invocar la responsabilidad individual y colectiva para que se establezcan soluciones más eficaces. Además, apoya a todos los que se dedican, con tanta abnegación, a ese objetivo tan noble.

El presente documento trata de analizar y describir las causas y las consecuencias del fenómeno del hambre en el mundo de manera global y no exhaustiva. La reflexión se inspira específicamente en el Evangelio y en la enseñanza social de la Iglesia. No se trata aquí el problema coyuntural; no se concentra en estadísticas sobre la situación actual o el número de personas que están en peligro de morir de hambre; tampoco en datos con el porcentaje de subalimentados o sobre las regiones más amenazadas y las acciones económicas que se han de prever. Inspirado por la misión pastoral de la Iglesia, este documento se propone ser un llamamiento insistente a sus miembros y a toda la Humanidad, pues la Iglesia

(8) Cf. CONC; ECUM; VAT. II, Constitución pastoral *Gaudium et spes* (1965), n. 40: «... La Iglesia avanza juntamente con toda la Humanidad, experimenta la suerte terrena del mundo, y su razón de ser es actuar como fermento y como alma de la sociedad, que debe renovarse en Cristo y transformarse en familia de Dios. Esta compenetración de la ciudad terrena y de la ciudad eterna sólo puede percibirse por la fe...»

(9) CONC; ECUM; VAT; II, Constitución pastoral *Gaudium et spes* (1965), n. 69.

«es “experta en humanidad”, y esto la impulsa a extender necesariamente su misión religiosa a los diversos campos en los cuales hombres y mujeres desarrollan sus actividades en busca de la felicidad, aunque siempre relativa, posible en este mundo» (10). La Iglesia, hoy, se hace eco de la pregunta provocante que Dios hace a Caín cuando le pide cuentas de la vida de su hermano Abel: «¿Qué es lo que has hecho? La sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra...» (Gn 4, 10). Aplicar ese versículo duro, casi insoportable, a la situación de nuestros contemporáneos que mueren de hambre no es una exageración injusta o agresiva; esas palabras muestran una prioridad y se proponen conmover nuestras conciencias.

Es ilusorio esperar soluciones ya hechas; estamos en presencia de un fenómeno vinculado a las opciones económicas de los dirigentes, y responsables, así como también de productores y consumidores; también en nuestro modo de vivir se hallan profundas raíces. Este llamamiento es, pues, una invitación a todos y a cada uno, con la esperanza de llegar a un progreso decisivo, gracias a unas relaciones humanas siempre más solidarias.

3. El presente documento se dirige a los católicos del mundo entero y a los líderes nacionales e internacionales que tienen competencia y responsabilidades en ese campo; y se propone llegar también a todas las organizaciones humanitarias, así como a todo hombre de buena voluntad. Con él se desea animar a los miles de personas de toda condición y profesión que diariamente se prodigan para que todos los pueblos logren «sentarse a la mesa del banquete común» (11).

(10) JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Sollicitudo rei socialis* (1987), núm. 41, AAS 80 (1988), 570.

(11) JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Sollicitudo rei socialis* (1987), núm. 33, l.c. 558; cf. también PABLO VI, Carta Encíclica *Populorum progressio* (1967), n. 47 AAS 59 (1967), 280.

CAPÍTULO I

LAS REALIDADES DEL HAMBRE

El desafío del hambre

4. El planeta podría proporcionar a cada cual la ración de alimentos que necesita (12).

Para responder al desafío del hambre, es preciso ante todo enfocar sus numerosos aspectos y sus verdaderas causas, pero las realidades del hambre y la malnutrición no se conocen todas de forma precisa. No obstante, algunas causas importantes han sido identificadas. En primer lugar se presentan los motivos de esta iniciativa; y luego las causas principales de esa plaga.

Un escándalo que ha durado demasiado: el hambre destruye la vida

5. No hay que confundir el hambre con la malnutrición. El hambre es una amenaza, no sólo para la vida de las personas, sino también para su dignidad. Una carencia grave y prolongada de alimentos provoca el deterioro del organismo, apatía, pérdida del sentido social, indiferencia y a veces incluso crueldad hacia los más débiles, niños y ancianos en particular. Grupos enteros se ven condenados a morir en la degradación. Esta tragedia, desafortunadamente, se repite en el transcurso de la Historia; sin embargo, hay conciencia, más que en otros tiempos, que el hambre constituye un escándalo.

Hasta el siglo XIX, las oleadas de hambre que diezaban a enteras poblaciones procedían, por lo general, de causas na-

(12) Cf. FAO: *Necesidades y recursos. Geografía de la agricultura y la alimentación*, Roma, 1995, pág. 16. Cf. también nota 5.

turales. Hoy día están más circunscritas y en la mayoría de los casos son producto del comportamiento humano. Es suficiente mencionar algunas regiones o países para convencerse de ello: Etiopía, Camboya, ex Yugoslavia, Ruanda, Haití... En una época en la que el hombre, mucho más que antes, tiene la posibilidad de afrontar el hambre, esas situaciones constituyen una verdadera deshonra para la Humanidad.

La malnutrición compromete el presente y el porvenir de una población

6. Los grandes esfuerzos desplegados han dado frutos; hay que tener en cuenta, sin embargo, que la malnutrición está más difundida que el hambre y asume formas muy distintas. Es posible estar malnutridos sin tener hambre. El organismo no deja por esto de perder sus potencialidades físicas, intelectuales y sociales (13). La malnutrición puede ser cualitativa, debido a una dieta mal equilibrada (por exceso o por carencia). Con frecuencia es también cuantitativa y llega a ser aguda en tiempo de carestía. Algunos la llaman entonces desnutrición o subalimentación (14). La malnutrición es-

(13) Cf. ALAN BERG: *Malnutrition: What can be done? Lesson from World Bank Experience*, The John Hopkins University Press for World Bank, Baltimore MD, 1987.

(14) Estudios realizados por la FAO y la OMS han establecido que el mínimo diario de calorías necesarias es de 2.100, mientras la disponibilidad diaria de alimentos debe equivaler a 1,55 veces el metabolismo basal; por debajo de esos parámetros, se puede considerar que una persona sufre de subalimentación crónica (cf. FAO y OMS: *Conferencia Internacional sobre Nutrición. Nutrición y desarrollo: una evaluación mundial*, Roma, 1992). En el mundo hay todavía alrededor de 800 millones de personas subalimentadas: cada adulto necesita un promedio de unas 2.500 calorías diarias. Los habitantes de los países industrializados tienen un excedente de unas 800 calorías diarias, mientras los habitantes de los países en desarrollo tienen que conformarse con dos tercios de esta ra-

timula la difusión y las consecuencias de algunas enfermedades infecciosas y endémicas y aumenta la tasa de mortalidad, en especial en los niños de menos de cinco años de edad.

Principales víctimas: las poblaciones más vulnerables

7. Los pobres son las primeras víctimas de la malnutrición y del hambre en el mundo. Ser pobre significa, casi siempre, verse más fácilmente atacado por los numerosos peligros que comprometen la supervivencia y tener una menor resistencia a las enfermedades físicas. A partir de los años ochenta, este fenómeno se ha ido agravando y amenaza a un número creciente de personas en la mayoría de los países. En medio de una población pobre, las primeras víctimas son siempre los individuos más frágiles: niños, mujeres embarazadas o que amamantan, enfermos y ancianos. Hay que señalar también otros grupos humanos en gran peligro de deficiencia nutricional: las personas refugiadas; las que se han desplazado en sus propios países; las víctimas de acontecimientos políticos.

El punto máximo de escasez alimentaria hay que buscarlo en los cuarenta y dos países menos avanzados (PMA), de los cuales veintiocho están en África (15). «Unos 780 millones de habitantes de los países en desarrollo —el 20 % de su población— no tienen todavía acceso a alimentos suficientes para satisfacer las necesidades básicas diarias a fin de lograr el bienestar nutricional» (16).

ción (cf. *Le Sud dans votre assiette. L'interdépendance alimentaire mondiale*, Ottawa, CRDI, 1992, pág. 26).

(15) Cf. Documento preparatorio de la CNUCED (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo) en la segunda Conferencia de las Naciones Unidas sobre los Países Menos Avanzados, París, 1990.

(16) FAO Y OMS: *Conferencia Internacional sobre Nutrición. Declaración Mundial sobre la Nutrición*. Informe final de la Conferencia, núm. 2, Roma, 1992.

El hambre engendra el hambre

8. En los países en desarrollo no es raro que las poblaciones que viven de una agricultura de subsistencia con rendimiento muy bajo padezcan el hambre en el intervalo entre dos cosechas. Si las cosechas anteriores ya han sido malas, puede sobrevenir la carestía y provocar una fase aguda de malnutrición que debilitará los organismos y los pondrá en peligro en el momento preciso en que serían necesarias todas las fuerzas para preparar la cosecha siguiente. La carestía compromete el porvenir: se comen las semillas, se roban los recursos naturales, se acelera la erosión, la degradación o la desertificación de los suelos.

Fuera de la distinción entre hambre (o carestía) y malnutrición, hay que mencionar la inseguridad alimentaria como un tercer tipo de situación, cuya consecuencia es provocar el hambre o la malnutrición, pues impide planificar y emprender trabajos a largo plazo para promover y lograr un desarrollo sostenible (17).

Causas reconocibles

9. Los factores climáticos y los cataclismos de todo tipo, por importantes que sean, están muy lejos de ser las únicas causas del hambre y la malnutrición. Para compren-

(17) Cf. BANCO MUNDIAL, *Poverty and Hunger*, 1986. Este documento describe los distintos grados de inseguridad alimentaria (transitorios o crónicos), las causas económicas de tales situaciones y las maneras de mitigarlas a medio y a corto plazo. Esta distinción es útil, pero tiene el inconveniente de no reflejar inmediatamente las correlaciones entre las diversas causas, lo que destacaría mejor su orden de importancia, pues algunas causas son, al mismo tiempo, los efectos de causas más profundas.

La noción de «sostenibilidad» tuvo en un principio el significado de desarrollo compatible con el respeto del medio ambiente físico; actualmente esta noción incluye también la idea de permanencia del desarrollo.

der bien el problema del hambre, conviene considerar todo el conjunto de las causas, coyunturales o durables, así como su interrelación. Veamos las principales, agrupándolas según las categorías acostumbradas, económicas, socio-culturales y políticas.

A) CAUSAS ECONÓMICAS

Causas profundas

10. El hambre nace, en primer lugar, de la pobreza. La seguridad alimentaria de las personas depende esencialmente de su poder adquisitivo y no de la disponibilidad física de alimentos (18). El hambre existe en todos los países: ha vuelto a aparecer en los países europeos, tanto del Oeste como del Este, y está muy difundida en los países poco o mal desarrollados.

A pesar de todo, la historia del siglo XX enseña que la escasez de recursos económicos no es una fatalidad. Numerosos países han despegado económicamente y siguen haciéndolo ante nuestros ojos; otros, en cambio se hunden, víctimas de políticas —nacionales o internacionales— fundadas en falsas premisas.

El hambre puede provenir al mismo tiempo:

a) De políticas económicas equivocadas. Las malas políticas económicas de los países desarrollados afectan indirectamente, pero con fuerza, a todos los que carecen de recursos económicos en cualquier país.

b) De estructuras y costumbres poco eficaces y que incluso llegan a destruir la riqueza de los países:

(18) Cf. BANCO MUNDIAL, *Poverty and Hunger*, 1986.

— a nivel nacional, en países cuya salida del subdesarrollo tiene altos costos sociales (19): los grandes organismos, públicos o privados, que ejercen monopolio, lo que a veces es inevitable, se han transformado en freno, en vez de ser motor del desarrollo; los reajustes estructurales emprendidos en varios países desde hace diez años lo han demostrado;

— a nivel nacional en los países desarrollados: sus deficiencias se notan menos en el ámbito internacional, pero son igualmente perjudiciales para todos los desfavorecidos del mundo, directa o indirectamente;

— a nivel internacional: las restricciones para el comercio y los incentivos económicos a veces desordenados;

c) De comportamientos deplorables en el ámbito moral: búsqueda del dinero, el poder y la imagen pública, por sí mismos; menor sentido del servicio a la comunidad, en beneficio exclusivo de personas o de grupos; y no olvidemos la corrupción considerable que se presenta bajo muy distintas formas y contra la cual ningún país puede preciararse de estar protegido.

Todo lo anterior expresa la contingencia de toda acción humana. En efecto, a menudo, a pesar de las buenas intenciones, se han cometido errores que han provocado situaciones de precariedad. El hecho mismo de notarlas ayuda a encaminarse hacia su solución.

El desarrollo económico es algo que se ha de cultivar; tanto las instituciones como las personas deben repartirse

(19) La expresión francesa «pays en mal de développement», aquí se traduce por «países en desarrollo con altos costos sociales», se usa cuando desborda del campo meramente económico, se aplica a los países donde el desarrollo económico y social es excesivamente costoso en términos de sufrimiento humano, de desgaste de medios financieros, e implica igualmente un abandono de conocimientos y prácticas ya experimentadas, así como la destrucción de activos adquiridos a lo largo de los siglos.

las responsabilidades. La doctrina social de la Iglesia y el análisis de sus encíclicas sociales puede iluminar eficazmente la función del Estado.

La causa profunda de la falta de desarrollo, o de un desarrollo con altos costos sociales, es de orden ético. Llama en causa la voluntad y capacidad de servir gratuitamente a los hombres, a través de los hombres y para los hombres. Comprende todos los niveles, la realidad compleja de las estructuras, legislaciones y comportamientos; se manifiesta en la concepción y en la realización de actos cuyo alcance económico puede ser grande o pequeño.

Las recientes evoluciones económicas y financieras en el mundo ilustran esos fenómenos complejos; el factor técnico y el moral intervienen en ellos muy especialmente y determinan los resultados de las economías. A continuación se trata de la crisis de la deuda en la mayoría de los países en desarrollo con altos costos sociales, y de las medidas de reajuste que se han tomado o se van a tomar.

La deuda de los países en desarrollo con altos costos sociales

11. El alza exagerada y unilateral del precio del petróleo en 1973 y 1979 afectó profundamente a los países no productores, desbloqueó liquideces financieras considerables que el sistema bancario intentó reciclar y produjo una crisis en el desarrollo económico general que golpeó especialmente a los países pobres. Por múltiples razones, durante los años setenta y ochenta, la mayoría de los países pudieron contratar préstamos notables con tasa variable y, por lo que se refiere a los países de América Latina y África, contribuyeron a desarrollar de manera espectacular el sector público. Este periodo de dinero fácil fue ocasión de muchos excesos: proyectos inútiles, mal concebidos o mal realizados; destrucción brutal

de las economías tradicionales; aumento de la corrupción en todos los países. Algunos países de Asia evitaron esos errores, lo que les permitió un desarrollo más rápido.

El aumento vertiginoso de las tasas de interés —provocado por el simple juego del mercado no controlado y probablemente no controlable— puso a la mayoría de los países de América Latina y de África en una situación de cese de pago, lo que provocó fenómenos de fuga de capitales que, a muy corto plazo, se transformaron en amenaza para el tejido social local —ya mediocre y frágil— y para la existencia misma del sistema bancario. Se vio, entonces, la amplitud de los perjuicios en todos los niveles: económico, estructural y moral. Como siempre, se buscaron primero soluciones meramente técnicas y de organización. Es evidente, sin embargo, que esas medidas, —que cuando son buenas son necesarias— deben estar acompañadas de un cambio de comportamientos por parte de todos y, en particular, de esas personas que en todos los países y en todos los niveles no sufren la enorme presión que ejerce la pobreza sobre su nivel de vida.

A principios del periodo de reajuste, las transferencias fueron negativas: bloqueo de los préstamos; precio del petróleo mantenido artificialmente a un nivel intolerable para los países en desarrollo; disminución de los precios de las materias primas provocado por el retraso en el desarrollo económico y, simultáneamente, la crisis de la deuda. A esto se sumó la reacción demasiado lenta de los organismos internacionales, con pocas excepciones. Durante ese tiempo, el nivel de vida en los países excesivamente endeudados comenzaba a decaer.

En esto se puede apreciar cuánta sabiduría, y no sólo conocimientos técnicos y económicos, requiere el manejo del dinero. La puesta en circulación de una gran cantidad de medios financieros puede provocar daños estructurales y personales, en vez de servir a todos para el progreso y para dar un salto de calidad a los más desfavorecidos.

He aquí la conclusión que debemos sacar: el desarrollo de los hombres pasa a través de su capacidad de altruismo, es decir, de su capacidad de amar; lo que es de enorme importancia en el ámbito práctico. Brevemente, y en términos realistas, el amor no es un lujo, es una condición para la supervivencia de los seres humanos.

Los programas de reajuste estructural

12. En muchos países, la violencia de los fenómenos monetarios ha exigido medidas muy enérgicas para calmar las crisis y restablecer los grandes equilibrios. Por su misma naturaleza, esas medidas llevan a fuertes disminuciones del poder adquisitivo medio de la nación.

Las dificultades y los sufrimientos provocados por las crisis económicas son considerables, incluso si su solución permite la reconstrucción de un bienestar.

La crisis pone de relieve las debilidades del país, constitutivas o adquiridas, las que se originan en los errores de desarrollo cometidos por los sucesivos Gobiernos, por sus asociados e incluso por la comunidad internacional. Esas debilidades se manifiestan de múltiples formas, que a menudo no aparecen sino *a posteriori*; nacen, a veces, del proceso de independencia, pues lo que constituía la fuerza del poder colonial pudo ser causa de la fragilidad del país independiente, sin que se dieran fenómenos de compensación. Es preciso notar el peso que tienen los grandes proyectos; son momentos fundamentales en los que se siente con apremio la necesidad de solidaridad. En realidad, el primer efecto de esas políticas de recuperación es la reducción del desembolso global y por consiguiente de los ingresos. A las personas de escasos recursos económicos se les presenta una sola alternativa: creer en los dirigentes que se van sucediendo o tratar de deshacerse de ellos.

Con frecuencia son víctimas de grupos ambiciosos que anhelan el poder por ideología o por codicia, prescindiendo de todo proceso democrático, recurriendo de ser necesario a fuerzas externas.

Una reforma económica exige, por parte de los dirigentes, una gran aptitud para la decisión política. He aquí un criterio para la calidad de su acción: no sólo el éxito técnico del plan de estabilización, sino la aptitud para conservar el apoyo de la mayoría de la población, incluso de los más desfavorecidos. Para ello, deberán ser capaces de convencer a los demás estratos de la sociedad a que asuman una parte real de la carga. Se trata, en este caso, del pequeño grupo de personas de altos ingresos con un nivel internacional, pero también de los funcionarios y empleados del Estado que hasta el momento gozaban de situaciones más bien envidiables en el país y que podrían hallarse de la noche a la mañana con recursos fuertemente reducidos. Es cuando entra en juego la solidaridad tradicional, pues los pobres están siempre dispuestos a apoyar al miembro de la familia que vuelve a caer en la situación precaria de la que se pensaba que había salido.

La preocupación por proteger a los más pobres en estos reajustes se ha despertado sólo lentamente en los dirigentes nacionales e internacionales. Han sido necesarios varios años para que el concepto de operaciones concomitantes en favor de las poblaciones más expuestas adquiriera una cierta importancia. Además, tanto en estos casos como en las situaciones de urgencia, se corre el peligro de poner en movimiento los frenos demasiado tarde y demasiado bruscamente, con sacudidas que podrían aumentar considerablemente los sufrimientos de quienes se hallan en el extremo de la cadena.

En África y en América Latina (20) se han emprendido amplios proyectos:

(20) Asia, globalmente, ha dado resultados mucho más satisfactorios, por estar vinculada a políticas y medios más eficaces, sin que la cali-

- programas de reajuste estructural con serias medidas macroeconómicas;
- la apertura de nuevos créditos importantes;
- una profunda reforma de estructuras para contrarrestar la falta de eficacia local, parcialmente vinculada a los monopolios del Estado, que gasta una buena parte de los ingresos nacionales sin prestar, en cambio —en beneficio de todos— un servicio de calidad aceptable. En muchos de estos países, todos los servicios públicos han salido perjudicados y, como la cizaña se mezcla al buen trigo, incluso sectores dinámicos se han visto afectados (21).

Algunos Gobiernos, a menudo poco reconocidos en la escena internacional, han sido admirables; han tenido el valor político de tomar medidas ineludibles, pero al mismo tiempo, han hecho caso de pareceres y presiones exteriores, esforzándose por aumentar el nivel de cooperación y solidaridad en su país y por evitar incidentes. Es preciso constatar lo siguiente: la influencia del comportamiento del responsable en la cumbre no depende sólo de su tino y de su don de mando, sino también de su capacidad de limitar la injusticia social que está siempre presente en estas situaciones.

Los países desarrollados deben plantearse seriamente la siguiente pregunta: su actitud, e incluso su preferencia por los países en desarrollo con altos costos sociales, ¿se fundan en el correcto desempeño de las funciones de los responsables de un país, a nivel social, técnico y político, o su apoyo se basa en otros criterios?

dad de las relaciones interpersonales se pueda considerar de las mejores, ni los niveles de corrupción más débiles.

(21) En algunos países se han tenido que realizar algunos cortes en materia de educación. Hay que señalar que en muchos países que presentan un desarrollo difícil, la tendencia a favorecer la enseñanza superior en detrimento de la enseñanza primaria es un problema recurrente que deben afrontar las instituciones internacionales en el diálogo con esos países.

B) CAUSAS SOCIOCULTURALES

Las realidades sociales

13. Está comprobado que algunos factores socioculturales aumentan el peligro de carestía y malnutrición crónicas. Los tabúes alimentarios, la situación social y familiar de la mujer, la falta de formación en las técnicas de nutrición, el analfabetismo generalizado, los partos precoces y a veces demasiado cercanos, la precariedad del empleo y el desempleo, son otros tantos factores que pueden acumularse y producir contemporáneamente malnutrición y miseria. Es oportuno recordar que los países desarrollados no están exentos de esa plaga; esos mismos factores producen la malnutrición ocasional o crónica de los numerosos «nuevos pobres» que se hallan en medio de aquellos que viven en la abundancia y en el superconsumo.

La demografía

14. Hace diez mil años, la Tierra tenía probablemente cinco millones de habitantes. En el siglo XVII, en el alba de la Edad Moderna, ascendían a quinientos millones. Luego, el ritmo del crecimiento demográfico fue aumentando: mil millones de habitantes a principios del siglo XIX; 1.650 a principios del siglo XX; 3.000 en 1960; 4.000 en 1975; 5.200 en 1990; 5.500 en 1993; 5.600 en 1994 (22). Durante un tiempo, la situación demográfica presentó un desarrollo distinto

(22) Cf. FNUAP (Fondo de Población de las Naciones Unidas), *Estado de la Población Mundial*, 1993, Nueva York, 1993; UNITED NATIONS, *World Population Prospects: the 1992 Revision*, New York 1993. Cf. también: FNUAP, *Etat de la population mondiale 1994, Choix et responsabilités*.

en los países «ricos» y en los países «en desarrollo» (23). Esa tendencia está evolucionando. Recordemos que la proliferación es una reacción de la Naturaleza —y por consiguiente del hombre— a las amenazas contra la supervivencia de la especie.

Los trabajos de investigación indican que los pueblos, a medida que se enriquecen, pasan de una situación de alta natalidad y de alta mortalidad a la situación inversa: baja natalidad y baja mortalidad. El periodo de transición puede ser crítico desde el punto de vista de los recursos alimentarios, pues en ese lapso de tiempo la mortalidad se reduce más rápidamente que la natalidad (24). El crecimiento de la población debe estar acompañado de cambios tecnológicos; de lo contrario, se interrumpe el ciclo regular de la producción agrícola, comenzando con el agotamiento de los suelos, la reducción de los barbechos y la falta de rotación de cultivos.

Sus implicaciones

15. El crecimiento demográfico rápido, ¿es causa o consecuencia del subdesarrollo? Dejando de lado los casos extremos, la densidad demográfica no explica el hambre. Observemos ante todo lo siguiente: por un lado, en los deltas y valles superpoblados de Asia fue donde se aplicaron las

(23) Cf. PNUD (Programme des Nations Unies pour le Développement), *Rapport mondial sur le développement humain 1990, Economica*, París, 1990; cf. *ibidem* pág 94: en los países en desarrollo, donde se encuentra la mayoría de personas que padecen hambre, la población rural se ha más que duplicado, y la población urbana se ha triplicado o cuadruplicado en 30 años (de 1950 a 1980).

(24) Cf. FRANZ BOCKLE u.a., *Armut und Bevölkerungsentwicklung in der Dritten Welt*, Herausgegeben von der Wissenschaftlichen Arbeitsgruppe für welt kirchliche Aufgaben der Deutschen Bischofskonferenz, Bonn, 1991 (ediciones en alemán y en francés).

innovaciones agrícolas de la «revolución verde»; y, por otro, países poco poblados, como Zaire o Zambia —aunque podrían proporcionar alimentos a una población veinte veces más numerosa, y sin que se necesiten grandes trabajos de riego—, presentan escasez alimentaria; los motivos son los desequilibrios impuestos por los Estados, la política y la gestión económica, y no siempre causas objetivas o la falta de recursos económicos. Hoy día se sostiene que es más probable llegar a reducir un excesivo crecimiento demográfico tratando de disminuir la pobreza masiva, que vencer la pobreza contentándose con bajar la tasa de crecimiento demográfico (25).

La situación demográfica evolucionará lentamente mientras en los países en desarrollo las familias consideren que su producción y su seguridad serán garantizadas sólo por un gran número de hijos. Hay que insistir que son precisamente las transformaciones económicas y sociales (26) las que permiten a los padres aceptar el don de un hijo. En ese campo, la evolución depende en gran parte del nivel sociocultural de los padres. Hay que prever una educación de las parejas a una paternidad y maternidad responsables, respetando los principios morales; conviene, pues, darles acceso a métodos

(25) PONTIFICIA ACADEMIA DE LAS CIENCIAS, *Population and Resources. Report* (Informe sobre población y recursos), Vatican City, 1993 (Las estadísticas que se dan ya han tenido cambios).

(26) Cf. PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA, *Evoluciones demográficas: dimensiones éticas y pastorales*, Ciudad del Vaticano, 1994. Cf. *Le contrôle des naissances dans les pays du Sud: promotion des droits des femmes ou des intérêts du Nord*, «Intermondes», vol. 7, n. 1, oct. 1991, pág. 7. Últimamente, numerosas investigaciones han demostrado que otros tres factores, además del control de nacimientos, contribuyen en igual medida a la disminución del crecimiento de la población mundial: el desarrollo económico y social, el mejoramiento de las condiciones de vida de la mujer y, paradójicamente, la reducción de la mortalidad infantil. Cf. también UNICEF (Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia), *La situation des enfants dans le monde*, Genève, 1991.

de planificación familiar que estén en armonía con la verdadera naturaleza humana (27).

C) CAUSAS POLÍTICAS

La influencia de la política

16. La privación de alimentos se ha utilizado, a lo largo de la Historia, ayer y hoy, como arma política o militar. Así pueden perpetrarse verdaderos crímenes contra la Humanidad. En el siglo XX se han conocido un gran número de casos, por ejemplo:

a) La privación sistemática de alimentos a los campesinos ucranios, realizada por Stalin hacia 1930, y cuyo resultado fueron unos ocho millones de muertos. Ese crimen, desconocido o casi no conocido por largo tiempo, fue confirmado recientemente con ocasión de la apertura de los archivos del Kremlin.

b) Los últimos asedios en Bosnia, en particular el de Sarajevo, tomando como rehén el mecanismo mismo de la ayuda humanitaria.

(27) Cf. JUAN PABLO II, *Discurso* a los participantes en la Semana de Estudios sobre «Recursos y Población», organizada por la Pontificia Academia de las Ciencias (22 de noviembre de 1991), núms 4 y 6: «La Iglesia es consciente de la complejidad del problema... Al proponer que se tomen medidas, la urgencia no debe inducir a errores: la aplicación de métodos que no están en sintonía con la verdadera naturaleza del hombre termina, en efecto, por provocar daños dramáticos... se corre el riesgo de perjudicar especialmente a los estratos más pobres y débiles, sumando una injusticia a otra» AAS 84 (1992) 12, 1120-1122. Cf. también: Card. ANGELO SODANO, *Intervención* en la Conferencia de la ONU en Río de Janeiro sobre el Medio Ambiente y desarrollo (13 de junio 1992). Texto en italiano en: *L'Osservatore Romano*, 15-16 de junio 1992.

c) Los desplazamientos de la población en Etiopía para llegar al control político por parte del partido único de gobierno. Se contaron centenares de miles de muertos por hambre, provocada por las migraciones forzosas y el abandono de los cultivos.

d) La privación de alimentos se utilizó en Biafra, en los años setenta, como arma contra la secesión política. El derrumbamiento de la Unión Soviética eliminó, por un lado, las causas de las guerras civiles provocadas por su acción directa o por las reacciones contra dicha acción, como las revoluciones sin resultado, los desplazamientos de poblaciones, las desorganizaciones de la agricultura, las luchas tribales, los genocidios. No obstante, subsisten, o han vuelto a aparecer, numerosas situaciones que pueden provocar esos mismos fenómenos; aunque no se produzcan en la misma escala, no dejan de ser perjudiciales para las poblaciones. Se trata, en especial, de un resurgimiento de los nacionalismos; éstos son favorecidos por algunos Estados de régimen ideológico, pero también por las repercusiones locales de las luchas por la influencia que libran entre sí los países desarrollados, y asimismo por la lucha por el poder en algunos países, especialmente en África.

Observemos también las situaciones de embargo por motivos políticos, como ha sucedido con Cuba e Irak, regímenes considerados como amenazas para la seguridad internacional y que toman, por decirlo así, a su población como rehén. Las primeras víctimas de esta especie de actos de fuerza son las mismas poblaciones interesadas. Por eso se han de tener muy en cuenta los costos en términos humanitarios de esas decisiones. En ciertos casos, los responsables nacionales se valen de las desgracias de sus pueblos, provocadas por sus artimañas, para obligar a la comunidad internacional a restablecer los suministros. Se trata de situaciones específicas que se deben tratar individualmente, cada

vez que se presentan, con el espíritu de la *Declaración mundial sobre la nutrición*, que dice: «La ayuda alimentaria no se debe negar por motivos de afiliación política, situación geográfica, sexo, edad o identidad étnica, tribal o religiosa» (28).

He aquí, en fin, otras repercusiones de la acción política sobre el hambre. Varias veces se ha visto que países desarrollados, productores de excedentes agrícolas, los han exportado gratuitamente (por ejemplo, trigo) a países en desarrollo donde el alimento básico es el arroz. El objetivo ha sido sostener el precio interno. Esas exportaciones gratuitas han tenido efectos muy negativos: se ha obligado a la población local a cambiar sus costumbres alimentarias y no se han promovido los productores locales que, por el contrario, necesitan ser alentados.

La concentración de los medios económicos

17. Las diferencias de nivel económico en los países en desarrollo con altos costos sociales son más contrastantes que las que se contemplan en los países desarrollados, o incluso entre los países mismos. La riqueza y el poder están muy concentrados en una capa reducida, pero compleja, vinculada a los ambientes internacionales y que ejerce el control en el aparato del Estado, al ser éste bastante deficiente. Se detiene así todo adelanto e incluso se asiste a un retroceso económico y social. La distancia entre los niveles de vida no sólo produce situaciones conflictivas, que pueden llevar a violencias en cadena, sino que favorece además el clientelismo como única posibilidad de realización personal. Esto paraliza las iniciativas posibles desde un punto de

(28) FAO y OMS: *Conferencia Internacional sobre Nutrición. Declaración Mundial sobre la Nutrición*, Informe final de la Conferencia, núm. 15, Roma 1992.

vista meramente económico y dificulta profundamente las motivaciones altruistas que existen en todas las sociedades tradicionales. En esas situaciones, el Estado desempeña con frecuencia un papel preponderante que le permite favorecer a los sectores exportadores de la producción —lo cual, por sí mismo, es un bien—, pero deja pocos beneficios a las poblaciones locales.

En otros casos, por debilidad o por ambición política, las autoridades establecen los precios de los productos agrícolas a niveles tan bajos, que los campesinos llegan incluso a subvencionar a los habitantes de las ciudades, situación que favorece el éxodo rural. Los medios de comunicación de masas, la electrónica y la publicidad contribuyen igualmente a ese despoblamiento de los campos. La ayuda para el desarrollo en beneficio de esos países sirve más bien de estímulo, más o menos indirecto, para los Gobiernos que siguen esas estrategias peligrosas y que se benefician de ese apoyo económico absolutamente ilegítimo; tales políticas son decididamente contrarias al verdadero interés de sus pueblos. Los países industrializados tienen que interrogarse para saber si, desafortunadamente, han emitido señales negativas en ese sentido durante largos años.

Las desestructuraciones económicas y sociales

18. Las desestructuraciones económicas y sociales son el resultado, a la vez, de políticas económicas equivocadas y consecuencia de presiones políticas nacionales e internacionales (cf. núms. 11-13 y 17). Veamos algunas de las más frecuentes y más nocivas:

a) Las políticas nacionales que bajan artificialmente los precios agrícolas, en detrimento de los productores locales de alimentos, tomadas bajo la presión de las poblaciones menos favorecidas de las ciudades consideradas como una

amenaza potencial para la estabilidad política del país. Esta situación se generalizó en África en los años 1975-85 y llevó a una fuerte disminución de la producción local. Numerosos países que gozan de un amplio potencial agrícola, como Zaire y Zambia, se han vuelto por primera vez importadores netos.

b) La política de la mayoría de los países industrializados que protegen ampliamente su agricultura favoreciendo de este modo la producción de excedentes que se exportan a precios inferiores a los precios internos (*dumping*). Si no existiera proteccionismo los precios mundiales serían más elevados, en beneficio de otros países productores. Los beneficiarios de esas protecciones se encuentran ahora en Europa en situaciones difíciles, después de muchos años de fomento de la producción, que han provocado fuertes desestructuraciones del mismo sistema agrícola. Esta política, apoyada por la mayoría de las opiniones públicas locales, puede ser fundamentalmente contraria al interés general de los consumidores mundiales, tanto de los más privilegiados como de los menos favorecidos. Los países con protección pagan los costos de esta política; en los países sin tal protección, los agricultores, que son elementos esenciales para el bienestar de su país, resultan penalizados por las importaciones a precios disminuidos que hacen daño al precio de los productos locales, acelerando la ruina de la agricultura y el éxodo hacia las ciudades.

c) Los cultivos tradicionales de plantas comestibles se ven amenazados con frecuencia por un desarrollo económico mal enfocado. Por ejemplo, con la substitución de producciones tradicionales por una agricultura industrial que trabaja tanto para la exportación (gran cantidad de productos agrícolas destinados a la exportación y tributarios de los mercados agrícolas internacionales), como para producciones de sustitución local (producción, por ejemplo, en el Bra-

sil, de caña de azúcar para alcohol de consumo automovilístico, con objeto de economizar en las importaciones de petróleo; ésta culminó en numerosas migraciones de campesinos desarraigados).

D) LA TIERRA PUEDE ALIMENTAR A SUS HABITANTES

Progresos considerables de la Humanidad

19. A pesar de los fracasos gigantescos vislumbrados hasta ahora, no se debe olvidar que la población mundial —por efecto de progresos no menos espectaculares— ha pasado de 3.000 millones de habitantes a 5.300 millones en treinta años (1960-1990) (29). En los países en desarrollo, la esperanza de vida al nacer ha pasado de cuarenta y seis años en 1960, a sesenta y dos años en 1987. La tasa de mortalidad de los niños de menos de cinco años de edad se ha reducido a la mitad, y dos tercios de los niños de pecho de menos de un año de edad están vacunados contra las principales enfermedades de la infancia... La ración de calorías por habitante ha aumentado alrededor de un 20 % entre 1965 y 1985 (30).

De 1950 a 1980, la producción total de productos alimenticios en el mundo se ha duplicado: «mundialmente hay alimentos suficientes para todos» (31). El hecho de que la carestía persista a pesar de ello, demuestra el origen estruc-

(29) Cf. FAO: *Agricultura: hacia el año 2010*, Doc. C 9324, n. 2.13, Roma, 1993.

(30) Cf. PNUD, *Rapport Mondial sur le développement humain, 1990*, Economica, París, 1990, pág. 18.

(31) FAO y OMS: *Conferencia Internacional sobre Nutrición, Declaración Mundial sobre la Nutrición*, Informe final de la Conferencia, núm. 1, Roma, 1992.

tural del problema: «el problema principal es el de un acceso desigual a esos alimentos» (32). Es un error calcular el consumo real de alimentos de las familias siguiendo sólo el parámetro estadístico de la disponibilidad de cereales por habitante. El hambre no es un problema de disponibilidad, sino de demanda solvente; es un problema de miseria.

Además, hay que observar que la supervivencia de una multitud de personas está garantizada por una economía informal; ésta, por su misma naturaleza, no está declarada, y es difícilmente cuantificable y precaria.

Los mercados agroalimentarios

20. Los mercados agroalimentarios mundiales tratan un cierto número de productos que no siempre son los que se consumen en la mayoría de los países en desarrollo con altos costos sociales (33). Las fluctuaciones excesivas de los precios son contrarias a los intereses de productores y consumidores; son provocadas por mecanismos espontáneos de reajuste y amplificadas por las características propias de esos mercados. Las tentativas de estabilización han sido todas poco satisfactorias, cuando no han sido nocivas para los mismos productores. Por otra parte, una nueva subida de los precios es imposible, por el funcionamiento mismo de los mercados. El número reducido de las empresas de co-

(32) *Ibidem.*

(33) La Argentina figura entre los principales exportadores de trigo y de carne bovina. Esta nación, por consiguiente, no es un país en desarrollo con altos costos sociales: es un país industrializado cuyos resultados económicos a largo plazo fueron decepcionantes por motivos relacionados esencialmente con las debilidades de sus sistemas políticos. Esta situación ha cambiado profundamente en los últimos años, y las consecuencias económicas ya son evidentes.

mercio internacional no permite la alteración de los precios y dificulta en sumo grado la llegada de nuevos protagonistas, lo que es siempre peligroso. El desarrollo de las capacidades de producción depende, sobre todo, de la difusión de los progresos técnicos en la producción (progreso genético y progreso de aplicación). Observemos que la producción media de arroz en Indonesia ha pasado en una generación de las 4 a las 15 toneladas por hectárea, lo que indica una superioridad manifiesta respecto al ritmo ya récord de crecimiento de la población. En la mayoría de los países donde la agricultura progresa, los productos agrícolas se incrementan de tal manera que la producción aumenta, incluso fuertemente, a pesar de la disminución notable del número de agricultores.

La agricultura moderna

21. Los cultivos intensivos se ven acusados, siempre más, de atentar contra el medio ambiente y de poner en peligro recursos naturales como aguas y suelos, a causa de la utilización desconsiderada de fertilizantes y de productos fitosanitarios. Por agricultura intensiva se entiende el incremento de la relación entre los insumos, esencialmente de tipo industrial, y la superficie agrícola utilizada. Nos hallamos en presencia de un movimiento de liberación de las tecnologías agrícolas con relación a la tierra. La reciprocidad que las vinculaba desaparece, en beneficio de una dualidad más atrevida entre tecnología agrícola y mundo económico. La agricultura intensiva exige por lo general una notable aportación de capital financiero. Pero en la mayoría de los países en desarrollo se practican todavía los cultivos de subsistencia, fundados exclusivamente en el «capital» humano, con medios técnicamente limitados y en condiciones difíciles de suministro de agua. Aunque la «revolución verde» ha tenido un cierto éxito, no ha logrado resolver los problemas de

producción alimenticia de un gran número de países en desarrollo.

Es cierto que se prevén muchos progresos para mejorar los cultivos intensivos y limitar los efectos nocivos para el medio ambiente. Sin embargo, tal como se hace en los países desarrollados, es posible utilizar otros sistemas de producción que garanticen más la preservación de los recursos naturales y el mantenimiento de una amplia distribución de la propiedad productiva. Es preciso promover con ese fin las asociaciones agropecuarias, la gestión comunitaria del agua y la formación de cooperativas.

CAPÍTULO II

DESAFÍOS DE TIPO ÉTICO QUE SE HAN DE RESOLVER ENTRE TODOS

Dimensión ética del fenómeno

22. Si se quieren encontrar soluciones durables para el problema del hambre y la malnutrición en el mundo, es indispensable entender bien la naturaleza ética de lo que está en juego.

Si la causa del hambre es de orden moral, que supera todas las causas físicas, estructurales y culturales, los desafíos son de esa misma naturaleza, moral. Esto puede motivar al hombre de buena voluntad, que cree en los valores universales en las distintas culturas, y en particular al cristiano, que experimenta la relación preferencial que el Señor todopoderoso quiere establecer con todo hombre, sea quien fuere.

Este desafío incluye una mejor comprensión de los fenómenos. Creer en la capacidad de los hombres de prestarse servicio mutuamente —lo que se puede hacer interpretan-

do correctamente las fuerzas económicas— y hasta en el retroceso de las corrupciones de todo tipo. Pero, aún más, se sitúa en el ámbito de la libertad de cada hombre de cooperar, en su actividad diaria, en la promoción de todo hombre y de todos los hombres, es decir, en el desarrollo del bien común (34). Ese desarrollo implica la justicia social y el respeto a la destinación universal de los bienes de la Tierra, la práctica de la solidaridad y de la subsidiariedad, la paz y el respeto por la Creación. He aquí la dirección que se debe tomar para volver a dar esperanza y edificar un mundo más acogedor a las generaciones futuras.

Para que ese progreso sea posible, la búsqueda orgánica del bien común debe ser protegida, promovida y, si fuere el caso, reactivada como elemento necesario de las motivaciones fundamentales de los protagonistas políticos y económicos —en su reflexión y en su acción— en todos los niveles y en todos los países.

Las motivaciones personales e institucionales de los hombres son necesarias para el buen funcionamiento de la sociedad, partiendo de las familias. Pero cada cual por su cuenta, y todos juntos, los hombres deben aceptar esta conversión que consiste en no sacrificar la búsqueda del bien común en aras del interés estrictamente personal o de grupo, por legítimos que puedan ser.

Los principios que la Iglesia ha dado poco a poco en su enseñanza social constituyen, por tanto, una guía preciosa para la acción de los hombres contra el hambre. La prosecución del bien común es el punto de convergencia de:

(34) Cf. CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, párr. 1906; donde se encuentra la definición de «bien común», tomada de GS 26, párr. 1: «El conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible a las asociaciones y a cada uno de sus miembros el logro más pleno y más fácil de la propia perfección.»

- la búsqueda de la mayor eficiencia en la gestión de los bienes terrenos;
- una mayor aplicación de la justicia social, exigida por la destinación universal de los bienes;
- una aplicación competente y permanente de la subsidiariedad que evite la tentación de apropiarse del poder;
- el ejercicio de la solidaridad a todos los niveles, que impida a los más favorecidos acaparar los medios económicos, que ayudará a que ningún hombre quede excluido del cuerpo social y económico, ni privado de su dignidad fundamental.

La enseñanza social de la Iglesia, por consiguiente, debe impregnar la filosofía de la acción de los dirigentes, ya sea que lo hagan conscientemente o no.

Se corre el peligro de acoger estas afirmaciones con escepticismo e incluso con cinismo. La actividad de los responsables en general se lleva a cabo en un ambiente duro, a veces cruel y angustiante, que los puede inducir a buscar el poder para mantenerlo. Esas personas pueden inclinarse a estimar las consideraciones éticas como trabas. Sin embargo, la experiencia diaria, en lugares muy distintos, indica que la realidad es diferente; sólo un desarrollo equilibrado encaminado hacia el bien común, será auténtico y contribuirá, incluso a largo plazo, a la estabilidad social. Ya en todos los niveles y en todos los países, algunas personas trabajan juntas y discretamente teniendo en cuenta los intereses legítimos de sus semejantes.

Los cristianos están llamados a la tarea inmensa de promover, en todas partes, esos comportamientos, obrando como levadura en una dura masa; es difícil pero posible, gracias a la vivencia del amor del Señor por todos los hombres que ellos mismos experimentan en lo más profundo de su ser.

Esa titánica tarea consiste en proporcionar un ejemplo en todos los niveles: técnico, empresarial, moral y espiritual.

Se trata de ayudarse mutuamente en todos los grados de responsabilidad sin excepción.

El amor al prójimo para culminar en el desarrollo

23. La búsqueda del bien común no puede fundarse sino en la atención y el amor a los demás hombres. En las situaciones más diversas, ellos se encuentran diariamente ante una alternativa: la destrucción personal y colectiva o el amor al prójimo. Este último implica la conciencia de una responsabilidad que no retrocede ante los propios límites ni ante la magnitud de las tareas por cumplir. «¿Cómo juzgará la Historia a una generación que cuenta con todos los medios necesarios para alimentar a la población del planeta y que rechaza el hacerlo por una obcecación fratricida?... ¿Qué desierto sería un mundo en el que la miseria no encontrara la respuesta de un amor que da la vida!» (35).

El amor va más allá de una donación propiamente dicha. El desarrollo se cultiva a través de la acción de los más valientes, de los más competentes y de los más honestos; éstos se sienten, al mismo tiempo, solidarios con todos los hombres que se ven afectados, de cerca o de lejos, por lo que esos responsables hacen o deberían hacer. Esta responsabilidad universal concreta es una manifestación esencial del altruismo.

La solidaridad es, pues, una exigencia para todos. Afortunadamente no es necesario esperar que gran parte de los hombres se conviertan al amor al prójimo, para recoger los frutos de la acción de aquellos que ya están obrando en su propio medio. Es preciso acoger, como sólida razón para esperar, los resultados de la acción de las personas que, en to-

(35) JUAN PABLO II, *Discurso en el Palacio del Consejo Económico de África Occidental (CEAO), Ouagadougou, 29 de enero 1990, AAS 82 (1990), 8, 818.*

dos los niveles, ejercen su actividad corriente como servidores de todo el hombre y de todos los hombres.

La justicia social y la destinación universal de los bienes

24. El principio de la destinación universal de los bienes de la Tierra se halla en el corazón mismo de la justicia social. El Papa Juan Pablo II lo expresa así: «Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno» (36). Esta afirmación constante en la tradición cristiana no se repite nunca lo suficiente, aunque interese obviamente a toda la Humanidad, más allá de la pertenencia confesional. El axioma constituye en sí mismo un fundamento necesario para la edificación de una sociedad de justicia, de paz y de solidaridad. En efecto, generación tras generación, debemos considerarnos como administradores transitorios de los recursos de la tierra y del sistema de producción. De cara a las finalidades de la creación, el derecho de propiedad no es un absoluto, es una de las expresiones de la dignidad individual; y no es justo si no está ordenado al bien común, y si no contribuye a la promoción de todos. Se ejerce y se reconoce, desde luego, de varias maneras, según las distintas culturas.

La gravosa desviación del bien común: las «estructuras de pecado»

25. El desconocimiento del bien común corre parejo con la persecución exclusiva, y a veces exacerbada, de bie-

(36) JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Centesimus annus* (1991), n. 31, AAS 83 (1991), 10, 831.

nes particulares como el dinero, el poder y la fama, considerados como absolutos y buscados por sí mismos, es decir, como ídolos. Así es como nacen las «estructuras de pecado» (37): conjunto de lugares y circunstancias caracterizados por costumbres perversas que hacen que todo recién llegado, para no adquirirlas, se vea obligado a dar prueba de heroísmo.

Las «estructuras de pecado» son numerosas y están más o menos extendidas, incluso en el ámbito mundial; por ejemplo, los mecanismos y los comportamientos que producen el hambre. Otras ocupan campos mucho más reducidos, pero provocan desigualdades que hacen más difícil la práctica del bien a las personas interesadas. Esas «estructuras» implican siempre enormes costos desde un punto de vista humano, ya que son ocasiones de destrucción del bien común.

Es menos corriente que se reconozca cuán degradantes son, y costosas, en el ámbito económico. Existen ejemplos impresionantes (38). Los frenos para el desarrollo no son

(37) Cf. JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Reconciliatio et poenitentia* (1984), n. 16, AAS 77 (1985), 213-217 (en términos de pecado social que produce males sociales); Carta Encíclica *Sollicitudo rei socialis* (1987), núms. 36-37, l.c. 561-564, y Carta Encíclica *Centesimus annus* (1991), n. 38, l.c. 841. Esos documentos utilizan igualmente expresiones como «situaciones de pecado» y «pecados sociales», atribuyendo su origen al egoísmo, a la búsqueda del provecho y al deseo de poder.

(38) La producción de armas químicas, sin «consecuencias» positivas, y que no sirven sino para atacar y defenderse, da testimonio. A manera de ejemplo, la producción de las 500.000 toneladas de productos mortales, capaces de destruir 60.000 millones de hombres, almacenadas en la ex Unión Soviética, costó alrededor de 200.000 millones de dólares, y su destrucción costará otro tanto. Se trata de recursos reales y, por consiguiente, de una pérdida completa para el planeta. Esta aventura perversa se traduce en un descenso de nivel de vida de los hombres (principalmente, pero no solamente, en la ex URSS), hasta llegar a la aparición del hambre en familias que, en caso contrario, no la hubieran experimentado.

solamente la ignorancia y la incompetencia; lo son también, y en gran medida, las numerosas «estructuras de pecado»; éstas realizan como una desviación contagiosa —hacia fines particulares y esterilizantes— de la finalidad propia de los bienes de la Tierra, que, en verdad, están destinados a todos.

Desde luego, el hombre no puede someter la Tierra y dominarla eficazmente, si adora los falsos dioses representados por el dinero, el poder y la fama, y los considera como bienes en sí y no como medios para servir a cada hombre y a todos los hombres. La codicia, el orgullo y la vanidad ciegan al que cae en ellos, que termina por no ver cuán limitadas son sus percepciones y autodestructoras sus acciones.

El destino universal de los bienes supone que el dinero, el poder y la fama se busquen como instrumentos:

a) Para construir medios de producción de bienes y servicios que tengan una verdadera utilidad social y puedan promover el bien común;

b) para compartirlos con los menos favorecidos, que encarnan ante los ojos de todos los hombres de buena voluntad la necesidad de bien común; los pobres son, en efecto, el testigo vivo de la carencia de ese bien; más aún, para los cristianos, son los hijos predilectos de Dios que, a través de ellos y en ellos, llega a visitarnos.

Dar un carácter absoluto a esas riquezas es hacerles perder toda su vinculación al bien común. Si el funcionamiento del sistema económico mundial es globalmente mediocre, en comparación con los resultados de vanguardia que logran ciertos países a plazo bastante largo, y con grande costo desde un punto de vista humano, se debe a que está profundamente afectado por el peso de las malas costumbres, verdadero yugo moral que oprime a los pueblos.

Por el contrario, cuando grupos de personas logran trabajar juntos y prestar servicio a toda la colectividad y a cada persona, se producen resultados notables; personas hasta el momento aparentemente poco útiles, comienzan a brillar por la calidad de sus servicios y un efecto positivo modifica progresivamente las condiciones materiales, psicológicas y morales de la vida. Se trata, en realidad, del «anverso» de las «estructuras de pecado»: se podría denominar «estructuras del bien común» que preparan la «civilización del amor» (39). La experiencia realizada en esas situaciones nos da una pequeña idea de lo que podría ser un mundo donde los hombres —en todas sus actividades y en el ejercicio de todas sus responsabilidades— se preocuparan con mayor frecuencia por sus intereses comunes y por la suerte de cada uno.

A la escucha preferencial de los pobres y a su servicio: la coparticipación

26. El pobre de recursos económicos, víctima de la falta de preocupación por el bien común, tiene algo muy especial que decir, pues posee una visión y una experiencia peculiares de la realidad de la vida práctica que los más favorecidos no tienen. Como dice el Papa Juan Pablo II en la Carta Encíclica *Centesimus annus*: «Será necesario abandonar una mentalidad que considera a los pobres —personas y pueblos— como un fardo o como molestos e importunos, ávidos de consumir lo que otros han producido... La promoción de los pobres es una gran ocasión para el crecimiento

(39) Cf. JUAN PABLO II, *Homilía* de Navidad, 1975, con ocasión de la clausura del Año Santo, AAS 68 (1976), 2, 145. Ese concepto fue utilizado por primera vez por el Papa Pablo VI.

moral, cultural e incluso económico de la Humanidad entera» (40).

Los puntos de vista del pobre, que no son ni más exactos ni más completos que los de los dirigentes, son esenciales para éstos últimos si quieren que su acción a largo plazo no se convierta en autodestrucción. La realización de políticas económicas y sociales difíciles y dispendiosas, sin tener en cuenta la percepción de la realidad que tiene el más «pequeño», puede llevar, después de un cierto tiempo, a callejones sin salida muy onerosos para todos. Es lo que ha sucedido con la deuda del Tercer Mundo. Si los acreedores y los deudores hubieran tenido en cuenta los pareceres personales de los más pobres —como uno de los elementos esenciales de la realidad— una mayor sensatez hubiera producido más prudencia y, en muchos países, la aventura no hubiera tomado mal sesgo e incluso hubiera salido bien.

En la complejidad de los problemas que se han de resolver, o mejor dicho, de las situaciones de vida que se han de mejorar, esta escucha preferencial de los pobres ayuda a no caer en la esclavitud de la inmediatez en los excesos de la tecnocracia y la burocracia, en la ideología, en la idolatría de la función del Estado o del papel del mercado; uno y otro tienen su utilidad esencial, como medios, no como absolutos.

Los cuerpos intermediarios tienen, entre otras cosas, la función de hacer escuchar la voz de los pobres y de captar sus percepciones, así como sus necesidades y deseos. Pero con frecuencia dichos organismos se encuentran particularmente inermes ante esa tarea. Tienen la tentación de ocupar una posición de monopolio que los lleva a cultivar su propio poder, o posiciones de competencia en las que otros

(40) JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Centesimus annus* (1991), n. 28, l.c. 828.

tratan de utilizar al pobre como medio para tener acceso al poder. La acción de los sindicatos es por consiguiente particularmente necesaria, y raya en heroísmo si se comprometen a desempeñar esa función tan esencial sin dejarse destruir o absorber (41).

En esas condiciones, la coparticipación llega a ser una verdadera colaboración en la que cada cual contribuye apor-

(41) Cf. LARRY SALMEN, *Listen to the People, Participant-Observer Evaluation of Development Projects*, The World Bank and Oxford University Press, 1987. Se puede mencionar, a este respecto, el método del observador participante utilizado por un consultor del Banco Mundial. Profundamente motivado por el amor a los hombres, no dudó en transcurrir períodos de tres a seis meses en los «barrios de latas» de América del Sur (especialmente en Quito y La Paz) para vivir él mismo la vida de la población. Pudo así dar consejos a los arquitectos que trabajaban en la renovación urbana, para que las construcciones no fueran dañadas sistemáticamente por los nuevos habitantes, recién salidos de sus alojamientos miserables. Es éste un caso de escucha preferencial del pobre y de sentido común que, sin embargo, requiere una cierta dosis de heroísmo. Ese mismo consultor difundió este método en Tailandia, invocando la autoridad mundial del Banco para convencer a los funcionarios de Bangkok de vivir ellos también, por un tiempo, con sus conciudadanos menos favorecidos, para garantizar el éxito de los programas de vivienda urbana. Digna de mención, igualmente, la extraordinaria intervención de un pastor protestante inglés, Stephen Carr, quien vivió durante 20 años en dos aldeas africanas utilizando únicamente los recursos técnicos tradicionales, y ejerció una gran influencia en esos dos lugares. De paso por Washington, fue entrevistado por el Banco Mundial en 1985-86. Su testimonio fue de gran ayuda para los especialistas del Banco, que experimentaban un fracaso tras otro en los proyectos agrícolas del Organismo en África. Existe una simbiosis entre el campesino y la tierra. La tierra de África es bella y buena, pero muy frágil. Los cambios de comportamiento introducidos entre los campesinos por la economía moderna y la pérdida de las creencias ancestrales, han producido la destrucción de la tierra. Los misioneros católicos, y quizá otros, lo habían comprendido perfectamente. Las antiguas misiones respetaban los talentos y, sobre todo, la experiencia tradicional. Todo esto ha sido descubierto nuevamente por algunas ONG, entre éstas la FIDESCO, con sede en Francia y en otros países europeos.

tando lo que necesita la comunidad humana, tanto más esencial, siendo él mismo un excluido (42). Esa paradoja no debe asombrar al cristiano.

El deber de dar a todos el mismo derecho de acceso al mínimo indispensable para vivir ya no está motivado únicamente como obligación moral de compartir con el pobre, lo que ya es considerable, sino como reintegración en la comunidad misma que, sin él, tiende a desecarse y está expuesta a perderse. El lugar del pobre no está en la periferia, en una marginalidad de la que, mal que bien, se trataría de hacerlo salir; deberá ocupar el centro de nuestra preocupación y el centro de la familia humana. Allí podrá desempeñar el papel único que le corresponde en la comunidad.

Desde esa perspectiva, la justicia social, que es también una justicia conmutativa, adquiere todo su significado. Al ser la base de todas las acciones para la defensa de los derechos, garantiza la cohesión social, la coexistencia pacífica de las naciones y también su desarrollo común.

Una sociedad integrada

27. La idea de una justicia arraigada en la solidaridad humana y que por ende exige que el más fuerte ayude al más débil, debe abrir camino hacia todo lugar donde se escucha la voz del pobre, para emprender la obra en la cual justicia, paz y caridad aúnen sus esfuerzos.

Las sociedades no se pueden construir legítimamente sobre la base de la exclusión de algunos de sus miembros. Esta afirmación, para ser coherente, supone desde luego el derecho que tienen también los pobres de organizarse con objeto de lograr la ayuda de todos para librarse de la miseria.

(42) Cf. la obra del P. Joseph WREJINSKY y de ATD *Cuarto Mundo*.

La paz, un equilibrio de los derechos

28. Una paz duradera no es el resultado de un equilibrio de fuerzas, sino de un equilibrio de derechos. La paz no es tanto el fruto de la victoria del fuerte sobre el débil sino —en cada pueblo y entre los pueblos— el fruto de la victoria de la justicia sobre los privilegios injustos, de la libertad sobre la tiranía, de la verdad sobre la mentira (43), del desarrollo sobre el hambre, la miseria o la humillación. Para llegar a una paz verdadera, a una seguridad internacional efectiva, no es suficiente impedir la guerra y los conflictos; es necesario también promover el desarrollo, crear condiciones que garanticen plenamente los derechos fundamentales del hombre (44). En ese contexto, democracia y desarme se transforman en dos condiciones de esa paz que es indispensable para un verdadero desarrollo.

El desarme, una urgencia que se ha de afrontar

29. Los conflictos regionales han tenido un costo de alrededor de diecisiete millones de muertos en menos de medio siglo. «Durante los años ochenta, el total mundial de gastos militares llegó a un nivel sin precedentes en tiempos de paz; calculados en un billón de dólares [al año], representaban alrededor del 5 % del total de los ingresos mundiales (45). Por no hablar de lo importante y urgente que es —para todos los responsables políticos y económicos—

(43) Cf. JUAN XXIII, Carta Encíclica *Pacem in terris* (1963), cap. III, AAS 55 (1963), 5, 279-291.

(44) JUAN PABLO II, *Discurso* a la Conferencia de la FAO con motivo del 50 aniversario de su fundación (23 de octubre 1995), n. 2. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 3 de noviembre 1995.

(45) Cf. BANCO MUNDIAL, *Informe sobre el desarrollo mundial*, 1990, Washington, 1990, pág. 19.

trabajar con el objeto de que esas sumas gigantescas previstas para la muerte, tanto en el hemisferio Norte como en el hemisferio Sur, sirvan en adelante para la vida. Esa actitud correría pareja con las razones morales que abogan por un desarme progresivo; se daría así la oportunidad de que estuvieran disponibles, en beneficio de los países en desarrollo, importantes recursos económicos indispensables para su progreso auténtico (46).

Una «estructura de pecado» particularmente diabólica es la exportación de armas superior a las necesidades legítimas de autodefensa de los países compradores —o destinadas a traficantes internacionales—, que presenta hoy en catálogo las armas más sofisticadas a los que tienen los medios para comprarlas. En este tipo de terreno prospera la corrupción, pero el mal es todavía más profundo. Dignos de encomio son los Gobiernos que, al llegar al poder después de regímenes que habían comprometido sus países en compras de armas del todo superiores a sus necesidades, han tenido el valor de denunciar esos contratos, corriendo incluso el peligro de perder la buena voluntad de los países exportadores.

Respeto por el medio ambiente

30. La Naturaleza nos está dando a todos una lección de solidaridad que corremos el peligro del olvidar. En el acto mismo de la producción alimentaria, todos los hombres se revelan como elementos activos o pasivos de un ecosistema.

Se presenta a la conciencia un nuevo campo de responsabilidad.

No se puede pretender, al mismo tiempo, alimentar más bocas y debilitar la agricultura. Además, la agricultura se re-

(46) Cf. PONTIFICIO CONSEJO «Justicia y Paz», *El comercio internacional de armas. Una reflexión ética*, Ciudad del Vaticano, 1994.

vela tanto más contaminante (utilización masiva de abonos, de plaguicidas y de máquinas) en cuanto llega a la fase industrial, ya que en ese nivel no se ha llegado todavía a la capacidad de trabajar de manera limpia. Junto con otros elementos necesarios a la vida, el aire, el agua, los suelos y los bosques se ven en peligro debido a la contaminación, al consumo excesivo, a la desertificación provocada y a la deforestación. En cincuenta años, la mitad de los bosques tropicales ha sido arrasada, a menudo con miras a buscar tierras o favorecer políticas de explotación a corto plazo, con objeto de equilibrar la carga de la deuda. En las regiones más pobres, la desertificación es provocada por prácticas de supervivencia que aumentan la pobreza, como el pastoreo excesivo y la tala de árboles y arbustos para leña de cocina y de calefacción (47).

Ecología y desarrollo equilibrado

31. Es urgente una gestión ecológicamente sana del planeta. Desde el punto de vista de la producción agroalimentaria, que ya es considerable, se señalan dos elementos. En primer lugar, esa gestión tendrá un costo que se deberá incorporar a la actividad económica (48); habría que preguntarse si los pobres son siempre los que tienen que cargar con ese peso, en detrimento de su alimentación. En segundo lugar, la preocupación por comprender mejor los vínculos entre ecología y economía favorece la idea actual de un desarrollo sostenible. Pero ese objetivo no debe ocultar la necesidad de promover con mayor fuer-

(47) Cf. FAO: *Desarrollo sostenible y medio ambiente: Política y acción* de la FAO, Roma, 1992.

(48) Cf. JUAN PABLO II, *Discurso* con motivo del 25 periodo de sesiones de la Conferencia de la FAO (16 de noviembre 1989), n. 8, AAS 82 (1990), 7, 672-673.

za un desarrollo equilibrado. En fin de cuentas, el desarrollo no puede ser sostenible si no es equilibrado. De lo contrario, a las actuales distorsiones se agregarían probablemente otras nuevas.

Responder todos al desafío

32. El hambre y la malnutrición requieren acciones específicas que no se pueden dissociar del esfuerzo por el desarrollo integral de las personas y de los pueblos. Dada la amplitud del fenómeno, la Iglesia católica debe contribuir siempre más a mejorar esta situación y lanza a todos un llamamiento a la participación, a la concertación y a la perseverancia.

Felizmente, tanto los individuos como las Organizaciones No Gubernamentales, los poderes públicos y las Organizaciones internacionales han desplegado ya muchos esfuerzos para derrotar el hambre. Es suficiente recordar la Campaña Mundial Contra el Hambre y otras iniciativas en las que los cristianos participan con gusto.

Reconocer la contribución de los pobres a la democracia

33. El dinamismo de los pobres no es bien conocido. Para invertir esta tendencia, habrá que cambiar muchas actitudes y prácticas económicas, sociales, culturales y políticas. Si se excluye a los más pobres de la elaboración de los proyectos que les conciernen, la Historia misma enseña que ellos no recibirán realmente un beneficio esencial. La solidaridad de la comunidad humana está aún por construir; no se aprenderá a compartir el pan de cada día mientras no se logre reorientar las conciencias y la acción de toda la sociedad.

Cuando se da responsabilidad y se escucha la opinión de los pobres, dando espacio a una verdadera democracia, se logran ciertamente frutos positivos (49).

Está generalmente reconocido que la democracia es un elemento esencial para el desarrollo humano porque permite una participación responsable en la gestión de la sociedad; además, entre los dos hay una correlación y la fragilidad de uno puede comprometer al otro. Si el principio de igualdad cede ante las relaciones de fuerza, el lugar de los pobres en la sociedad podrá verse reducido al mínimo. Una democracia se juzga por la articulación que sabe encontrar entre libertad y solidaridad, tomando así radicalmente distancia del liberalismo absoluto u otras doctrinas que niegan el sentido de la libertad, o que constituyen un obstáculo para la verdadera solidaridad (50).

Iniciativas comunitarias

34. Ante la miseria, un número creciente de personas y de grupos optan por participar, en todas partes, en acciones comunitarias. Esas iniciativas deben ser fuertemente estimuladas. Actualmente, cada vez más países apoyan la participación popular. Algunos organismos locales tratan, sin embargo, de anular esas iniciativas porque molestan, lo que a

(49) Cf. los *Quirógrafos* de institución de las Fundaciones pontificias «Juan Pablo II para el Sahel», fundada el 22 de febrero de 1984, y («Populorum Progressio»), fundada el 13 de febrero de 1992. La sede legal de ambas Fundaciones está en el Pontificio Consejo «Cor Unum», Estado de la Ciudad del Vaticano. La sede del Consejo de Administración de la Fundación «Juan Pablo II para el Sahel» está en Ouagadougou (Burkina Faso), y la de la Fundación «Populorum Progressio» está en Santafé de Bogotá (Colombia).

(50) Cf. JUAN PABLO II, *Discurso* ante la Asamblea general de las Naciones Unidas con motivo de 50 aniversario de la Organización (5 de octubre 1995), núm. 12 y 13, *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 13 de octubre 1995.

veces trae muy graves consecuencias, ya que constituyen, de todos modos, las bases indispensables para un verdadero desarrollo.

Algunas Organizaciones No Gubernamentales (ONG) de desarrollo, creadas por iniciativas locales, han promovido la constitución de una nueva sociedad civil popular en varios países en desarrollo y han organizado medios de concertación y de apoyo muy variados. Gracias a los dinamismos populares que se han forjado así el camino, un gran número de personas entre las más pobres pueden salir por fin de la miseria y mejorar su situación frente al hambre y a la malnutrición.

Durante estos últimos años, algunas Asociaciones Internacionales Católicas y nuevas Comunidades Eclesiales han lanzado iniciativas en el campo socioeconómico. En su lucha contra el hambre y la miseria, esas acciones se inspiran en las corporaciones medievales y sobre todo en las Uniones cooperativas fundadas en el siglo XIX por promotores del bien común, inspiradas en el espíritu del Evangelio y basadas en la solidaridad social. El primero que subrayó la necesidad de organizarse para lograr la promoción social fue el cuáquero P. C. Plockboy († 1695). Otros pioneros son más conocidos: Félicité Robert de Lamennais (1782-1854), Adolf Kolping († 1856), Robert Owen (1771-1858) y el barón Wilhelm Emmanuel von Ketteler (1811-1877). Recientemente han aparecido asociaciones que se proponen el bien común de la sociedad e intentan detener el egoísmo, el orgullo y la codicia que son con frecuencia las leyes de la vida colectiva. Las experiencias realizadas a lo largo de la Historia, y los resultados de esas nuevas iniciativas, dan la esperanza de poder recoger los frutos en el porvenir (51).

(51) He aquí algunas de esas iniciativas: Economía di Comunione / Opera di Maria, Movimento del Focolare (Rocca di Papa - Italia); AVSI / Comunione e Liberazione (Milán); Fidesco / Communauté Emmanuel (París); «Familia en Misión» / Camino Neocatecumenal (Roma); Obra social «Kolping International» (Köln).

35. Uno de los grandes logros de las ONG ha sido el de facilitar a los pobres acceso al crédito (52). Se está transformando en una práctica de vanguardia y puede ayudar a que una economía informal de subsistencia se encamine hacia la constitución de un verdadero tejido económico básico. Todavía está muy lejos de aumentar de manera significativa el nivel del Producto Nacional Bruto (PNB), pero la importancia del fenómeno radica también en lo que éste significa y prepara. Sosteniendo las iniciativas comunitarias y creyendo en los asociados locales, se evita que persista un esquema de asistencia; así se establecen poco a poco las bases de un desarrollo integral (53).

Papel primordial de las mujeres

36. En la lucha contra el hambre y para el desarrollo, el papel de la mujer es primordial, pero por lo general todavía no es suficientemente reconocido y apreciado. Es conveniente subrayar la función esencial de las mujeres para la supervivencia de enteras poblaciones. En especial en África son ellas las que producen los alimentos esenciales de las familias. Son ellas las más directamente responsables de dar en la casa una alimentación sana y equilibrada. Llegan a ser las víctimas principales de las decisiones tomadas a sus espaldas, como el cese de cultivos de plantas comestibles y de los mercados locales, a pesar de que ellas son las principales administradoras. Esas maneras de actuar no respetan a las mujeres y perjudican el desarrollo. En tales condiciones, el paso a la economía de mercado y la introducción de tecno-

(52) Cf. PNUD, *op. cit.*, pág. 31 (cf. nota 29).

(53) Cf. IFAD (International Fund for Agricultural Development - Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola), *The Role of Rural Credit Projects in Peaching the Poor*, Rome-Oxford, 1985.

logías pueden, no obstante las mejores intenciones, agravar las condiciones de trabajo de las mujeres.

La malnutrición las afecta de manera especial; son las primeras que se ven perjudicadas porque el fenómeno se repercute en sus embarazos y compromete el porvenir sanitario y escolar de sus hijos.

Por tanto, el objetivo de este esfuerzo deberá entrar a formar parte de un marco mucho más ambicioso, a saber: promover la condición social de las mujeres en los países pobres, abriéndoles un mejor acceso a los cuidados de salud, a la formación y también al crédito. Así ellas podrán mostrar sus verdaderas capacidades en el aumento de la producción, en la obra de desarrollo y en la evolución económica y política de sus países (54).

Es preciso conservar intactos los papeles del hombre y de la mujer, sin abrir brechas y sin feminizar a los hombres o virilizar a las mujeres (55). En la evolución ausplicable de la condición de la mujer no habrá que olvidar tampoco la atención que ella debe prestar a la vida que nace y crece. Algunos países en desarrollo dan ejemplo poniendo barreras a los excesos que se producen actualmente en el Occidente en la modificación de la sensibilidad femenina, sin que por ello se apruebe la privación de un derecho al legítimo progreso. No hay que repetir, por consiguiente, en ese campo, los errores ya cometidos al no hacer caso de las estructuras tradicionales, optando por los modelos occidentales particularmente inadecuados a las situaciones locales y adaptándolos sin ajustarlos.

(54) Cf. JUAN PABLO II, *Carta a las mujeres* (29 de junio 1995), n. 4, AAS 87 (1995), 9, 805-806.

(55) Cf. JUAN PABLO II, *Exhortación Apostólica Mulieris Dignitatem* (1988), 6-7, AAS 80 (1988) 13, 1662-1667. Cf. también *Exhortación Apostólica postsinodal Christifideles laici* (1988), n. 50, AAS 81 (1989) 4, 489-492.

La integridad y el sentido social

37. Es preciso motivar decididamente a los protagonistas sociales y económicos en favor de políticas de desarrollo cuyo objetivo prioritario sea garantizar a todos los hombres iguales oportunidades de vivir dignamente, haciendo los esfuerzos y sacrificios necesarios. Eso será imposible si las personas responsables no dan muestras indiscutibles de integridad y de sentido del bien común. Los fenómenos de fuga de capitales, despilfarro o apropiación de los recursos en beneficio de una minoría familiar, social, étnica o política, están generalizados y son públicamente conocidos por todos. Esos extravíos se denuncian con frecuencia, pero sin que sus autores se sientan verdaderamente estimulados a abandonar tales actividades, incluso considerables, que perjudican a los pobres (56).

Con frecuencia, es sobre todo la corrupción (57) la que pone trabas a las reformas necesarias para la búsqueda del bien común y de la justicia, que van juntos. Las causas de la corrupción son numerosas. Se trata, de todos modos, de un atropello muy grave de la confianza otorgada por la sociedad a una persona elegida para representarla y que, por su parte, aprovecha de ese poder social para lograr ventajas personales. La corrupción es uno de los mecanismos constitutivos de numerosas «estructuras de pecado» y su costo para el mundo es bastante superior al monto total de las sumas malversadas.

(56) Es posible llegar a una evaluación de la amplitud de la corrupción, deduciéndola del monto de las sumas de dinero «lavado», calculadas por los servicios competentes de control de fraudes (por ej., en Francia, TRACFIN).

(57) Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Sollicitudo rei socialis* (1987), núm. 44, l. c. 576-577.

CAPÍTULO III

HACIA UNA ECONOMÍA MÁS SOLIDARIA

Para servir mejor al hombre y a todos los hombres

38. El crecimiento de la riqueza es necesario para el desarrollo, pero las grandes reformas macroeconómicas —que producen siempre una limitación de los ingresos— pueden fracasar cuando las reformas estructurales no se realizan con la energía y el valor político necesarios, en especial aquellas referentes al poder público: reforma de la función del Estado, reformas de bloques políticos y sociales. Estas producen, entonces, sufrimientos inútiles y precipitan una recaída. Las grandes reformas, a veces excesivamente brutales, están siempre acompañadas de ayudas procedentes de la comunidad internacional que presiona el poder político, a menudo a solicitud de éste, para situar al país ante las opciones y ayudarle a tomar decisiones que los países desarrollados no han vuelto a tener la oportunidad de tomar desde los años de la reconstrucción, después de la Segunda Guerra Mundial. Es tarea de las instituciones internacionales incluir en los planes elaborados por los Gobiernos, y escuchando sus consejos, disposiciones destinadas a aliviar el sufrimiento de los que se verán más afectados por esas medidas necesarias. Asimismo, les compete alimentar la confianza hacia los dirigentes del país para que éste se beneficie en un momento dado de los apoyos financieros que recibe en forma de préstamos, ya sean por parte de organismos públicos o privados. Las instituciones internacionales deben hacer presión, igualmente, en el Gobierno, para que todas las categorías sociales puedan participar en el esfuerzo común. De lo contrario, el país no podrá tomar el camino del bien común y de la justicia social, tan difícil de salvaguardar, por su misma fragilidad, en esas circunstancias.

Para llegar a ese objetivo, el personal de las instituciones internacionales deberá dar prueba del rigor técnico que afortunadamente acostumbra, pero también de su preocupación por las personas, actitud que no se puede inculcar con disposiciones burocráticas o mediante una formación meramente económica. Es entonces cuando la escucha preferencial al pobre deberá ser especialmente atenta; habrá que elaborar disposiciones precisas, en colaboración con las ONG y las Asociaciones católicas que están en contacto y al servicio de los que se ven más expuestos. Nunca se insistirá lo suficiente en este punto, pues es esencial, y los responsables nacionales e internacionales podrían descuidarlo fácilmente por el hecho de que el trabajo técnico presenta ya dificultades considerables.

En general, todos los organismos nacionales e internacionales que están en relación permanente con los países en desarrollo con altos costos sociales, deberán establecer líneas de comunicación personales y oficiosas, entre los que están directamente al servicio de las poblaciones y el personal técnico que define los planes de reforma. Todo ello deberá realizarse dentro de la mutua confianza de personas que comparten el mismo servicio a los hombres y a cada hombre, para no caer en el economismo y en la ideología.

Hacer converger la acción de todos

39. Los países más ricos tienen una responsabilidad de primer plano en la reforma de la economía mundial. En estos últimos tiempos, por lo menos, han dado prioridad a las relaciones con los países que despegan económicamente —los que están verdaderamente en desarrollo— y también a los países del Este europeo cuya evolución puede constituir una amenaza cercana desde el punto de vista geográfico.

En los países ricos no faltan las personas de escasos recursos económicos, ni tampoco las reformas difíciles de realizar en el propio territorio. Nace, entonces, la tentación de hacer pasar a un segundo plano a los que tienen escasos recursos económicos en los países en desarrollo con altos costos sociales. «La miseria del mundo no está a cargo nuestro», es una frase que se repite a menudo en los países globalmente ricos.

Tal actitud, si se llegara a afianzar, sería a la vez indigna y poco perspicaz. Todas las personas, dondequiera que se hallen, sobre todo las que poseen medios económicos y tienen autoridad política, deben dejarse constantemente cuestionar por la miseria de los más desamparados y así tener en cuenta los intereses de éstos últimos en sus decisiones y en sus acciones. Este llamamiento está dirigido a los responsables de las decisiones relacionadas con los países en desarrollo.

Se dirige, igualmente, a todos los que, en los distintos países y a nivel internacional, bloquean de hecho las posibilidades de acción en favor del bien común, para proteger intereses que por sí mismos podrían ser del todo legítimos. La protección de un cierto derecho adquirido en un determinado país puede tener como consecuencia la persistencia del hambre en otra parte del mundo, sin que se pueda señalar una relación precisa de causalidad ni la identidad de las víctimas; es fácil entonces negar su existencia. Otros conservatismos, en distintos niveles y en otros lugares, pueden contribuir a esos mismos bloqueos.

La anhelada reforma del comercio internacional está en vías de realización. Beneficia sobre todo a los pobres de los países ricos. Es de importancia capital, por tanto, que las prioridades no oculten la situación de los desamparados de los países pobres, que carecen casi totalmente de voz en el ámbito internacional. Ellos deben volver a ser el centro de las preocupaciones internacionales, junto con las demás prioridades. Podemos alegrarnos, de todos modos, de las

prioridades en favor de «la erradicación de la miseria» propuestas desde hace algunos años por el Banco Mundial.

Los responsables de los países en desarrollo no deben, por su parte, esperar una hipotética reforma internacional para comenzar a dedicarse, en su propio país, a las reformas y responder a necesidades con frecuencia muy evidentes, que propiciarían un cierto despegue económico. Dicho despegue no depende de recetas particulares, sino de una aplicación valiente y constante de reglas sencillas; éstas permiten actuar a los que son honestos y capaces de iniciativas válidas y económicamente rentables; esas mismas reglas prohíben a los deshonestos sacar de los recursos nacionales una recompensa que no corresponde a su contribución. Los pueblos deben «sentir que son los principales artífices y los primeros responsables de su propio progreso económico y social» (58). Como hemos dicho más arriba, pertenece a los Gobiernos y a las instituciones vinculadas a los países en desarrollo manifestar claramente su preferencia por las actitudes responsables y valientes al servicio de las comunidades nacionales.

La voluntad política de los países industrializados

40. Los poderes públicos de los países globalmente ricos deben influir en la opinión pública local para sensibilizarla respecto a la situación de los pobres, cercanos o lejanos; es su deber, igualmente, sostener con fuerza la acción de las instituciones internacionales para aliviar esos mismos sufrimientos y ayudarles a emprender iniciativas inmediatas y perseverantes con el fin de detener el hambre en el mundo. En esta línea la Iglesia está insistiendo con gran empeño, des-

(58) JUAN XXIII, Carta Encíclica *Pacem in terris* (1963), cap. III, AAS 55 (1963), 5, 290.

de hace más de cien años, contra viento y marea, y solicita que los derechos de los más débiles sean protegidos, entre otras cosas, mediante intervenciones del poder público (59).

Para sensibilizar y movilizar a la comunidad internacional, en particular por lo que se refiere a la dimensión ética del asunto, se encuentran referencias enérgicas y precisas en numerosos textos procedentes, por ejemplo, del Consejo Económico y Social (ECOSOC) (en particular, de su Comisión de Derechos Humanos) y del UNICEF. En los trabajos de la FAO —bien conocida al respecto— la convergencia ya recordada entre la enseñanza de la Iglesia y los esfuerzos de movilización creciente emprendidos por la comunidad internacional se presenta con gran evidencia en varios instrumentos, como la Carta del Campesino, que se encuentra en la Declaración Mundial sobre Reforma Agraria y Desarrollo Rural (1979) (60); el Pacto Mundial de Seguridad Alimentaria (61); la Declaración Mundial sobre Nutrición y el Plan de Acción adoptado por la Conferencia Internacional sobre Nutrición (1992) (62), sin olvidar diversos códigos de comportamiento o compromisos internacionales —política o moralmente obligatorios— sobre plaguicidas, recursos fitogenéticos, etc. Es importante observar que esa perspectiva ética ha sido adoptada recientemente por el Banco Mundial (63). El desarrollo humano no será el fruto de mecanismos económicos que funcionan por sí mismos y que bastaría promover. La economía

(59) Cf. LEÓN XIII. Carta Encíclica *Rerum novarum*, 15 de mayo de 1891, *Leonis XIII P. M. Acta XI, Romae 1892*, 97-144.

(60) Cf. FAO: Carta del campesino: Declaración de principios y programa de acción de la Conferencia mundial sobre reforma agraria y desarrollo rural, Roma, 1979.

(61) Cf. FAO: Informe de la Conferencia de la FAO, 23 sesión, C 85 REP, pág 46, Roma, 9-28 de noviembre 1985.

(62) Cf. nota núm. 5

(63) Cf. BANCO MUNDIAL, *Informe sobre el desarrollo mundial*, 1990, *Introducción*, Washington, 1990.

se hará más humana gracias a toda una serie de reformas, en todos los niveles, orientadas hacia el mejor servicio del verdadero bien común, es decir, guiadas por una visión ética fundada en el valor infinito de cada hombre y de todos los hombres; es necesaria una economía que se inspire en «la necesidad de entablar relaciones entre los pueblos sobre la base de un constante intercambio de dones, de una verdadera “cultura del dar”, que debería preparar a todos los países para afrontar las necesidades de los menos favorecidos» (64).

Establecer equitativamente los términos del intercambio

41. El funcionamiento de los mercados que favorece el desarrollo requiere una sensata reglamentación; consta de leyes propias, independientes de la capacidad de decisión de los participantes en el mercado mismo, con tal que éstos sean suficientemente numerosos y suficientemente independientes unos de otros. Desafortunadamente, en los mercados de las materias primas minerales, a pesar de los grandes esfuerzos intentados, tanto por los Gobiernos —incluso algunas instituciones internacionales, en particular la UNCTAD (Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo)— como por empresas del sector privado, no se logran todavía términos equitativos de intercambio. No es posible, por razones políticas o humanitarias, evitar el nivel de los precios que resulta del funcionamiento ciego de los mercados.

Los países importadores, por su parte, no deben mantener las barreras —ni levantar otras nuevas—, pues éstas

(64) JUAN PABLO II, *Discurso con ocasión del 50 aniversario de la fundación de la FAO*, núm. 4. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 3 de noviembre 1995.

frenan selectivamente eventuales importaciones procedentes de países en los cuales gran parte de la población tiene hambre; los países importadores deben procurar, igualmente, que los beneficios locales de esas operaciones comerciales vayan a los más desfavorecidos. Se trata de un asunto muy delicado que exige una actitud valiente y precisa.

Superar el problema de la deuda

42. Desde 1985, la comunidad internacional gestiona la carga de la deuda, con la principal preocupación de evitar la destrucción del sistema financiero que reúne todas las instituciones financieras de todos los países. Ese sistema ha permitido —en las distintas naciones y durante las crisis— consolidaciones de créditos cuyo resultado ha sido situar a todos los acreedores de un mismo país en un mismo nivel, lo que no es conforme al derecho ni a la justicia social. A su vez, los que otorgan préstamos se han visto obligados a perder una parte, variable según cada cual, de sus créditos. Se requiere mucha equidad y vigilancia para que los países más valientes y eficaces en materia de reformas no se vean penalizados respecto a los demás. Es claro que la deuda debe aún disminuir considerablemente. Pero es justo que esa disminución esté acompañada de reformas en todos los países, de manera que no se caiga nuevamente en esos desórdenes, olvidando las circunstancias que han llevado a tal situación: exceso de gastos públicos, gastos públicos mal enfocados, desarrollo privado local sin interés económico y competencia excesiva entre países que otorgan préstamos y países exportadores, favoreciendo ventas inútiles o incluso perjudiciales. En todo caso, es preciso reconocer que no se podrán mejorar las condiciones de los países en desarrollo con altos costos sociales si no existe una mayor estabilidad en el marco social y político-institucional.

Aumentar la ayuda pública para el desarrollo

43. El proyecto de la UNCTAD para la segunda década del desarrollo se proponía que la ayuda a los países en desarrollo ascendiera al 0,7 % del PNB de los países industrializados. Sólo unos pocos países han logrado este objetivo (65), que ha sido reiterado por la Cumbre de Copenhague (66). El promedio de la ayuda a los países en desarrollo representa actualmente el 0,33 %, es decir, menos de la mitad del objetivo indicado.

El hecho de que algunos países alcancen dicho objetivo y otros no, demuestra claramente que la solidaridad es fruto de la determinación de los pueblos y de los Estados y no de automatismos técnicos. Conviene igualmente reservar una suma mayor de esa ayuda para la financiación de proyectos en cuya elaboración hayan participado los mismos pobres. Puesto que en la democracia los responsables políticos dependen de la opinión pública, es preciso infundir en ella una conciencia más clara acerca de lo que supone el presupues-

(65) Cf. PNUD, *Rapport mondial sur le développement humain 1992*, Económica, París, 1992, pág. 49; cf. también ONU, *Informe de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo*, Río de Janeiro 1992, párr. 33.13: «Los países desarrollados reafirman sus compromisos de alcanzar la meta aceptada por las Naciones Unidas del 0,7 % de su PNB para la Asistencia Oficial para el Desarrollo (AOD) y, en la medida en que aún no hayan alcanzado esa meta están de acuerdo en aumentar sus programas de asistencia a fin de alcanzar esa meta lo antes posible... Algunos países han convenido en alcanzar la meta para el año 2000... Se debe encomiar a los países que han alcanzado ya la meta y se les debe alentar a continuar contribuyendo al esfuerzo común para facilitar los sustanciales recursos adicionales que han de movilizarse.»

(66) Cf. ONU, *Informe de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social* (Copenhague, 6-12 de marzo 1995), *Declaración y Programa de Acción*, párr. 88b.

to de ayuda para el desarrollo. «Todos somos solidariamente responsables de las poblaciones subalimentadas [...] igualmente, hay que formar las conciencias al sentido de responsabilidad que incumbe a todos y a cada uno, especialmente a los más favorecidos» (67).

La ayuda pública plantea numerosos problemas de orden ético, tanto a los países donantes como a los países destinatarios. En todas partes la moralización de los circuitos de dinero nuevo es un problema difícil, y la falta de ética puede beneficiar a grupos privilegiados. Se corre así el riesgo de estabilizar situaciones de poder que se podrían describir en términos de «estructuras de pecado», favoreciendo por todos lados el clientelismo.

Se trata de potentes mecanismos inhibidores de las verdaderas reformas y del desarrollo del bien común que pueden tener consecuencias terribles como, por ejemplo, desórdenes locales y contiendas entre tribus en los países que son frágiles en este campo.

La lucha contra esas «estructuras de pecado» da una gran esperanza a los países menos favorecidos.

Reflexionar acerca de la ayuda

44. Es tarea de los países industrializados no sólo aumentar la ayuda que otorgan a los países en desarrollo, sino volver a evaluar las modalidades de distribución. La «ayuda vinculada» es objeto de crítica cuando está pensada en función del país que otorga un préstamo o una donación y está llena de condiciones que obligan al país receptor a: adquisición de bienes manufacturados al país

(67) JUAN XXIII, Carta Encíclica *Mater et magistra* (1961), cap. III, AAS 53 (1961), 8, 440.

donante; empleo de mano de obra especializada expatriada, en detrimento de la mano de obra local; conformidad con los programas de reajuste estructural, etc. Por el contrario, se considera que la ayuda no vinculada da realmente mejores resultados, lo que se ha comprobado en muchos casos. No conviene, sin embargo, desechar *a priori* la ayuda vinculada, si está concebida con el fin de repartir equitativamente las ventajas a las distintas partes y si permite realizar una sana gestión de los medios de los cuales se dispone.

La ayuda alimentaria de urgencia, una solución temporal

45. La ayuda alimentaria de urgencia tiene el noble fin de permitir que una población determinada pueda sobrevivir en una situación de crisis; tiene un carácter indiscutiblemente humanitario; puede servir también como un incentivo para el desarrollo y por definición debe ser temporal.

Existen muchas controversias en relación con la ayuda alimentaria en general. Algunos dicen que no incide en las causas mismas del hambre, que puede desalentar a los productores locales, que puede crear dependencia y modificar costumbres alimentarias; otros afirman que puede favorecer sólo a los intermediarios y dar ocasión de corrupción.

En algunos países la ayuda alimentaria se prolonga por tanto tiempo que se convierte en algo estructural, formando parte de los recursos ordinarios que alivia el déficit nacional.

De la ayuda estructural durable se dice que es un válido incentivo al desarrollo, pero algunos afirman que se puede convertir también en un arma comercial que desestabiliza la producción y crea dependencia.

La concertación de la ayuda

46. A pesar de las críticas que suscita, la ayuda alimentaria de urgencia se puede mejorar mediante la concertación entre los sucesivos interlocutores de la cadena: Estados, autoridades locales, ONG, Asociaciones eclesiales y población beneficiaria. Las ayudas podrían ser limitadas en el tiempo y estar más enfocadas en la población que se encuentra realmente en situación de déficit alimentario; deberían estar incluso constituidas por productos locales en cuanto sea posible. Ante todo, la ayuda de urgencia debe contribuir a liberar a las poblaciones de la dependencia. Con tal objeto, prescindiendo de si están dotadas o no de una infraestructura suficiente de capacidades locales de distribución, las ayudas deben estar acompañadas de proyectos de prevención, para las poblaciones interesadas, contra futuras carestías alimentarias. De este modo, la ayuda de urgencia, realizada bajo ciertas condiciones, puede ser considerada como una acción notable de solidaridad internacional. De otra manera sería una forma de asistencia «que no aporta una solución satisfactoria, pues permite que persistan y se agudicen las condiciones de extrema pobreza, condiciones que llevan al incremento de las muertes por desnutrición y hambre» (68).

La seguridad alimentaria, una solución permanente

47. El problema del hambre no podrá encontrar solución mientras no se fomente la seguridad alimenta-

(68) JUAN PABLO II, *Discurso con ocasión del 50 aniversario de fundación de la FAO* (23 de octubre 1995), núm. 3, *L'Osservatore Romano*, Edición en lengua española, 3 de noviembre 1995.

ria local (69). «La seguridad alimentaria existe cuando todos los habitantes, en todo momento, tienen acceso a los alimentos necesarios para llevar una vida sana y activa» (70). Para eso es necesario realizar programas que valoricen la producción local y establecer una legislación eficaz que proteja las tierras agrícolas y garantice a la población campesina el acceso a ellas. Si eso no se ha realizado todavía en los países en desarrollo es porque se presentan muchos obstáculos. Es cada vez más difícil y complejo, en efecto, para los responsables políticos y económicos de los países en desarrollo, definir una política agrícola. Entre las causas numerosas de esa situación está la fluctuación de los precios y de las monedas, provocada también por la superproducción de productos agrícolas. Para garantizar la seguridad alimentaria habría, por tanto, que favorecer la estabilidad y la equidad en el comercio internacional (71).

Prioridad a la producción local

48. La importancia primordial de la agricultura en todo proceso de desarrollo está plenamente reconocida. Sea cual fuere la evolución de la coyuntura comercial internacional, tanto la independencia económica y política como la alimentación de los países en desarrollo tendrían mucho que ganar

(69) Cf PNUD: *op. cit.*, págs. 164-165 (cf. nota 65).

(70) Cf. FAO: *Necesidades y recursos*, (cf. nota n. 11), pág. 35: La seguridad alimentaria depende generalmente de cuatro elementos: la *disponibilidad* de alimentos; el *acceso* a una alimentación suficiente; la *estabilidad* de los suministros; la *aceptación cultural* de los alimentos o de ciertas asociaciones de alimentos.

(71) Cf. también el *Pacto Mundial de Seguridad Alimentaria* (1985), mencionado en el núm. 40.

si se establecieran sistemas agrícolas, ciertamente abiertos al exterior, pero que favorecieran su desarrollo interno. Eso exige la creación de un entorno económico y social fundado en un mejor conocimiento y una mejor gestión de los mercados agrícolas locales; en el desarrollo del crédito rural y de la formación técnica; en la garantía de precios locales remunerativos; en el progreso de los circuitos de transformación y de comercialización de los productos locales; en una verdadera concertación entre los países en desarrollo; en una organización de los campesinos mismos y en la defensa colectiva de sus intereses. Todas esas tareas dependen, a la vez, de la competencia y de la voluntad humanas.

Importancia de la reforma agraria

49. La producción alimentaria local encuentra a menudo trabas debido a una mala repartición de las tierras y a la utilización irracional de los suelos. Más de la mitad de la población de los países en desarrollo carece de tierras, y esa proporción va aumentando (72). Aunque casi todos los países en desarrollo poseen políticas de reforma agraria, pocos son los que las han aplicado efectivamente. Además, los espacios agrícolas utilizados por las sociedades multinacionales de la alimentación sirven casi únicamente para alimentar a las poblaciones del Norte, y los sistemas de explotación tienden a agotar los suelos. Es urgente realizar una «decidida reforma de las estructuras y nuevos esquemas en las relaciones entre los Estados y los pueblos» (73).

(72) Cf. FAO: *La condición del campesino sin tierras. Un problema que se agrava* Roma, 1984.

(73) JUAN PABLO II: *Mensaje para la celebración de la Jornada Mundial de la Paz*, 1 de enero 1990, «Paz con Dios Creador, paz con toda la Creación», núm. 11, AAS 82 (1990), 2, 153.

Papel de la investigación y de la educación

50. Las tareas que incumben a los responsables políticos y de la economía son muy importantes. Sin embargo, para responder a un reto tan grande como es el del hambre, la malnutrición y la pobreza, todo hombre está llamado a preguntarse qué hace y qué podría hacer al respecto.

Para esto se necesitará:

— La aportación de la ciencia: las élites intelectuales están llamadas a hacer uso de su sabiduría y de su influencia para tratar de resolver el problema. Las investigaciones en biotecnología, por ejemplo, pueden contribuir a mejorar — tanto en el Norte como en el Sur— la seguridad alimentaria mundial, la asistencia sanitaria y el abastecimiento de energía. Por su parte, las ciencias humanas, mediante una mejor lectura y una interpretación más exacta de la organización social, pueden hacer resaltar los desequilibrios del sistema reinante y las consecuencias nefastas que ellos tienen, para ayudar a corregirlos. Las ciencias, igualmente, pueden contribuir a definir y a establecer nuevos caminos de solidaridad entre los pueblos.

— Una sensibilización de los individuos y de los pueblos acerca de la interdependencia, la solidaridad y la fraternidad. La educación al amor al prójimo es una tarea que corresponde en primer lugar a los padres de familia y educadores. En este aspecto es también importante el rol de los políticos y muy especialmente el de los medios de comunicación social.

— Es preciso dar una importancia primordial a la educación, que no se limita a transmitir conocimientos, sino que plantea también los fundamentos de la conciencia moral. Habrá que eliminar la dicotomía entre educación y desarrollo, dos objetivos tan interdependientes, tan estrictamente vinculados uno a otro, que es necesario perseguirlos conjuntamente para lograr resultados duraderos. Es un deber

de solidaridad ayudar a todo hombre a beneficiarse de «una educación que responda al propio fin» (74).

Los Organismos Internacionales: Asociaciones y/u Organizaciones Internacionales Católicas (OIC), Organizaciones No Gubernamentales (ONG) y sus redes

51. Desde hace varias décadas, a las iniciativas ya existentes se han agregado organismos —fundados también por voluntarios— que se han puesto al servicio de los individuos y de las poblaciones en dificultad. Esos Organismos Internacionales se conocen bajo el nombre de Asociaciones Internacionales Católicas, Organizaciones Internacionales Católicas (OIC) y Organizaciones No Gubernamentales (ONG). Son famosos por su dinamismo y han dado prueba de sus aptitudes en la promoción del desarrollo integral de los pobres y en la respuesta a las situaciones de urgencia (hambre o carestía, en el caso que nos interesa). Saben llamar la atención sobre las situaciones desesperadas, movilizándolo fondos públicos y privados y organizando la ayuda «in loco». Con el pasar de los años, la mayor parte de ellas ha unido a esta lucha contra el hambre una acción más amplia en favor del desarrollo. Entre sus éxitos más notables están los proyectos que contemplan iniciativas nuevas que se toman localmente en forma autónoma, o proyectos que sirven para reforzar las instituciones y las colectividades locales.

La Iglesia católica desde siempre y, por tanto, mucho antes de que existieran las ONG, ha estado al lado de los po-

(74) CONC. ECUM. VAT. II, Declaración *Gravissimum educationis*, núm. I, que se remite a Pío XI, Carta Encíclica *Divini illius magistri* (1929), AAS 22 (1930), págs. 50ss.

bres y hambrientos ayudando a resolver sus necesidades. Hoy la vemos estimulando, inspirando y coordinando innumerables asociaciones parroquiales, diocesanas, nacionales e internacionales, y a través de amplias redes (75).

Reconocemos aquí también el trabajo de los organismos internacionales considerados en conjunto, ya sean de inspiración directamente cristiana (76), de inspiración religiosa o de inspiración laica.

La doble misión de los Organismos Internacionales

52. La misión de los Organismos Internacionales es doble: sensibilización y acción. Si la segunda es evidente, la primera con frecuencia es desconocida. Sin embargo, los dos aspectos son inseparables. Sensibilizar a todos respecto a las realidades y a las causas de un desarrollo insuficiente es algo fundamental. De la sensibilización depende directamente la indispensable colecta de fondos privados, por un lado; y, por otro, la toma de conciencia del mayor número de personas.

(75) Cf. PONTIFICIO CONSEJO «Cor Unum», *Catholic Aid Directory*, 4.^a edic. (próximamente será publicada una 5.^a edic.). Consideremos, por ejemplo, los Organismos que son miembros de «Cor Unum»: Association Internationale des Charités de St. Vincent de Paul (AIC), Cáritas Internationalis, Unione Internazionale Superiore Generali (UIISG), Australian Catholic Relief, Caritas Italiana, Cáritas Liban, Catholic Relief Services USCC, Deutscher Caritasverband, Manos Unidas, Organisation Catholique Canadienne pour le Développement et la Paix, Secours Catholique, Kirche in Not, Société de St. Vincent de Paul, Secrétariat des Caritas de l'Afrique Francophone, Cáritas Aotearoa (New Zealand) Cáritas Bolivia, Cáritas Española, Caritas Moçambicana, Misereor, Österreichische Caritaszentrale, Orden de Malta.

(76) De gran importancia es la Unidad IV del Consejo Mundial de las Iglesias en Ginebra; es preciso mencionar también la obra de la Cruz Roja en el mundo.

La formación de esa base popular es necesaria para lograr un aumento de la ayuda pública al desarrollo y para transformar las «estructuras de pecado».

Coparticipación solidaria

53. Los Organismos Internacionales deben poner en práctica una verdadera coparticipación con los grupos a los cuales ayudan. Así nace una solidaridad fraterna en el diálogo, la mutua confianza y la escucha respetuosa.

En este campo tan delicado de la coparticipación, el Papa Juan Pablo II ha querido dar un signo de su especial interés a través de la Fundación «Juan Pablo II para el Sahel», cuyo objetivo es la lucha contra la desertificación en los países del sur del Sahara; y de la Fundación «Populorum Progressio» en favor de los más desprovistos de América Latina, administradas autónomamente por las Iglesias locales de sus respectivas regiones (77).

CAPÍTULO IV

EL JUBILEO DEL AÑO 2000. UNA ETAPA EN LA LUCHA CONTRA EL HAMBRE

Los jubileos: dar a Dios lo que es de Dios

54. En la Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, de preparación a la celebración de los dos mil años del nacimiento de Cristo, el Papa Juan Pablo II recuerda la antiqui-

(77) Cf. nota núm. 49.

sima tradición de los jubileos en el Antiguo Testamento, arraigada en el concepto del año sabático: el año sabático era un tiempo dedicado de modo particular a Dios que se celebraba cada siete años, según la ley de Moisés, y durante el cual se dejaba reposar la tierra, se liberaban los esclavos y se remitían las deudas. El año jubilar, que se celebraba cada cincuenta años, ampliaba aún más las prescripciones anteriores: el esclavo israelita no sólo era liberado, sino que recuperaba la posesión de la tierra de sus antepasados. «Declararéis santo el año cincuenta, y proclamaréis en la tierra liberación para todos sus habitantes. Será para vosotros un jubileo; cada uno recobrará su propiedad, y cada cual regresará a su familia» (Lv 25, 10).

El fundamento teológico de esta redistribución era el siguiente: los israelitas no podían «privarse definitivamente de la tierra, puesto que pertenecía a Dios, ni podían permanecer para siempre en una situación de esclavitud, dado que Dios los había «rescatado» para sí como propiedad exclusiva, liberándolos de la esclavitud en Egipto» (78).

Encontramos allí la exigencia de respetar la destinación universal de los bienes, la aplicación de la hipoteca social relacionada con el derecho a la propiedad privada, que se expresaba así puntualmente como ley pública. Así corregía las trasgresiones, el afán desmesurado de lucro, ganancias dudosas y muchas otras modalidades de ejercicio de la propiedad, de la posesión de los bienes.

Ese marco jurídico del año jubilar era como el esbozo de la enseñanza social de la Iglesia, que luego fue estructurada a la luz del Nuevo Testamento. En verdad, fueron pocas las realizaciones concretas que siguieron el ideal social del año jubilar. Se hubiera necesitado un gobierno justo y capaz de imponer los preceptos anteriores, cuyo objeto era restablecer

(78) JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente* (1994), núm. 12, AAS 87 (1995), I, 13.

una cierta justicia social. El magisterio social de la Iglesia, que se ha desarrollado sobre todo a partir del siglo XIX, ha transformado en cierto modo esos preceptos en un cuerpo doctrinal, que es la doctrina social de la Iglesia. Hoy es el Estado en su papel de regulador quien debe garantizar a cada uno la necesaria y justa participación en los bienes de la Creación. La Iglesia tiene el deber de enseñar esta doctrina.

Ser la «providencia» de los propios hermanos

55. La práctica de los jubileos se remite fundamentalmente a la Divina Providencia y a la historia de la salvación (79). Apoyándose en esta referencia es posible considerar que el hambre y la malnutrición son una consecuencia del pecado humano que se revela desde los primeros versículos del libro del Génesis: «El Señor preguntó a Caín: “¿Dónde está tu hermano?” Él respondió: “No lo sé: ¿soy yo acaso el guardián de mi hermano?” Entonces el Señor replicó: “¿Qué es lo que has hecho? La sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Por eso te maldice esa tierra, que ha abierto sus fauces para beber la sangre de tu hermano que acabas de derramar. Cuando cultives el campo, no te dará ya sus frutos. Y serás un forajido que huye por la tierra”» (Gn 4, 9-12).

Esta imagen expresa con toda claridad la relación entre el respeto a la dignidad de la persona humana y la fecundidad del espacio ecológico mancillado y destrozado luego. Esta relación resuena como un eco a lo largo de la historia humana y constituye, al parecer, el telón de fondo teológico de las relaciones de causalidad analizadas anteriormente sobre el hambre y la malnutrición. Todo sucede como si los acontecimientos naturales imprevisibles, a veces tan hostiles,

(79) Cf. *ibid.*, núm. 13, l. c., 13-14.

se ampliaran con las consecuencias de la sed desmedida de poder y de provecho y sus «estructuras de pecado». El hombre, apartándose de la intención creadora de Dios, se ve a sí mismo, a sus hermanos y al porvenir con mirada miope, condenado a la experiencia de vagar afligido por el mundo y tiene que escuchar el reproche: «...¿dónde está tu hermano?... ¿qué es lo que has hecho?».

Dignidad del hombre y fecundidad de su trabajo

56. Dios quiere, sin embargo y a pesar de todo, devolver al hombre la Creación y, gracias a Cristo Redentor, ayudarle a cultivar y cuidar el huerto (cf. *Gn 2, 15-17*), evitando que se torne un erial y que alguien quede excluido. En esta situación, todo esfuerzo por honrar la dignidad de la persona humana y restaurar la armonía entre el hombre y toda la Creación radica en el misterio de la Redención realizado por Jesucristo, representado simbólicamente por el árbol de la vida en el jardín del Edén (cf. *Gn 2, 9*). El hombre, cuando entra libremente en comunión con este misterio, transforma ese vagar, al cual se hallaba sometido, en ocasión y camino de fe, en el que aprende nuevamente a mantener una relación amorosa con Dios, con sus semejantes y con toda la Creación.

Esa justificación nace y se alimenta de la fe y de la confianza en Dios y se manifiesta a menudo en el hombre «pobre de corazón». El hombre entra de nuevo a participar plenamente en la culminación de la Creación, arruinada por el pecado original: «... pues la ansiosa espera de la Creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios... para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios» (*Rm 8, 19,21*).

Así el sentido de la economía humana se revela plenamente: posibilidad para el hombre, y para todos los hom-

bres, de cultivar la tierra, de vivir de «la tierra donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo» (80). La dinámica de esta economía que se va forjando depende de nuestra adhesión a ese plan divino y de su «encarnación» en nuestras vidas. La aceptación incondicional y progresiva nos lleva a incorporarnos a la Iglesia, pueblo peregrino, y nos hace avanzar hacia el Reino de Dios. Es tarea de cada uno de nosotros, los bautizados en Cristo, revelar esa fecundidad de la cual la Iglesia es depositaria y cuya misión es restaurar toda la creación en Cristo. Frente a la lógica de las «estructuras de pecado» que debilitan la economía humana, estamos llamados a dejarnos cuestionar íntimamente por Dios y a adoptar así una actitud crítica respecto a los modelos reinantes.

Desde esta perspectiva, la Iglesia invita a todos sus miembros a desarrollar su saber, su competencia y su experiencia, cada cual según los dones que ha recibido y según su propia vocación. Esos dones y vocaciones peculiares de cada persona están admirablemente representados en las tres parábolas (del criado fiel, de las diez vírgenes y de los talentos) que anteceden justamente la parábola del Juicio final (cf. Mt 24, 45-51; 25, 1-46). La complementariedad y la diversidad de las vocaciones y de los carismas orientan la respuesta de amor por parte del hombre, llamado a ser «providencia» de sus propios hermanos, «una providencia sabia e inteligente que guía el desarrollo humano y el desarrollo del mundo por el sendero de la armonía con la voluntad del Creador, para el bienestar de la familia humana y el cumplimiento de la vocación trascendente de cada persona» (81).

(80) CONC. ECUM. VAT. II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes* (1965), núm. 39.

(81) JUAN PABLO II, Meditación durante la vigilia de oración en el Cherry Creek State Park, en Denver, en el marco de la celebración de la VIII Jornada Mundial de la Juventud (14 de agosto de 1993), AAS 86 (1994) 5, 416.

La economía, degradada por la falta de justicia

57. La Carta apostólica *Tertio millennio adveniente* propone iniciativas muy concretas para promover activamente la justicia social (82), estimulando a descubrir otras maneras de responder al problema del hambre y de la malnutrición que el Jubileo podría incluir.

La práctica jubilar es particularmente necesaria en el campo de la economía; ésta, abandonada a sí misma, es dañina, se debilita, pues no ejerce justicia. Toda crisis económica cuyo efecto extremo es la penuria alimentaria se presenta como una crisis de justicia (83), el pueblo escogido del Antiguo Testamento ya la había experimentado. Habrá que analizar la crisis de hoy en el marco del libre mercado. Es cierto que con las debidas condiciones, tanto en el interior de cada país como en las relaciones internacionales, el libre mercado puede ser un instrumento apropiado para repartir los recursos y responder eficazmente a las necesidades (84).

Es preciso constatar que la justicia y el mercado se analizan con frecuencia como dos realidades antinómicas, quedando por ello eximido el individuo de su responsabilidad con respecto a la justicia social. La exigencia de equidad ya no incumbe al individuo, sometido con resignación al orden comercial, sino al Estado, y más exactamente al Estado-providencia.

(82) Cf. JUAN PABLO II, Carta Apostólica *Tertio millennio adveniente* (1994), núm. 51: «... proponiendo el Jubileo como un tiempo oportuno para pensar entre otras cosas en una notable reducción, si no en una total condonación, de la deuda internacional, que grava sobre el destino de muchas naciones», *l.c.*, 36.

(83) Cf. al respecto, H. HUDE, *Éthique et Politique*, cap. XIII, «La justice sur le marché», Ed. Universitaires, París, 1992.

(84) Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Centesimus annus* (1991), núm. 34, *l.c.*, 835-836.

En general, las filosofías morales reinantes son ampliamente responsables de una desviación de la reflexión: se ha pasado del campo del comportamiento justo, al de la justicia de las estructuras y procedimientos, construcción teórica prácticamente fuera de alcance. Además, esa providencia estatal «ad intra» y «ad extra», se presenta hoy bastante sofocada, garantizando cada vez menos una verdadera justicia distributiva y atentando ella misma contra la eficacia de las economías nacionales. ¿No habría quizá aquí materia de reflexión sobre la relación existente, por una parte, entre la falta de una sobriedad en nuestros comportamientos económicos y de contribución individual al establecimiento de una justicia social, y, por otra, la creciente ineficacia de los mecanismos de redistribución que, al cabo de un tiempo, se repercute sobre la eficacia global de nuestra economía?

Rectitud y justicia en la economía

58. Para responder a esta oposición entre mercado y justicia, la enseñanza social de la Iglesia procura profundizar en la noción de justo precio que toma del pensamiento escolástico, refiriéndola no sólo al criterio de justicia conmutativa, sino más ampliamente al criterio de justicia social, es decir, al conjunto de derechos y deberes de la persona humana. Esta realización de la justicia social, gracias al justo precio, se funda en una doble conformidad: conformidad del contexto jurídico, que sirve de marco al mercado, con la ley moral, y conformidad de los múltiples actos económicos individuales, que establecen el precio del mercado, con la misma ley moral.

Una responsabilidad personal que se limite simplemente a la ley civil no es suficiente, pues implica, en muchos casos, «la abdicación de la conciencia moral» (85). Así como el

(85) Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium vitae* (1995), núm. 69, AAS 87 (1995), 5, 481.

precio en un mercado depende de los múltiples usos que dan los consumidores, asimismo nuestra conciencia moral, árbitro moral de los usos que se hacen, será la que permite que el precio del mercado coincida con el justo precio. Por tanto, cuando los agentes del mercado no incluyen el deber de justicia social en sus opciones económicas, el mecanismo mismo del mercado disociará el precio competitivo del justo precio.

En esta preparación del Jubileo del Año 2000 estamos todos invitados a encarnar la ley moral diariamente en nuestros actos económicos (86). Por tanto, el carácter justo o injusto del precio está, en cierta forma, «en nuestras manos»: las del productor y las del inversionista, las del consumidor y las del responsable de tomar las decisiones públicas.

El Estado y la comunidad de los Estados, sin embargo, no están dispensados de ejercer una tutela capaz, entre otras cosas, de mitigar, aunque de manera imperfecta, la carencia

(86) La Carta Encíclica *Centesimus annus* (1991), del Papa JUAN PABLO II, da algunas indicaciones en ese sentido en el núm. 36: «... Al descubrir nuevas necesidades y nuevas modalidades para su satisfacción, es necesario dejarse guiar por una imagen integral del hombre, que respete todas las dimensiones de su ser y que subordine las materiales e instintivas a las interiores y espirituales. Por el contrario, al dirigirse directamente a sus instintos, prescindiendo en uno u otro modo de su realidad personal, consciente y libre, se pueden crear hábitos de consumo y estilos de vida objetivamente ilícitos... El sistema económico no posee en sí mismo criterios que permitan distinguir correctamente las nuevas y elevadas formas de satisfacción de las necesidades humanas, que son un obstáculo para la formación de una personalidad madura. Es, pues, necesaria y urgente una gran obra educativa y cultural, que comprenda la educación de los consumidores para un uso responsable de su capacidad de elección, la formación de un profundo sentido de responsabilidad en los productores y sobre todo en los profesionales de los medios de comunicación social, además de la necesaria intervención de las autoridades públicas... Me refiero al hecho de que también la opción de invertir en un lugar y no en otro, en un sector productivo en vez de otro, es siempre una opción moral y cultural», l.c. 838-840.

del deber individual de justicia social. El objeto político constituido por el bien común es más importante, en efecto, que la simple justicia conmutativa de los intercambios.

Un llamamiento a propuestas jubilares

59. El llamamiento de Dios por mediación de su Iglesia es, desde luego, una convocatoria a la coparticipación, a la caridad activa y práctica. Se dirige no sólo a los cristianos, sino a todos los hombres de buena voluntad y a todos los hombres capaces de buena voluntad, es decir, a todos sin excepción. La Iglesia se coloca, pues, a la cabeza de los movimientos que promueven el amor solidario, preocupándose por la persona humana en general y por todo hombre en particular. Presente y actuante al lado de todos los que desarrollan la acción humanitaria para responder a las necesidades y a los derechos fundamentales de sus hermanos, la Iglesia recuerda regularmente que la «solución» de la cuestión social exige la colaboración de todos (87).

Todo hombre de buena voluntad, en efecto, puede percibir la puesta en juego de la ética en los asuntos relacionados con el devenir de la economía mundial: luchar contra el hambre y la malnutrición, contribuir a la seguridad alimentaria y a un desarrollo agrícola endógeno de los países en desarrollo, valorizar las potencialidades de exportación de esos países, preservar los recursos naturales de interés mundial. La enseñanza social de la Iglesia puede ayudar a puntualizar elementos constitutivos del bien común universal, que deben ser identificados y promovidos por las naciones desarrolladas. Las organizaciones económicas internacionales deben empeñarse en este mismo sentido en la

(87) Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Centesimus annus* (1991), núm. 60, l.c., 865-866.

puesta en marcha de la mundialización de los intercambios. Aceptado ese bien común universal, debería inspirar consecuentemente el marco jurídico, institucional y político que rige los intercambios comerciales internacionales. Esto requiere coraje por parte de los responsables de las instituciones sociales, gubernamentales y sindicales, por la dificultad actual de situar los intereses de cada cual en línea con el bien común.

La misión de la Iglesia al respecto no consiste en proponer soluciones técnicas. Pero con ocasión de la preparación al gran Jubileo lanza un amplio llamamiento con el fin de que se hagan propuestas y sugerencias capaces de acelerar la erradicación del hambre y la malnutrición.

Dichas propuestas podrían referirse especialmente a dos campos:

— El establecimiento de reservas de alimentos —siguiendo el ejemplo de José en Egipto (cf. *Gn* 41, 35)— que permitan ofrecer, en caso de crisis momentánea, una asistencia concreta a las poblaciones afectadas por una situación de calamidad. Los mecanismos de gestión deberían ser concebidos de manera que se evite toda tentación de tipo burocrático capaz de abrir las puertas a las luchas de influencia política o económica, y que evite toda manipulación directa o indirecta de los mercados. Dar tierra y promover el cultivo de huertos familiares, en especial en aquellas regiones donde la pobreza priva a personas y a familias enteras del acceso a la utilización de la tierra, así como de la alimentación básica. Decía el Papa León XIII en favor de los obreros en el siglo XIX: «Los hombres... aprenden incluso a amar más la tierra cultivada por sus propias manos, de la que esperan no sólo el sustento, sino también una cierta holgura económica para sí y para los suyos» (88).

(88) LEÓN XIII, Carta Encíclica *Rerum Novarum* (1891), núm. 35.

Es preciso que se tomen iniciativas en todas partes del mundo para que los más desfavorecidos puedan disponer de un trozo de tierra y de los conocimientos e instrumentos de trabajo necesarios para superar situaciones de miseria.

— Conviene estimular, en un marco de una perspectiva más amplia, la recopilación de testimonios y estudios basados en la observación y la experiencia directas para identificar con datos precisos «estructuras de pecado» y «estructuras del bien común» (89).

CAPÍTULO V

EL HAMBRE: UN LLAMAMIENTO AL AMOR

El pobre nos llama al amor

60. En todos los países del mundo, si no cerramos los ojos, cruzamos nuestra mirada con la de las personas que tienen hambre. Esa mirada es mensaje (cf. *Gn 4, 10*).

Dios nos interpela a través del hambriento. La sentencia del Juez universal condena sin ninguna compasión: «... Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer...» (*Mt 25, 41* y ss.).

Estas palabras, que salen del corazón del Dios hecho hombre, nos hacen comprender la gravedad profunda que la no satisfacción de las necesidades básicas del hombre tiene ante los ojos del Creador; abandonar al que es imagen de Dios equivaldría a abandonar al Señor mismo. Dios es el que

(89) El PONTIFICIO CONSEJO «Cor Unum» podría en este campo estimular y solicitar la elaboración de estos estudios a organismos competentes.

tiene hambre y nos llama con los gemidos del hambriento. Como discípulos del Dios que se revela, suplicamos al cristiano que escuche el llamamiento del pobre. Es efectivamente un llamamiento al amor.

La pobreza de Dios

61. Según los autores de los Salmos —esos famosos cantos del Antiguo Testamento— «los pobres» se identifican con los «justos», los que «buscan a Dios», «le temen» y «esperan en Él»; los que «son benditos», «son sus servidores» y «conocen su nombre».

Como si estuviera reflejada en un espejo cóncavo, la luz de los «*anawin*», los pobres de la primera Alianza, converge hacia la mujer que sirve de punto de enlace entre los dos Testamentos: María, en quien brilla toda la entrega a Yahvé y toda la experiencia que guía al pueblo de Israel, y de quien toma carne el Verbo de Dios. El «Magníficat» es la alabanza que da testimonio de ello, el himno de los pobres cuya única riqueza es Dios (cf. *Lc* I, 46 y ss.).

El canto se abre con una explosión de alegría y la expresión de una rebotante gratitud: «Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocija en Dios mi Salvador.» Ni las riquezas ni el poder hacen exultar a María: ella se siente «pequeña, insignificante y humilde». Esta idea fundamental inspira toda su alabanza y es completamente contraria a los que se guían por la sed de orgullo, de poder y de riqueza, a quienes se dirige la sentencia: serán «dispersados», «derribados de sus tronos», «despedidos sin nada». Jesús mismo aplica esa enseñanza de su Madre en el discurso evangélico de las Bienaventuranzas que comienzan con la expresión «dichosos los pobres».

Él anuncia la Buena Noticia a los pobres (cf. *Lc* 4, 18). La «seducción del dinero», en cambio, aleja del seguimiento de

Cristo (cf. Mc 4, 19). Nadie puede servir a dos señores: Dios y Mamón (cf. Mt 6, 24). La preocupación por el mañana es índice de una mentalidad pagana (cf. Mt 6, 32). Para el Señor no se trata sólo de bellas palabras: da testimonio de ellas con su propia vida. «El Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza» (Mt 8, 20).

La Iglesia está con los pobres

62. No hay que falsear ni disimular el precepto bíblico que va en dirección opuesta al espíritu del mundo y a nuestra sensibilidad natural. Nuestra naturaleza y nuestra cultura se rebelan ante la pobreza.

La pobreza evangélica es a veces objeto de comentarios cínicos, ya sea de los indigentes como de los más ricos. Se acusa a los cristianos de querer perpetuar la pobreza. Un tal desprecio de la pobreza sería propiamente diabólico. La característica de Satán (cf. Mt 4) es oponerse a la voluntad de Dios haciendo referencia a su Palabra.

Un discurso del Papa Juan Pablo II nos ayuda a hacer la distinción y nos evita caer en la trampa que permitiría justificar nuestro egoísmo. Con ocasión de su visita a la favela del Lixo de So Pedro, en el Brasil, el 19 de octubre de 1991, el Santo Padre reflexiona sobre la primera bienaventuranza del Evangelio de san Mateo y explica la relación entre la pobreza y la confianza en Dios, entre la salvación y el abandono total al Creador; y precisa: «Existe, sin embargo, una pobreza muy distinta de aquella que Cristo ensalzaba, y que afecta a un gran número de hermanos y hermanas, paralizando el desarrollo integral de la persona. Ante esa pobreza, que priva de los bienes de primera necesidad, la Iglesia levanta su voz... Por eso la Iglesia sabe que toda transformación social debe pasar ne-

cesariamente por una conversión de los corazones y ora por ello. Esta es la primera y principal misión de la Iglesia» (90).

Como ya hemos dicho, la voz de Dios a través de su Iglesia es un llamamiento a la coparticipación, a la caridad activa y práctica, dirigido no sólo a los cristianos, sino a todos. Como siempre, y más que nunca, la Iglesia está hoy apoyando y animando a todos los que desarrollan la acción humanitaria al servicio de sus hermanos en necesidad, para que puedan gozar de sus derechos fundamentales.

La contribución de la Iglesia al desarrollo integral de las personas y de los pueblos no se limita sólo a la lucha contra la miseria y el subdesarrollo. Existe además otra pobreza, provocada por la convicción de que es suficiente seguir el camino del progreso técnico y económico para contribuir a que todo hombre sea más digno de llamarse tal; un desarrollo sin alma no puede ser suficiente para el hombre, y la excesiva opulencia le es tan nociva como la excesiva pobreza. Ese es el «modelo de desarrollo» por el hemisferio Norte y que implantado difunde en el hemisferio Sur, donde el sentido religioso y los valores humanos corren el peligro de ser barridos por la invasión del consumismo.

Tanto el pobre como el rico están llamados a la libertad

63. Dios no quiere la indigencia de su pueblo, es decir, de los hombres, ya que a través de cada uno de ellos nos interpela. Nos dice simplemente que el indigente, así como el rico engeguedado por su riqueza, son hombres mutilados; el primero, por circunstancias que no puede superar a pesar

(90) Cf. JUAN PABLO II, segundo viaje al Brasil (12-21 de octubre 1991), *Discurso en la favela de Lixo de So Pedro, Insegnamenti*, 1992, 941.

suyo; el segundo, por tener las manos demasiado llenas. Uno y otro se ven, por tanto, impedidos para acceder a la libertad interior, a la que Dios llama sin cesar a todos los hombres.

El pobre, «colmado de bienes», no encuentra en ello una revancha egoísta a la mala suerte, sino una situación que le permite, por fin, no quedar disminuido en sus capacidades fundamentales. El rico, «despedido sin nada», no es castigado por ser rico, más bien se ve liberado del peso y de la oscuridad inherentes a su apego demasiado exclusivo a toda clase de bienes. El canto del Magnificat no es una condena, sino un llamamiento a la libertad y al amor.

En este proceso de doble curación, el pobre está llamado a sanar su corazón herido por la injusticia, que puede llevarle hasta a odiarse a sí mismo y a los demás. El rico, en cambio, está llamado a liberarse de su carga de pacotilla, que le tapa ojos y oídos. Esa carga oculta el fondo de su corazón bajo los efímeros bienes del dinero, el poder y los placeres; esa carga limita la visión de sí mismo y de los demás.

La necesaria reforma del corazón del hombre

64. El hambre en el mundo nos hace tocar de cerca las debilidades del hombre en todos los niveles: la lógica del pecado que se inserta en el corazón del hombre, está al origen de las flaquezas de la sociedad debido a la acción de las así llamadas «estructuras de pecado». Para la Iglesia, el egoísmo culpable y la búsqueda desenfadada del dinero, el poder y la gloria, cuestionan el valor mismo del progreso en cuanto tal. «... Los individuos y las colectividades, subvertida la jerarquía de los valores y mezclado el bien con el mal, no miran más que a lo suyo, olvidando lo ajeno. Lo que hace que el mundo no sea ya ámbito de una auténtica fraternidad, mientras el poder acrecido de la Humanidad está amenazan-

do con destruir al propio género humano» (91) —unida a una noción de «progreso» de connotaciones filosóficas de tipo iluminista... usada en sentido económico-social—, parece puesta ahora seriamente en duda... A un ingenuo optimismo mecanicista le reemplaza una fundada inquietud por el destino de la Humanidad... Hoy se comprende mejor que la mera acumulación de bienes y servicios, incluso en favor de una mayoría, no basta para proporcionar la felicidad humana» [l.c. 547-550].

Por el contrario, el amor que se alberga en el corazón del hombre le ayuda a superar sus propios límites y a actuar en el mundo, creando las «estructuras del bien común»; éstas abren el camino a los que están en marcha con él hacia la «civilización del amor» (92) y arrastran a los demás en esa dirección.

El hombre está llamado a reformarse: lo que está en juego es vital para todos. Debe poner su corazón en movimiento hacia la unificación, en el amor, de su propia persona y de la comunidad humana. Esta reforma del hombre es radical en lo más profundo y en todo lo que implica, pues el amor es radical en su esencia misma, no experimenta divisiones, abarca todos los impulsos de la persona, sus actos, su oración, sus medios materiales y sus riquezas espirituales.

La conversión del corazón de los hombres, individual y colectivamente, es la propuesta de Dios, que puede cambiar

(91) CONC. ECUUM. VAT. II, Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* (1965), n. 37; cf. también JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Sollicitudo rei socialis* (1987), núms. 27-28: «Esta concepción [de desarrollo] —unida a una noción de progreso de connotaciones filosóficas de tipo iluminista... usada en sentido económico-social— parece puesta ahora seriamente en duda... A un ingenuo optimismo mecanicista le reemplaza una fundada inquietud por el destino de la Humanidad... Hoy se comprende mejor que la mera acumulación de bienes y servicios, incluso en favor de una mayoría, no basta para proporcionar la felicidad humana», l. c., 547-550.

(92) Cf. nota núm. 39.

profundamente la faz de la tierra y borrar las nefastas señales del hambre que desfiguran una parte de su rostro. «... Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1, 15), es el imperativo que acompaña el inicio del Reino de Dios. La Iglesia sabe que ese cambio íntimo en lo más profundo estimulará al hombre en su vida diaria a mirar más allá de su interés inmediato, a cambiar poco a poco su modo de pensar, de trabajar y de vivir; le ayudará a aprender a amar, en el pleno ejercicio de sus facultades.

Con nuestro pequeño aporte, Dios mismo velará por su realización.

«¡Guardaos de los ídolos!»

65. He aquí la promesa que nos hace el Señor: «... os purificaré de todas vuestras impurezas e idolatrías. Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo; os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que viváis según mis mandamientos, observando y guardando mis leyes» (Ez 36, 25-27).

Este magnífico lenguaje bíblico no debe engañarnos. No se trata aquí de un llamamiento a los buenos sentimientos para producir una simple condisión material, por válida y eficaz que sea. Lo que se nos propone es un cambio más profundo, es la misma profundidad de Dios, para liberarnos de nuestros ídolos y enseñarnos a amar; esto compromete a todo nuestro ser. Entonces podremos superar nuestros temores y nuestros egoísmos para prestar atención a nuestros hermanos y servirles.

Nuestros ídolos están muy cerca de nosotros: están constituidos por nuestra búsqueda individual o comunitaria —ya seamos ricos o pobres— de bienes materiales, poder, fama y placer, considerados como fines en sí mismos. Some-

terse a esos ídolos esclaviza al hombre y empobrece el planeta (cf. núm. 25). La injusticia profunda que sufre el que no puede disponer de lo necesario, reside precisamente en que se ve obligado a buscar esos bienes materiales por encima de todo.

El corazón del pobre Lázaro es más libre que el del rico malvado, y Dios, a través de la voz de Abrahán, no sólo pide al rico que comparta el banquete con Lázaro, sino que cambie su corazón, que acepte la ley del amor para hacerse hermano del pobre (cf. Lc 16, 19 y ss.).

Al librarnos de los ídolos, Dios permitirá que nuestro trabajo transforme el mundo, no sólo aumentando las riquezas de todo tipo, sino sobre todo orientando el trabajo humano al servicio de todos. El mundo podrá entonces recobrar su belleza original, que no es únicamente la de la Naturaleza en el día de la Creación, sino la del jardín admirablemente cultivado y hecho fértil por el hombre, al servicio de sus hermanos, en la presencia amorosa de Dios y por amor a Él.

«“Contra el hambre cambia de vida”, es el lema surgido en ambientes eclesiales, que indica a los pueblos ricos el camino para convertirse en hermanos de los pobres...» (93).

Escuchar al pobre

66. El cristiano que está en el mundo —donde Dios lo ha colocado— va a responder, pues, al llamamiento del que padece hambre, interrogándose individualmente sobre su propia vida. Ese llamamiento del que tiene hambre impulsa al hombre a cuestionarse sobre el sentido y el valor de su acción cotidiana; a tratar de ver las consecuencias,

(93) Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio* (1990), núm. 59, AAS 83 (1991), 4, 307-308.

cercanas y a veces más lejanas, de su trabajo, ya sea profesional, de voluntariado, artesanal, doméstico. Además lo lleva a calcular las consecuencias no previstas de sus actos, incluso los más ordinarios, y por consiguiente de su responsabilidad efectiva. A plantearse cómo administra su propio tiempo, que —por falta o por exceso— es causa de angustia; a afrontar el problema del desempleo; a abrir los ojos de su espíritu y de su corazón y ponerse al servicio de los necesitados. Es un llamamiento muy especial, dirigido a los que en el lenguaje corriente se denominan responsables o dirigentes.

No acaso afirma san Pablo: «... Jesucristo... siendo rico, se hizo pobre por vosotros» (2 Cor 8, 9). Así, pues, quiso hacernos ricos con su pobreza y con el amor que debemos tener al pobre.

Escuchar a Dios

67. Estar a la escucha de Dios en presencia del pobre abrirá el corazón del hombre y le llevará a buscar un encuentro personal siempre nuevo con Dios. Ese encuentro que Dios solicita, Él, que no deja de buscar a todo hombre y a todo el hombre, continuará en el camino diario que transforma progresivamente la vida del que acepta «abrir la puerta» a Dios mismo, que humildemente toca (cf. Ap 3, 20).

Escuchar a Dios requiere tiempo con Él y dedicado a Él. La oración personal es la única que hace posible que el hombre cambie su corazón y, por consiguiente, su acción. El tiempo dado a Dios no es tiempo quitado a los pobres. Una vida espiritual sólida y equilibrada no ha desviado nunca a nadie del servicio a sus hermanos. Y si san Vicente de Paúl († 1660) —tan conocido por su compromiso en favor de los más desfavorecidos— decía: «Deja tu oración si tu hermano te pide una taza de tisana», no hay que olvidar que el santo

oraba unas siete horas al día y en ello encontraba el fundamento para su acción.

Escuchando a su hermano

68. El hombre que está a la escucha de su hermano, y que se abre a la presencia y a la acción divinas, reexaminará así, poco a poco, su propio estilo de vida. La carrera a la abundancia —a la que se dedican siempre más personas, con frecuencia en medio de una creciente miseria— será reemplazada, progresivamente, por una mayor sencillez de vida, olvidada ya en muchos países, pero que se hace de nuevo posible, e incluso deseable, cuando desaparece en las prioridades del consumidor la preocupación por aparentar.

En fin, el hombre que acepta cambiar su modo de vivir para adoptar el que Dios mismo nos ha mostrado en las palabras de Cristo, se pondrá, gracias a esa visión, al servicio del bien común, de la promoción integral de todos los hombres y de todo hombre en particular.

...para cambiar la vida

69. Liberado progresivamente de temores y ambiciones meramente materiales, iluminado sobre las consecuencias posibles de sus propios actos, sea cual fuere el lugar que ocupa, el hombre que acoge la presencia de Dios en todos los aspectos de su vida, se transformará en agente de la civilización del amor. Discretamente, en lo más profundo, su trabajo asumirá un carácter de misión, en la cual tiene el deber de ejercer y desarrollar sus talentos; de contribuir a la reforma de las estructuras y de las instituciones; de adoptar un comportamiento de calidad que estimule a los que le rodean a actuar del mismo modo, y de encaminarse esencial-

mente al servicio de la dignidad de la persona humana y del bien común.

Las circunstancias de la vida hacen que un tal cambio en el trabajo se considere casi imposible; pero la experiencia enseña que incluso en situaciones aparentemente bloqueadas, todo hombre cuenta siempre con un pequeño margen de acción, y que sus opciones tienen una importancia concreta para los que le rodean en el trabajo. Se puede decir, en cierto modo, que cada cual es responsable de los demás (94). Esta es una de las tonalidades del llamamiento al amor que Dios no deja de hacer resonar. Es tarea de cada cual, en circunstancias a veces difíciles y que pueden incluso traer consigo un sufrimiento cercano al del testigo-mártir; es posible apoyarse en la fuerza de Dios que nos promete su ayuda si lo colocamos en el centro de nuestra vida, incluso de nuestra vida activa.

«Ánimo, pueblo todo de la tierra, oráculo del Señor; manos a la obra, que yo estoy con vosotros... y mi espíritu se halla en medio de vosotros» (Ag 2, 4-5). El cristiano se transforma entonces en agente de lucha contra las «estructuras de pecado», e incluso en agente de destrucción de ellas, y las prácticas deletéreas en el ámbito del desarrollo económico y social se difundirán menos. En las regiones donde los cristianos, con valor y determinación, arrastren a los hombres de buena voluntad, la miseria dejará de progresar, las costumbres de consumo cambiarán, las reformas se harán, la solidaridad florecerá y el hambre retrocederá.

(94) Esta convicción no la difunden únicamente los cristianos. Es el fundamento de un movimiento creado recientemente en los Estados Unidos: el «comunitarismo». El sociólogo A. ETZIONI presenta el movimiento cuyo objetivo es la promoción del bien común de todo hombre en su libro *The Spirit of Community. Rights, Responsibilities and the Communitarian Agenda*, Crown Publishers, Inc. New York, 1993.

Apoyar las iniciativas

70. A la cabeza de esos cristianos que luchan figuran los religiosos y los ministros ordenados que están llamados a dar su vida a Dios y a sus hermanos.

A lo largo de toda la historia de la Iglesia, desde los diáconos de los Hechos de los Apóstoles (cf. *Hch* 6, 1 y ss.) hasta el presente, ha habido hombres y mujeres extraordinarios (95), órdenes religiosas y misioneras, asociaciones de cristianos laicos, instituciones e iniciativas eclesiales que han procurado ayudar a los pobres y a los hambrientos. Han luchado contra el sufrimiento y la miseria en todas sus formas, obedeciendo a Cristo.

La Iglesia expresa su agradecimiento a todos los que actualmente prestan esos servicios en forma de acción concreta en favor del prójimo en las diócesis, parroquias, organizaciones misioneras, organizaciones caritativas y demás ONG. Ellos transmiten el amor de Dios y muestran la autenticidad del Evangelio.

La Iglesia católica está presente en todos los continentes; cuenta con casi 2.700 diócesis o circunscripciones de aspectos muy distintos (96), de las cuales muchas están comprometidas desde hace largo tiempo en la acción contra el hambre y la pobreza. Las diócesis y las parroquias son lugares privilegiados de discernimiento para la acción de los cristianos. En dichos marcos se promueve la organización de grupos a nivel popular, grupos locales y comunidades. Las comunidades acogedoras con dimensión humana pueden volver a infundir confianza, ayudar a organizarse, a vivir mejor y a salir de la resignación y del abatimiento. El Evangelio vuelve a

(95) Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Sollicitudo rei socialis* (1987), núm. 40, l. c., 569.

(96) Cf. SECRETARIA STATUS RATIONARUM GENERALE ECCLESIAE, *Annuaire statistique Ecclesiae*, Typis Vaticanis (1994), pág. 41.

ser en ellas esperanza para los pobres en un crisol donde se conjugan la fuerza de Cristo y la de los desheredados.

Todos estamos invitados a participar en esta acción. El llamamiento al amor que Dios nos hace mediante la presencia de nuestros hermanos que padecen hambre, debe tener una respuesta concreta según el estado de vida de cada uno y la posición que ocupa en el mundo y en su propia comunidad. La maravillosa riqueza humana, en las distintas culturas, produce esa diversidad de compromisos y de misiones. Hay motivos, pues, para que todo cristiano promueva iniciativas locales muy distintas.

La Iglesia católica sabe que comparte ese mismo compromiso con las demás Iglesias cristianas y comunidades religiosas y con todos los hombres de buena voluntad. Las acciones de tipo humanitario son un campo de actividad importante para el cristiano y éste deberá, por consiguiente, contribuir especialmente a que los objetivos de su acción individual y asociativa estén siempre al servicio integral del hombre, sin excluir su dimensión espiritual. Este servicio será entonces una defensa contra los que podrían tratar de desviar el dinamismo de la asociación hacia fines políticos inspirados en el materialismo y en ideologías que, en último análisis, contribuyen a destruir al hombre.

Todo cristiano está en misión en todas sus actividades

71. El cristiano está al servicio de sus hermanos en todos los aspectos de su actividad y de su vida. El amor cristiano compromete a todos los creyentes en su trabajo diario y en sus iniciativas personales. El compromiso del cristiano, así como sus acciones humanitarias y caritativas, son respuesta a esa llamada misionera.

En el trabajo remunerado, así como en el voluntariado o en el trabajo del hogar, a menudo considerable, el hombre y la mujer están llamados a vivir una misma misión: anunciar la Buena Noticia y ponerse a su servicio en los gozos y sufrimientos diarios y en toda situación. La calidad del trabajo, la participación en reformas justas, el ejemplo modesto del comportamiento, la preocupación por los demás, más allá de los objetivos personales e institucionales legítimos, con todo esto el hombre y la mujer están desempeñando un apostolado. Con la fuerza del Señor progresarán en la lucha contra el desorden y la injusticia.

El cristiano tratará de dirigir su acción, sea la que fuere, hacia Aquél que habla directamente al corazón a través de la boca del pobre. El cristiano, en su tarea de «luz» de los demás hombres de buena voluntad con quienes comparte los valores humanos fundamentales, deberá velar porque su acción personal, así como la de sus hermanos en la fe, se inspire siempre en la Palabra de Dios y siga con docilidad las enseñanzas de la Iglesia y de sus pastores. La comunidad de acción debe ser una comunidad con el Señor, Él mismo velará porque esta acción se piense y se realice en el Espíritu Santo y no pierda su calidad de misión; de esa misión que se inspira y tiene su fuente en el mismo Jesucristo, quien se define a sí mismo como «Servidor de los hombres».

El cristiano encontrará apoyo, en todo momento, en la oración de la bienaventurada Virgen María, orante y actuante en su servicio sin reservas, a Dios y a los hombres. La Madre de Dios suplicará al Espíritu Santo que inspire la inteligencia y el corazón del cristiano para que éste se transforme en libre colaborador responsable y confiado, cuya acción dará testimonio por sí misma del amor de Dios y tendrá la característica de eternidad.

Ciudad del Vaticano, Palacio San Calixto.

4 de octubre de 1996 fiesta de San Francisco de Asís.



artículos



UN RETO PARA TODOS

MONSEÑOR IVÁN MARÍN

Quisiera introducir a los lectores de este número, que se dedica a comentar y difundir el documento de COR UNUM «El hambre en el mundo», con algunas experiencias personales vividas y meditadas en muchos años de servicio sacerdotal en el campo socio-caritativo.

En 1968 hacía mis primeras armas, ya ordenado sacerdote, como director diocesano de Cáritas en mi diócesis de Jericó (Colombia); en los fines de semana me desplazaba con un grupo de laicos para celebrar la Eucaristía en cuatro comunidades que no tenían sacerdote en las orillas del río Cauca. Los caseríos se llaman: Peñalisa, Cangrejo, Moritos y La Herradura. El centro de operaciones era la escuela rural; mis más asiduos feligreses, los niños y algunas mujeres, en su mayoría desnutridos, pero siempre alegres. Tengo muy presente un día cuando durante la homilía comentaba la multiplicación de los panes que hizo el Señor para no despedir a la multitud con hambre y, de repente, una señora gritó: «¡Nosotros también tenemos hambre!» Ya te puedes imaginar el clima que se creó entre lo sublime y aparentemente lejano del suceso evangélico en Palestina y lo real y concreto de aquellos rostros con inmensos ojos que yo tenía delante interperándome el porqué el Señor no sigue hoy haciendo milagros entre ellos...

Una semana después regresaba, como de costumbre, los sábados, esta vez con el «Jeep» bien cargado con bultos de harina y leche en polvo, y comenzaron a funcionar los cuatro restaurantes escolares. Se crearon los equipos de coordinación, los adultos y los padres de familia comenzaron a

participar en las reuniones y eucaristías, rápidamente en las escuelas se ofrecía a los niños algo más que la leche y el pan de Cáritas, se organizó la huerta y con sus productos se creó la sopa escolar; ciertamente los niños tuvieron más fuerza y entusiasmo para estudiar.

Doy un salto en el tiempo; COR UNUM le ayuda al Santo Padre a difundir su mensaje cuaresmal, tradición que comenzó con el nacimiento del Dicasterio en 1971. Mirando el título del Mensaje de Cuaresma de 1996 se lee: «Dadles vosotros de comer» (Mt. 14, 16). Ya no es sólo el grito de la señora que me interrumpió la homilía impulsada por su hambre, es la orden del Señor impartida allá junto al lago, la misma que yo oí en 1968 y la de su Vicario en la tierra en su mensaje cuaresmal de 1996.

El rumor que seguramente se oía entre la multitud cuando el Señor continuaba predicando y caía la tarde se ha convertido hoy en un clamor de más de ochocientos millones de seres humanos que tienen hambre o desnutrición. Ante esta dramática situación la Iglesia, como la madre, hace todo lo que está a su alcance. El Santo Padre, concededor como es de las angustias del hombre de hoy, desde hace varios años había pedido a COR UNUM no sólo animar y estimular el trabajo grandioso y silencioso que hacen tantos organismos católicos para luchar contra este flagelo, sino que quería que el Dicasterio publicara un estudio sobre el problema del hambre para sensibilizar y acelerar la hora en que el pan llegue a la mesa de todos.

Creo que una de las claves de estudio del documento de COR UNUM la encontramos en las palabras de Juan Pablo II en su Mensaje cuaresmal ya citado: «El Evangelio evidencia que el Redentor manifiesta singular compasión por cuantos están en dificultad; les habla del Reino de Dios y sana en el cuerpo y en el espíritu a cuantos tienen necesidad de curas. Luego dice a sus discípulos: «Dadles vosotros de comer». Pero ellos se dan cuenta de que no tienen más que cinco pa-

nes y dos peces. También nosotros hoy, como entonces los Apóstoles en Betsaida, disponemos de medios ciertamente insuficientes para atender con eficacia a los cerca de ochocientos millones de personas hambrientas o desnutridas que en los umbrales del año 2000 luchan todavía por su supervivencia. ¿Qué hacer entonces? ¿Dejar las cosas como están? La muchedumbre de hambrientos, constituida por niños, mujeres, ancianos, emigrantes, prófugos y desocupados, eleva hacia nosotros su grito de dolor. Nos imploran, esperando ser escuchados. ¿Como no hacer atentos nuestros oídos y vigilantes nuestros corazones, comenzando a poner a disposición aquellos cinco panes y aquellos dos peces que Dios ha depositado en nuestras manos? Todos podemos hacer algo por ellos, llevando a cada uno la propia aportación. Ciertamente esto exige renunciaciones, que suponen una interior y profunda conversión. Es necesario, sin duda, revisar los comportamientos consumistas, combatir el hedonismo, oponerse a la indiferencia y a eludir las responsabilidades.

Son de tal intensidad estas palabras de Juan Pablo II, que contienen la clave, no sólo para leer el documento de COR UNUM sino también para intentar que se quiera suprimir tan dramático flagelo como es el hambre en el mundo.

ESTRUCTURA Y CONTENIDOS DEL DOCUMENTO

El problema del hambre en el mundo no es un problema nuevo, pero hoy se hace más clamoroso y vergonzante, interpela la conciencia de todos, puesto que con los avances de la ciencia y la tecnología es un problema que tiene solución.

El Pontificio Consejo COR UNUM publica un documento sobre el **hambre en el mundo**, con el fin de ayudar a

tomar conciencia sobre este grave problema que azota a centenares de millones de hombres en el mundo; para invitar a **reflexionar** sobre sus causas y sobre la implicación ética y moral que a todos interpela, y para **convocar a la acción** desde un enfoque eminentemente humanitario y solidario.

El documento está articulado en cinco capítulos, que ocupan unas ochenta páginas. En el primero describe los principales aspectos de la realidad del hambre y de la malnutrición, indicando las principales causas de orden económico, socioculturales y políticas. En el segundo se ocupa de los desafíos de tipo ético que implican a toda la familia humana. El tercero trata de los diversos aspectos y niveles que se deben armonizar para lograr una economía solidaria al servicio de todos. El cuarto capítulo enmarca el problema del hambre en el centro de las propuestas que hace el Gran Jubileo del año 2000. Y finalmente, el capítulo quinto, con el título «El hambre, un llamamiento al amor», es un claro y apremiante desafío a dejarse llevar por la lógica del amor, que podría cambiar en todos el estilo de vida.

I. Para tomar conciencia del problema del hambre en el mundo, el documento presenta diversos elementos:

Estudios divulgados indican que la pobreza se extiende como mancha de aceite en muchas regiones de la tierra, cada día más familias entran a formar parte de las que viven en pobreza, es decir, en la miseria. El empobrecimiento, el endeudamiento y los reajustes estructurales con altos costos sociales debilitan aún más la ya deficitaria dieta alimenticia de los pobres.

Datos objetivos y serios de organismos competentes indican que cerca de 800 millones de seres humanos padecen el hambre y la desnutrición, e igualmente afirman que el planeta puede ofrecer a cada uno la ración de alimento necesaria.

El hambre es una amenaza no sólo para la vida de la persona, sino que también deteriora gravemente su dignidad. El hambre daña el buen funcionamiento del organismo, debilita sus defensas, compromete gravemente sus capacidades intelectuales, incluso puede desencadenar una conducta agresiva y cruel; muchas veces los niños y los ancianos son las primeras víctimas de tan degradante situación.

La malnutrición también está relacionada con la pobreza y con la ignorancia. La malnutrición compromete gravemente el presente y el porvenir de familias enteras y de poblaciones; estando mal alimentados no logran oportunamente el pleno y adecuado desarrollo físico e intelectual y quedan condenados a luchar en el futuro en condiciones de inferioridad, repitiendo el círculo vicioso de la miseria.

El hambre y la malnutrición crean condiciones propicias para la difusión de enfermedades y epidemias, que complican y agravan la ya frágil condición de los pobres.

Las poblaciones empobrecidas que sufren el flagelo del hambre y de la malnutrición, especialmente en países del Tercer Mundo, tienen muchas veces la tarea de producir los alimentos que provienen de la agricultura. Las condiciones que sufren están en la raíz de su bajo rendimiento; los pobres medios de que disponen aceleran la erosión y el agotamiento de los suelos; se pone en peligro la seguridad alimentaria de enteras poblaciones... El hambre engendra hambre.

2. En el documento de COR UNUM se presentan algunas ideas que ayudan a la reflexión sobre el drama del hambre en el mundo:

En primer lugar, se debe tener presente que en la forma más solemne se ha proclamado que el derecho a la alimentación es uno de los fundamentales principios de la «Declaración universal de los derechos humanos» (1948).

La Asamblea General de las Naciones Unidas reiteraba en 1969 que es necesaria «la eliminación del hambre y la malnutrición y la garantía del derecho a una nutrición adecuada». Así mismo, la Declaración universal para la eliminación definitiva del hambre y de la malnutrición, en 1974, dice que «toda persona tiene el derecho inalienable de ser liberada del hambre y de la malnutrición para poder desarrollarse plenamente y conservar sus facultades físicas y mentales». En 1992, La Declaración mundial sobre la nutrición reconocía también que «el acceso a una alimentación nutricional adecuada y sana es un derecho universal».

En segundo lugar, en términos concretos, la FAO afirma que está generalmente reconocido que los recursos de la Tierra, considerados en su totalidad, pueden alimentar adecuadamente a todos sus habitantes. Y el Banco Mundial dice que la seguridad alimentaria de las personas depende esencialmente de su poder adquisitivo y no de la disponibilidad física de alimentos...

Reflexionando sobre las causas del hambre, entre las más visibles se encuentran las de orden económico. El hambre nace en primer lugar de la pobreza. Esta pobreza no proviene de la fatalidad, existen políticas económicas que afectan negativamente a los más débiles y que incluso llegan a destruir los recursos y empobrecen a los más vulnerables. El servicio de la deuda de los países más pobres los sitúa en condiciones difíciles para pagar la deuda y a la vez impulsar el desarrollo que necesitan. Muchísimas personas, normalmente los más pobres, son los que más sufren las consecuencias del ajuste estructural que aplican sus economías. El costo social que están pagando muchos pueblos es intolerable.

Entre las causas de orden político saltan a la vista las imágenes remotas y cercanas de grupos, familias y pueblos enteros que han sido privados de los alimentos, torturados por el hambre hasta padecer la muerte.

La concentración de capitales en pocas manos y en pocos países es el fruto de políticas fríamente calculadas, cada vez más complejas y sofisticadas que buscan mantener y aumentar el poder. En no pocos casos, las decisiones políticas de los gobiernos de los países pobres orientan los recursos públicos de manera equivocada y no promueven la producción local de alimentos y hasta penalizan a los agricultores, que son el primer eslabón de la seguridad alimentaria.

En algunos casos, en países con escasez alimentaria, las políticas nacionales bajan artificialmente los precios agrícolas con detrimento de los agricultores y para favorecer a los habitantes urbanos, precipitando el éxodo rural.

Algunos países industrializados subvencionan ampliamente la agricultura y favorecen así que la sobreproducción concorra en el mercado internacional con precios que desestiman la producción en los países que no pueden subvencionar a sus agricultores.

El armamentismo, además de consumir grandes sumas de dinero que podrían estar disponibles para sectores más necesitados, contribuye también a empobrecer las economías de los países ya económicamente débiles y a distorcionar sus políticas, que finalmente concurren a agudizar el problema de los pobres.

El documento concluye el análisis de las causas, afirmando que se debe enfatizar la dimensión ética del problema si se quiere dar una respuesta adecuada. El hambre no es fruto de la fatalidad, es fruto de la conducta del hombre; está al alcance de éste orientar la economía y la producción para nutrir adecuadamente a todos los habitantes de la Tierra.

Se deben descubrir y denunciar por su nombre los mecanismos y estructuras que explotan al hombre y lo mantienen sometido bajo el azote de la pobreza y del hambre: esas estructuras se llaman «estructuras de pecado».

3. En un tercer momento COR UNUM invita a la acción contra el flagelo del hambre, la palabra de orden es **solidaridad**.

Es justo reconocer que la preocupación por proteger a los más pobres y a los más débiles está creciendo en todas las sociedades. Es mucho lo que intentan hacer tanto los organismos gubernamentales como los no gubernamentales; un inmenso número de grupos e instituciones privadas trabajan por «enseñar a pescar y por tener acceso al lugar de la pesca».

Un elemento clave en la actitud mental y espiritual para unir fuerzas en lucha contra el hambre es la conciencia que se debe tener sobre «la destinación universal de los bienes creados» y de todos los recursos de la Tierra, para satisfacer las necesidades básicas de todos, sin excluir a ninguno por ningún motivo. Este axioma constituye en sí mismo un fundamento necesario para la edificación de una sociedad justa, en paz y solidaria.

Este principio básico permite comprender que la propiedad privada no es, pues, un absoluto; «sobre toda propiedad privada pesa una hipoteca social», como tantas veces lo han repetido las encíclicas sociales.

Considerando a todos los hombres, sin exclusión de ninguno, como los destinatarios de los bienes creados; vistas las notables desigualdades y el clamor de los que sufren los extremos de la pobreza, del hambre y de la exclusión, se puede decir que el hambre es una realidad que clama al cielo.

La solidaridad se hace con todos los hombres o no es solidaridad. Desde esta óptica es posible orientar el desarrollo y la producción al servicio del hombre, respetando las leyes naturales de la Ecología, utilizando responsablemente los recursos naturales y trabajando no sólo por la seguridad alimentaria sino por todas las seguridades que el hombre tiene derecho y está buscando con ansia.

Es necesario derribar los ídolos del lucro, la ganancia y el poder del lugar prioritario y casi absoluto que están ocupando, como móvil de los mecanismos políticos y económicos, y sustituirlos por «el servicio al hombre». Si es posible armonizar la legítima y justa ganancia, con una dinámica de desarrollo y crecimiento económico solidario.

Con estas premisas el documento trata sobre la voluntad política de los países industrializados, que con sus medios son capaces de movilizar a la comunidad internacional para poner al descubierto la dimensión ética del problema. Trata de la necesidad de establecer equitativamente los términos del intercambio en el mercado y su reglamentación. Invita a buscar los caminos para superar la barrera que significa para muchos países el problema de la deuda. Estimula a potenciar, mantener y vigilar la adecuada utilización de la ayuda al desarrollo, favoreciendo realmente el legítimo crecimiento de los pobres. La ayuda al desarrollo debe ser concertada y orientada a crear la seguridad alimentaria como solución permanente, y estimulando y favoreciendo la necesaria reforma agraria en los países pobres.

En la búsqueda de soluciones concretas y prácticas, se debe escuchar el pensamiento de los mismos beneficiarios; ellos tienen ideas propias y propuestas viables. Al pobre no se le puede considerar como un peso muerto, tiene también algo que puede y debe aportar para el enriquecimiento de toda la Humanidad.

La solución del problema del hambre y de la malnutrición requiere una seria concertación; el objetivo no es simplemente producir más, se requiere insistir en un desarrollo equilibrado y sostenible para derrotar el hambre. Todas las disciplinas se deben dar cita en este empeño; no se puede alterar impunemente el equilibrio ecológico, existen límites en el uso del agua, del aire, de los suelos...; si no se busca un desarrollo equilibrado éste no será sostenible.

Finalmente, el documento retoma la inspiración contenida en la carta del Papa Juan Pablo II sobre el Gran Jubileo del año 2000, para hacer una invitación a todos al amor fraterno. Dios nos interpela a través del hambriento; hoy siguen teniendo valor las palabras «venid, benditos de mi Padre, porque tuve hambre y me disteis de comer...», y «apartaos de Mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer» (Mt. 25, 41 ss).

El inmenso número de hambrientos en el mundo, existiendo la forma de alimentarlos, nos hace ver las contradicciones y las debilidades de nuestra sociedad. El egoísmo desenfrenado, que no busca sino lo suyo propio a toda costa, produciendo pobres y marginados, cuestiona el valor mismo de nuestro progreso.

La orden «dadles vosotros de comer» sigue siendo un grito a la conciencia, ya no solamente dirigido a los cristianos, sino a todos los hombres con conciencia de serlo y que seriamente buscan vivir en paz y en armonía.

¡Ánimo, lectores y divulgadores de CORINTIOS XIII, con el Evangelio de la Caridad se puede transformar el mundo, Cáritas Christi urget!

LA REALIDAD DEL HAMBRE

LUIS GONZÁLEZ-CARVAJAL SANTABÁRBARA

EL HAMBRE DE AYER A HOY

Ni yo que escribo este artículo ni tú, lector, que te dispones a adentrarte en él, somos capaces de imaginar lo que es morir de hambre. La autopsia de una persona fallecida por inanición pone de manifiesto que todos sus órganos estaban afectados. No sólo desaparece completamente el tejido adiposo, sino que los músculos se reducen a la mínima expresión, las paredes del aparato digestivo se vuelven tan delgadas que no pueden evitar una gran dilatación del colon, acompañada o no por la del estómago. A la vez, todas las vísceras disminuyen su tamaño. El hígado, por ejemplo, se reduce hasta 750 gramos (la mitad de su peso normal). Las lesiones del encéfalo son difusas y, a veces, con carácter degenerativo, sobre todo en la sustancia gris. La hipófisis, afectada por el coma hipoglucémico, presenta una clara atrofia de la porción glandular, etc. (1).

Esa terrible experiencia fue habitual en la Europa medieval y siguió siéndolo hasta el siglo pasado: desde comienzos de la era cristiana hasta 1850 hubo en Europa 350 años de hambre; una hambruna cada década (2). Especialmente grave fue la que diezmó el Continente entre 1315 y 1317, de la cual algunos lugares han conservado documentación muy detallada. Por ejemplo, el magistrado de Ypres (Bélgica)

(1) CEPÉDE, Michel, y GOUNELLE, Hugues: *El hambre*, Oikos-Tau, Barcelona, 1970, pág. 52.

(2) Cfr. LOHR vom WACHENDORF, F.: *La gran plaga. El hambre a través de la Historia*, Labor, Barcelona, 1959.

—ciudad que no alcanzaba los 20.000 habitantes— entre mayo y octubre de 1316 ordenó enterrar los cadáveres de 2.794 personas que habían perecido de hambre (3). Y esta situación, como decíamos, siguió repitiéndose periódicamente hasta hace poco más de ciento cincuenta años. Todavía en 1834 hubo días que en Baena (Córdoba) llegaron a morir 10 ó 12 personas de hambre, de modo que en treinta meses la ciudad perdió 2.700 de los 12.000 habitantes que tenía (4).

Además, a estas hambrunas periódicas se añadían las provocadas por razones políticas o militares. Recordemos, por ejemplo, la impresionante descripción que hace PÉREZ GALDÓS, en *Los Episodios Nacionales*, del sitio de Zaragoza por los franceses.

En nuestros días el flagelo del hambre ha desaparecido de los países del Norte (en la Unión Europea y América del Norte el aporte energético supera en un 50 % las necesidades humanas), pero persiste en los del Sur. Todavía no hace muchos años, en el Rossmarkt (mercado de caballos) de Frankfurt am Main, estaba muy visible y acusador el famoso «reloj del hambre». Su parsimonioso péndulo movía una larga aguja que daba un salto adelante cada tres segundos mientras un rótulo indicaba que por cada uno de esos saltos, es decir, cada tres segundos, moría de hambre una persona en algún lugar de la Tierra. Si hoy siguiera existiendo aquel reloj, la aguja no tendría que saltar cada tres segundos, sino cada dos. Todos los años, ante la indiferencia del resto del mundo, mueren de hambre en el Sur del planeta entre 13 y 18 millones de seres humanos; 40.000 personas diarias.

(3) PIRENNE, Henri: *Historia económica y social de la Edad Media*, F.C.E., Madrid, 16ª ed., 1980, pág. 141.

(4) DÍAZ DEL MORAL, Juan: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas - Córdoba*, Alianza, Madrid, 3ª ed., 1979, págs. 63-64, núm. 1.

Además, casi mil millones de personas se acuestan sin haber comido lo suficiente (2.700 calorías) o carecen de alguno(s) de los aproximadamente cuarenta elementos nutritivos que son indispensables para salvaguardar la salud. La ausencia de uno sólo de ellos, aunque no implique necesariamente la inanición por falta de alimentos, provoca una muerte prematura. En África, por ejemplo, la mayor parte de la población padece una dieta inadecuada, incluso en sus mejores épocas (5).

Esos organismos debilitados por la mala alimentación son presa fácil de muchas enfermedades: el paludismo, que destruye los glóbulos rojos; la amibiasis, con las hemorragias producidas por las tetanias; los vermes intestinales y todos los parásitos que se alimentan a costa del huésped, ya de por sí depauperado, produciendo trastornos digestivos diarreicos o disentéricos que provocan pérdidas suplementarias. También las enfermedades infecciosas se hacen presentes con una morbilidad y una mortalidad desconocida en otras latitudes. El sarampión, por ejemplo, ha llegado a provocar un 95 % de bajas entre los niños del África negra.

Todos estos problemas alcanzan especial gravedad en los llamados por las Naciones Unidas PMA (Países Menos Avanzados). Según el cómputo realizado en 1991, eran 47 y sumaban algo más de 500 millones de personas. Allí, como dice muy gráficamente el Pontificio Consejo «Cor Unum», «el hambre engendra el hambre» porque «la carestía compromete el porvenir: se comen las semillas, se roban los recursos naturales, se acelera la erosión, la degradación o desertificación de los suelos» (6).

(5) Sobre el hambre en África, cfr. el Informe de la Comisión Independiente sobre Asuntos Humanitarios Internacionales: *El hambre. Una tragedia evitable*, Alianza, Madrid, 1986.

(6) PONTIFICIO CONSEJO «COR UNUM», *El hambre en el mundo*, 8 a (PPC, Madrid, 1996, pág. 16). Cfr. también el núm. 30.

Además, a punto de comenzar el tercer milenio seguimos utilizando el hambre como arma política o militar. Pensemos, por ejemplo, en el asedio de Sarajevo por las fuerzas serbo-bosnias y los embargos promovidos por Estados Unidos contra Cuba e Irak.

MORIR DE HAMBRE ANTE GRANEROS REBOSANTES

Lo más grave es que la reciente Cumbre Mundial sobre la Alimentación, celebrada en Roma entre el 13 y el 17 de noviembre de 1996, reafirmó lo que venimos oyendo desde hace muchos años: que mundialmente hay alimentos suficientes para todos.

En el Norte existen, desde luego, muchos excedentes. Un artículo de *Nation's Business* (septiembre de 1969), cuyo título era «Demasiadas cosas buenas», y cuyo subtítulo decía: «El problema agrícola de Estados Unidos no es cómo producir más alimentos, sino cómo producir menos», acababa con estas palabras: «Existen demasiados granjeros que trabajan demasiadas granjas, con una capacidad de producción excesiva.» Y, como es sabido, desde que Gregory King, a comienzos del siglo XVII, estudió el llamado «efecto King», los economistas intentan convencernos de la necesidad de eliminar los excedentes alimentarios para evitar un hundimiento de los precios.

Entre otras, se han tomado las siguientes medidas:

— Destinar al engorde de ganado algo más de la tercera parte de la producción mundial de granos (7). («¡Qué mun-

(7) NATIONAL RESEARCH COUNCIL: *World Food and nutrition study*, National Academy of Sciences, Washington, 1977, pág. 157, tabla I.

do tan asombroso —escribía Nazim KIKMET—, alimentan a las personas con palabras, a los cerdos con las mejores patatas!».)

— Emplear los excedentes de leche en polvo descremada de los países de la Unión Europea para enriquecer las raciones del ganado.

— Destinar entre el 40 y el 50 % del pescado capturado en el mundo a alimentar el ganado vacuno, porcino y avícola.

Otras veces los países del Norte, para deshacerse de los excedentes, cuyo almacenamiento en cámaras frigoríficas resulta muy caro (la Unión Europea llegó a tener en 1985 más de 1.400.000 toneladas de mantequilla excedentaria), aprueban subvenciones para exportarlos por debajo del precio de costo (*dumping*). Esto, que podría parecer beneficioso para los países del Sur, paradójicamente suele tener efectos negativos porque, al provocar un descenso artificial de los precios agrícolas, perjudica y desincentiva a los productores locales. Se cumple el refrán de que «al perro flaco todo se le vuelven pulgas».

TAMBIÉN HAY ESTRUCTURAS DE OPRESIÓN EN EL SUR

Seguramente toda persona sensible se siente culpable al leer estas cosas, o simplemente por hacer tres comidas al día mientras en el Sur del planeta la gente muere de hambre... Hasta que un buen día el senador norteamericano Daniel P. Moynihan (uno de los paladines de la llamada teoría de «la cultura de la pobreza») tuvo la ocurrencia de culpar a los propios hambrientos del hambre que pasaban. Se encaró con ellos y les acusó extendiendo el dedo: «Producir alimentos fue lo primero que hizo el hombre al descender de los árboles. ¿Cuál es la razón de que los Esta-

dos Unidos sean capaces de producir alimentos y ustedes no?»

Seguramente los hambrientos no llegaron a enterarse de la acusación del senador Moynihan y no pudieron contestarle. A lo mejor tampoco habrían sabido hacerlo. Pero el senador debería saber que los países del Sur producen muchos alimentos. Tantos que probablemente ese mismo día habría sobre su mesa alimentos procedentes del Tercer Mundo:

— Las mejores tierras de aquellos países donde la gente se muere de hambre se dedican a producir miles y miles de toneladas de alimentos suntuarios, tales como frutas y verduras fuera de temporada, que se envían diariamente por avión a Europa y Estados Unidos.

— En 1971, primer año de la gran sequía que asoló los países del Sahel (Chad, Malí, Mauritania, Niger, Senegal y Alto Volta), exportaron éstos más de 70.000 toneladas de carne (41 % más que en 1968), 25.000 toneladas de pescado y 14.500 toneladas de hortalizas (8).

— Según el Departamento de Agricultura norteamericano, en 1973 exportaron alimentos a Estados Unidos 36 de los 40 países más pobres del mundo (9).

— Y, sea cual sea el año que consideremos, las cifras del comercio internacional indican que va más carne de los países subdesarrollados hacia los industrializados que al revés.

Esta «fuga de proteínas» desde los países pobres a los ricos es una de las injusticias más chocantes del mundo en que vivimos. ¿Por qué ocurre?

Porque, en vez de comerse los habitantes de cada país los alimentos que producen, hemos preferido convertir el mundo en una especie de «granja global» que abastece a un

(8) FAO, *Production Yearbook*, vol. 28-1, 1974, págs. 117 y ss.

(9) UNITED STATES, DEPARTMENT OF AGRICULTURE: *Foreign agricultural trade statistical report*, mayo 1975.

«hipermercado global» (10). A dicho hipermercado, que hemos llenado entre todos, puede ir cualquiera a comprar cuantos alimentos necesite... siempre que tenga dinero para pagar, claro. Y aquí está el problema: Todos sabemos que incluso los perros y gatos de los países desarrollados suelen tener más capacidad de compra que los hambrientos del mundo. Debido a lo cual muchos alimentos se quedan en las estanterías del «hipermercado global» sin encontrar comprador. Así, pues, «el hambre nace, en primer lugar, de la pobreza. La seguridad alimentaria de las personas depende esencialmente de su poder adquisitivo y no de la disponibilidad física de alimentos» (11).

Todo esto significa que también en el Sur del planeta hay «excedentes». Por eso en muchos países del Tercer Mundo se sustituyen las cultivos alimentarios por plantaciones de flores. Guatemala, por ejemplo, envió a Estados Unidos en 1972 nada menos que 159.278.421 flores: crisantemos, rosas, dalias, etc. (¿Habría algún organismo en el mundo que facilite estadísticas tan precisas como el Departamento de Agricultura norteamericano? A mí no se me habría ocurrido ir contando las flores de una en una...).

Más de un lector se estará preguntando: ¿Y por qué los hambrientos del mundo no se niegan a enviar al «hipermercado global» los alimentos que producen en sus tierras y se los comen ellos mismos?

Pues es muy sencillo: porque no tienen tales tierras. Según la FAO, un estudio llevado a cabo en 83 países del Tercer Mundo revela que algo más del 3 % de los terratenientes (los que poseen 46 hectáreas o más) controlan nada menos que el 79 %

(10) La comparación es de Frances MOORE LAPPÉ y Joseph COLLINS: *Comer es lo primero. Más allá del mito de la escasez, Siglo XXI*, México, 1982, pág. 240.

(11) PONTIFICIO CONSEJO «COR UNUM», *El hambre en el mundo*, 10 a (ed. cit., pág. 17).

de la tierra cultivable (12). Y, dado que esos terratenientes sí pueden abastecerse perfectamente en el «hipermercado», tomaron buena nota de lo que declaró el 30 de abril de 1973 Gabriel Misas, del Departamento Nacional de Estadística colombiano: Una hectárea sembrada de claveles «dejaba» al año un millón de pesos colombianos; y con trigo o maíz, tan sólo 12.500 pesos (es decir, 80 veces más utilidades por hectárea).

Expresiones tales como «mundo hambriento» o «mundo pobre» nos hacen pensar en masas uniformemente hambrientas, cuando se trata en realidad de sociedades muy estratificadas. En ningún reportaje gráfico sobre el Tercer Mundo hemos visto nunca a un oficial del ejército, un empresario o a un ministro —por pobre que fuera su país— a punto de morir de hambre. Eso está reservado para los pobres. Las hambrunas que atacan por igual a todos los grupos sociales son un mito.

Recuerdo aquel cuento de José Luis SAMPEDRO: «Reunidos los visires en el Gran Diván, el sultán preguntó por el estado del abastecimiento. El visir competente informó que ninguno debía preocuparse, porque había para todos. Sí, arroz, dátiles, sésamo... para todos. Ante el unánime gesto de sorpresa decidió el sultán ahondar en el tema preguntando si de estos productos había bastante para cada ciudadano. El visir de las cosechas, orondo y satisfecho, aclaró sin perder su sonrisa: “Ah, eso no. ‘Todos’ quiere decir para todos los que estamos aquí”» (13).

Así, pues, ni es cierto que quienes están en los peldaños más altos de un «país hambriento» tienen interés por elimi-

(12) FAO, *Report on the 1960 world census of agriculture*, Roma, 1971. Citado en BANCO MUNDIAL, *The assault on world poverty. Problems of rural development, education and health*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1975, pág. 244.

(13) SAMPEDRO, José Luis: *La inflación. La prótesis del sistema*, Montecinos, Barcelona, 1985, pág. 13.

nar el hambre ni, por desgracia, suele ser cierto que los funcionarios gubernamentales representan a la mayoría hambrienta. Ocurre incluso que ciertos grupos se aprovechan del hambre de los demás: los que venden alimentos a precios abusivos, los que prestan dinero con intereses usurarios, los que compran a precio de saldo los bienes que los pobres venden para sobrevivir... De hecho, cada hambruna tiene el efecto de ensanchar la fosa entre ricos y pobres.

Incluso entre los mismos pobres se da una escandalosa discriminación en función de su sexo. «Un estudio realizado en Bangladesh mostraba que los niños pequeños reciben un 16 % más de alimento que las niñas; los hombres de edades comprendidas entre los 15 y los 45 años reciben un 29 % más que las mujeres» (14).

LA «REVOLUCIÓN VERDE»

El Premio Nobel de la Paz de 1970 fue concedido al Dr. Normand Ernest Borlaug, un brillante genetista de la Fundación Rockefeller, «por su contribución a desterrar el hambre de los países subdesarrollados» al lograr variedades de cereales de alto rendimiento, resistentes al tizón, y con unos tiempos de crecimiento tan cortos que pueden recogerse dos y hasta tres cosechas en el mismo año. Nótese que fue el Premio Nobel de la Paz, no el de Biología: se quiso indicar con ello que la «revolución verde» sería la panacea capaz de solucionar el hambre mundial.

El Dr. Borlaug concluyó su discurso de agradecimiento a la Academia Nobel relacionando sus semillas de alto rendimiento con un conocido oráculo de Isaías sobre los tiempos mesiánicos:

(14) BENNETT, Jon, y GEORGE, Susan: *La maquinaria del hambre*, El País-Aguilar, Madrid, 1988, pág. 21.

«El desierto y el yermo se regocijarán,
se alegrarán el páramo y la estepa,
florecerá como flor de narciso,
desbordando de gozo y alegría (...)
Porque han brotado aguas en el desierto,
torrentes en la estepa;
el páramo será un estanque,
y el país árido un manantial» (Is 35, 1-7a) (15).

Se le olvidó decir que el profeta había denunciado previamente los impedimentos para alcanzar esa situación:

«¡Ay de los que añaden casas a casas,
y juntan campos con campos
hasta ocupar todo el sitio
y vivir ellos solos en medio del país!» (Is 5, 8).

«¡Ay de los que promulgan leyes inicuas,
de los notarios que registran vejaciones,
que echan del tribunal al desvalido
atropellando el derecho de los pobres de mi
pueblo!» (Is 10, 1-2).

Los frutos de la «revolución verde», en efecto, han sido ambivalentes. Ningún observador imparcial puede negar los buenos resultados conseguidos en la India —que en pocos años pasó del déficit alimentario a una situación de excedentes marginales—, México y otros países. Pero también ha tenido delicadas consecuencias sociales, como el desplazamiento fuera de sus tierras de los pequeños labradores y la migración rural a las ciudades. Veamos por qué:

Las semillas de alto rendimiento no se pueden cultivar con los sistemas tradicionales, basados en la siembra por

(15) Tomo la noticia de GEORGE, Susan: *Cómo muere la otra mitad del mundo. Las verdaderas razones del hambre, Siglo XXI, México, 1980, pág. 124.*

inundación, el abono natural y los cuidados artesanales. Para obtener los resultados anunciados hacen falta grandes dosis de fertilizantes, irrigación abundante, plaguicidas, rociadores de alta presión, aviones fumigadores, secadores automáticos, etcétera.

Es decir, insumos y técnicas que no están al alcance de los campesinos pobres. Además, los campesinos no pueden producir por sí mismos las semillas que necesitan porque a la segunda generación las variedades seleccionadas ya no tienen las mismas características que las semillas originales. Es necesario, por tanto, comprar nuevamente cada año las semillas a las casas productoras.

Al no disponer del dinero necesario para todo eso, los campesinos tuvieron que buscar préstamos y, no teniendo acceso a los bancos, se vieron obligados a recurrir a los usureros locales, que exigían intereses de hasta el 60 %. En muchos casos, incapaces de pagar la deuda, vieron cómo los usureros se quedaban con sus tierras.

Antes de la «revolución verde» era frecuente en la India y en otros muchos lugares, ceder las tierras en renta a los pequeños agricultores. Cultivadas con los métodos tradicionales, producían poco y, en consecuencia, reportaban escasos beneficios a los dueños, pero éstos se conformaban porque sabían que los renteros no podían sacar más. Sin embargo, al aparecer las semillas de alto rendimiento dejaron de conformarse y empezaron a gestionar por sí mismos las tierras, utilizando medios mecánicos y unos pocos asalariados. De esta forma nuevos campesinos «sin tierra», abandonados a su suerte, tienen que buscar refugio en los suburbios de la ciudad (a México D.F., por ejemplo, llegan cada año medio millón de personas y la ciudad aumenta 30 km²).

El ejemplo de la «revolución verde» ilustra a la perfección que «la causa profunda de la falta de desarrollo, o de un desarrollo con altos costes sociales», no es de orden técni-

co, sino «de orden ético» (16). Medios técnicos más poderosos no garantizan automáticamente mayor justicia. Eso intentó decir quien escribió que «sólo cuando la “revolución verde” traiga consigo la “revolución roja” podrá acabarse con el hambre en las regiones míseras de la Tierra» (17).

EL CONTEXTO GLOBAL DEL HAMBRE

Hasta aquí hemos hablado solamente de lo que afecta al hambre de forma inmediata: la producción y distribución de alimentos. Aunque sea de forma más breve es necesario ahora ampliar la perspectiva y decir algo sobre la situación económica del Tercer Mundo.

Como es sabido, dos teorías —cada una con diversas variantes— pretenden explicar la pobreza de los países del Sur. Mientras la primera de ellas defiende que las causas de dicha pobreza están en el interior mismo de los países pobres, la segunda considera que se explica por las relaciones existentes entre los países pobres y los países ricos (es la famosa teoría de la «dependencia»). En realidad, las dos teorías no son excluyentes. Ambas afirman cosas verdaderas y lo que sería necesario discutir es en qué proporción contribuyen una y otra al efecto global.

La primera teoría parte de una constatación obvia: que existen diferencias muy notables entre unos países y otros en lo referente a reservas de energía y materias primas, clima, sismología, etc. Pero todo eso tiene hoy mucha menos influencia que en el pasado. La riqueza de un país se debe principalmente a tres factores: condiciones naturales, capaci-

(16) PONTIFICIO CONSEJO «COR UNUM»: *El hambre en el mundo*, 10 g (ed. cit., pág. 19).

(17) HERBIG, Jost: *El final de la civilización burguesa*, Crítica, Barcelona, 1973, pág. 198.

tación de la población y tecnología empleada. Y, dentro de ciertos límites, es posible compensar unas malas condiciones naturales con mayor presencia de los otros dos factores (así lo ha hecho, por ejemplo, Japón). En esta primera teoría tienen cabida también las estructuras de opresión que, como hemos visto, existen en el interior del Tercer Mundo: desigualdades extremas en la propiedad de la tierra, gobiernos corrompidos e ineficaces, etc.

La teoría de la dependencia goza de menos popularidad en el Norte, seguramente porque todos —tanto los individuos como los países— estamos inclinados a la autocomplacencia y autojustificación. Pero los datos están ahí:

1. *El deterioro de la relación de intercambio.* Como es sabido, los precios de las materias primas, que constituyen el grueso de las exportaciones del Tercer Mundo, no han dejado de disminuir en los últimos 18 años. En cambio los precios de las manufacturas exportadas por el Norte aumentan sin cesar. Los ejemplos son conocidos por todos: Si en 1980 se necesitaban 12.910 sacos de café (de 60 kg) para comprar una locomotora, en 1990 hacían falta 45.800. Y, lo que es peor, para dificultar que el Sur abandone su papel de proveedor de materias primas, gravamos sus exportaciones con aranceles crecientes a medida que aumenta el grado de transformación.

2. *La dependencia tecnológica es igualmente muy fuerte.* «En la actualidad los países ricos del Norte tienen en su poder 35 millones de patentes, mientras que los países empobrecidos del Sur sólo poseen 30.000» (18). Es fácil suponer la sangría que les supone el pago de derechos de propiedad industrial.

3. *Es imposible dejar de mencionar aquí los gastos militares.* Según un informe de la Comisión de Asuntos Exteriores

(18) DÍAZ-SALAZAR, Rafael: *Redes de solidaridad internacional. Para derribar el muro Norte-Sur*, HOAC, Madrid, 1996, pág. 177.

del Parlamento Europeo de 1992, la industria bélica europea produce ya un 40 % de excedentes de armas respecto a la demanda. Eso hace que —viendo en peligro la tercera parte de su millón y medio de puestos de trabajo— los países del Norte se esfuercen por vender armas a los países del Sur, a pesar de conocer perfectamente cuál es el dilema para ellos: «O mantequilla o cañones.» Durante la celebración de la Cumbre sobre Desarrollo Social en Copenhague, el director general de la UNESCO, Federico Mayor Zaragoza, hizo unas declaraciones en las que atacaba la hipocresía de los países ricos, diciendo que «debían abandonar el espectáculo lamentable de ver a todos sus ministros intentando vender misiles y cazabombarderos a los países en vías de desarrollo y al día siguiente hablar en Copenhague de desarrollo» (19).

4. Quizá el problema más grave sea hoy el de la deuda externa del Tercer Mundo, fomentada por los bancos occidentales a partir de 1973 para dar salida al elevado flujo de petrodólares que depositaban en sus arcas los países de la OPEP tras las espectaculares subidas del precio de los crudos logradas aquellos años. Los préstamos eran a interés variable: comenzaron por el 6 ó 7 %, pero en 1981 eran ya del 20 %. En cambio los precios de las materias primas, de cuya exportación dependían los países del Sur para hacer frente al servicio de la deuda, disminuían sin cesar. Además no hay por qué ocultar que muchos préstamos se utilizaron para financiar inversiones escasamente rentables e incluso que una parte de los mismos acabó en las cuentas corrientes que los gobernantes tenían en el extranjero. El resultado fueron las suspensiones de pagos en cadena y la necesidad de renegociar la deuda; esa gigantesca deuda que, según el Banco Mundial, ascendía en 1994 a 1.945.000 millones de dólares.

(19) *El País*, 10 de marzo de 1995.

Las renegociaciones impuestas por el Fondo Monetario Internacional «parten de una consideración muy simple: el que tiene una deuda que pagar debe trabajar mucho, vender mucho y gastar poco» (20):

— Hasta que reintegren la deuda, las naciones endeudadas deben exportar todo lo que puedan, explotando cualquier recurso natural vendible, sin preocuparse de los destrozos medioambientales y sociales que puedan derivarse.

— Deben devaluar la moneda propia, porque así matan dos pájaros de un tiro: podrán comprar poco en el extranjero (en Polonia, por ejemplo, se paralizó la industria del calzado porque no podían importar piel, y Sudán tuvo que suprimir incluso las importaciones de medicinas) y en cambio venderán más.

— Deben disminuir los salarios reales para frenar el consumo interno, liberando así más bienes para la exportación (a Brasil, por ejemplo, se le exigió que el incremento de los salarios sólo compensara el 80 % del incremento de los precios; es fácil suponer lo que esto significa en países donde el consumo de las masas estaba ya bajo mínimos).

— Por último, deben elevar los tipos de interés, con el fin de disminuir las inversiones de las empresas y así poder dedicar más divisas al reembolso de la deuda, lo cual tendrá graves consecuencias para la economía a medio y largo plazo.

Como dice Gregorio IRIARTE (21), fueron tres los responsables de la crisis de la deuda, pero hoy sólo los países deudores están soportando su alto costo. Los otros dos culpables son los bancos acreedores, que la generaron con sus imprudentes políticas de préstamo, y los países industrializa-

(20) CENTRO NUEVO MODELO DE DESARROLLO: *Norte-Sur: La fábrica de la pobreza*, Ed. Popular, Madrid, 1994, pág. 127.

(21) IRIARTE, Gregorio: *La deuda externa es inmoral*, Paulinas, Bogotá, 1991, pág. 122.

dos, que la multiplicaron con el aumento de las tasas de interés, el proteccionismo y su actitud de indiferencia ante la caída de los precios de los productos primarios.

HAMBRE Y CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO

Terminaremos este artículo investigando si existe alguna relación entre el crecimiento demográfico y el hambre. Muchos de nuestros contemporáneos —entre ellos Joseph FLETCHER, el famoso autor de *La Ética de situación*— dan por buena la «lógica del bote salvavidas» que difundió GARRET HARDIN: La tierra es como un bote salvavidas que no tiene alimentos para todos. ¿No es lícito negarse a que suba un solo pasajero más a bordo y reservar los alimentos a los más aptos para sobrevivir? (22).

En los países del Norte es bastante frecuente culpar del hambre a los propios hambrientos o, con más precisión, a sus órganos genitales. Los pueblos más pobres son precisamente quienes tienen las tasas de natalidad más altas. Por ejemplo, en 1994 hubo en Níger 53 nacimientos anuales por cada mil habitantes; en Uganda, 52; en Angola, Guinea-Conakry, Malawi y Malí, 51... En cambio, en Alemania, España, Italia, Japón, sólo 10 (varios países del Norte —entre ellos España— están incluso por debajo de la tasa de reposición de las generaciones).

En realidad, el factor más decisivo del rápido crecimiento de la población no ha sido tanto la elevada tasa de nacimientos como la disminución de la tasa de defunción debido al descubrimiento de medios relativamente sencillos y baratos para la inmunización y tratamiento de enfermedades, resultado del progreso técnico y de la mejora de la higiene. En

(22) MOORE LAPPÉ, Frances, y COLLINS, Joseph, *o. c.*, págs. 19-20.

todo caso, lo que no cabe dudar es que «en conjunto, el “control de muertes” ha sido más eficaz que el control de nacimientos en el mundo en vías de desarrollo» (23).

Ante este problema se viene exigiendo a los países del Tercer Mundo que implanten drásticas medidas para controlar la natalidad si quieren oír hablar de ayudas al desarrollo. La tesis de Robert McNamara, cuando era presidente del Banco Mundial, estaba muy clara: «Son más rentables 5 dólares invertidos en el control de la natalidad que 100 dólares en el desarrollo económico.» Clinton P. Anderson, que fue Secretario de Agricultura de los Estados Unidos, lo dijo con bastante más crudeza en una comparecencia ante un Comité del Congreso: «Estamos en la posición de una familia que tiene un montón de cachorritos: Hay que decidir a cuáles ahogamos» (24). Juzgue el lector: Las palabras de Anderson, ¿no recuerdan un poco aquella pintada de un maestro del humor negro en un muro de la ciudad de La Paz que decía: «Combata la pobreza, ¡mate a un mendigo!» (25).

Frecuentemente, los métodos utilizados se han degradado a niveles propios de la zootecnia. Los jesuitas que regentan el colegio San Ignacio de Loyola, en la ciudad de Oruro (Bolivia), descubrieron en 1975 que en los desayunos que repartían gratuitamente a sus alumnos, procedentes del Programa de Ayuda Alimentaria de los Estados Unidos, había sustancias químicas anticonceptivas (26).

Los teóricos marxistas, en cambio, defendieron siempre la necesidad de adaptar la economía a la población y no a la

(23) KING, Alexander, y SCHNEIDER, Bertrand: *La primera revolución mundial*, Plaza & Janés, Barcelona, 1991, pág. 109.

(24) GEORGE, Susan, o. c., pág. 196.

(25) GALEANO, Eduardo: *Las venas abiertas de América Latina*, Siglo XXI, Madrid, 28ª ed., 1980, pág. 7.

(26) Cfr. *Vida Nueva* 978 (19 de abril de 1975), 635.

inversa: «No se trata de cortar el brazo, sino de alargar la manga», decía gráficamente un demógrafo soviético polemizando con sus colegas occidentales durante el Congreso Mundial de Población celebrado en Roma en 1954 (27).

En mi opinión no les faltaba razón a los demógrafos marxistas. Como hemos visto en páginas anteriores, no es cierto que la Tierra sea como un «bote salvavidas» sin alimentos para todos. Lo que ocurre es que quienes mandan en el bote se niegan a compartir. La primera ley de Malthus —«la población, si no encuentra obstáculos, aumenta en progresión geométrica; los alimentos tan sólo aumentan en progresión aritmética» (28)— no se ha cumplido. Es verdad que la población ha crecido muchísimo, pero las subsistencias lo han hecho a un ritmo igual o incluso mayor (otra cosa, como digo, es la distribución).

Pero ese crecimiento acelerado tanto de la población como de los alimentos representa una grave amenaza ecológica. «El óptimo de población para el mundo no debe sobrepasar los 3.500 millones» (29). Existen, por tanto, razones para preocuparse por el crecimiento vertiginoso de la población mundial. En los primeros años de la era cristiana es probable que la Humanidad no superara los 250 millones de personas. Para duplicar esa cantidad fue necesario esperar hasta 1650. Para duplicarla de nuevo sólo hubo que esperar hasta 1825. Y lo malo es que volvió a duplicarse entre 1825 y 1930; y otra vez entre 1930 y 1976: ¡Ya 4.000 millones de habitantes! En 1996 la población mundial era de 5.804 millones, habiendo aumentado a lo largo del año en 87.700.000

(27) Cfr. SAUVY, ALFRED: *De Malthus a Mao Tsé Tung*, Denöel, París, 1959.

(28) MALTHUS, ROBERT: *Primer ensayo sobre la población*, Alianza, Madrid, 2ª ed., 1968, pág. 53.

(29) GOLDSMITH, EDWARD, y otros: *Manifiesto para la supervivencia*, Alianza, Madrid, 1972, pág. 53.

personas. Ruego al lector que repare en esa cifra: ¡La Tierra produce más de dos Españas cada año!

El Fondo de Población de las Naciones Unidas calcula que la población seguirá aumentando hasta quedar estabilizada en 10.200 millones de habitantes en el año 2.100. Como dice Gabriel MARC, «estas cifras impresionantes no tienen evidentemente mucho rigor matemático» (30), pero es indudable que sería conveniente controlar la natalidad. Lo que pasa es que los expertos occidentales no han acertado con los medios apropiados. Se han equivocado —por descontado— desde una perspectiva ética (no se puede ir por ahí regalando un transistor a quien se deje esterilizar y echando anticonceptivos en la comida), pero se han equivocado también desde una perspectiva puramente técnica.

Para reducir los nacimientos no basta distribuir gratuitamente condones y espirales por las zonas rurales, como hace el Gobierno indio, y luego sentarse a esperar los resultados, porque éstos suelen ser decepcionantes. Es necesario preguntarse antes por qué los pobres del Tercer Mundo tienen tantos hijos, y la respuesta suena así de inesperada: Precisamente porque son pobres.

No tengo autoridad para pronunciarme sobre si las dietas escasas en proteínas aumentan la fertilidad, como sostenía Josué de Castro y parece que comprobaron los experimentos llevados a cabo en el laboratorio por Anton Carlson, Frederick Hoelsen, M. A. Rudzinka y Laurence Galton (31). Es algo todavía más elemental: Los hombres y mujeres del Tercer Mundo necesitan tener muchos hijos.

(30) MARC, Gabriel: *La explosión demográfica: De cinco mil a diez mil millones de seres humanos* [LUNEAU, René (dir.), *El sueño de Compostela*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1993, pág. 195].

(31) Cfr. CASTRO, Josué de: *El libro negro del hambre*, Eudeba, Buenos Aires, 8.ª ed., 1975, pág. 33; *idem*, *Geopolítica del hambre*, t. 2, Guadarrama, Madrid, 1972, págs. 48-66.

Entre nosotros un nuevo hijo supone infinidad de gastos: visitas al pediatra, juguetes, largos años de educación... para que cuando empieza a ganarse la vida por sí mismo se independice sin haber aportado nada al hogar paterno. Por el contrario, en el Tercer Mundo los hijos cuestan poco porque, en vez de ir al colegio, empiezan a ayudar a sus padres desde muy pequeños. Además, dado que allí no existe seguridad social y sí, en cambio, fuertes lazos familiares, son la única esperanza que tienen sus padres de que no quedarán abandonados en la ancianidad o en caso de enfermedad.

Naturalmente, no pretendo decir que los padres —allí y aquí— quieran tener más o menos hijos por razones económicas. Por supuesto que no. Los desean por motivos extra-económicos: por el puro goce del amor y del afecto mutuo. Pero el hecho de que una pareja no discuta abiertamente los costos y beneficios económicos de la crianza de los hijos no significa que no le influyan.

La cosa, por tanto, es así de sencilla: No es la superpoblación de extensas zonas del mundo la que origina el hambre, sino que es el hambre la que da origen a la superpoblación. Basta lograr que esos países progresen lo suficiente como para poder prescindir del trabajo infantil, extender la educación hasta los 18 o incluso los 25 años e implantar la seguridad social, para que empiecen a controlar espontáneamente la natalidad igual que lo hacemos nosotros. Sólo un orden social justo podrá acabar con la superpoblación del planeta.

UNA ÉTICA DE LA SOLIDARIDAD CONTRA EL HAMBRE

MARCIANO VIDAL

I. RAÍZ ÉTICA DEL PROBLEMA DEL HAMBRE EN EL MUNDO

La realidad del hambre en el mundo es un problema de gran complejidad y de imposible solución a corto plazo. Pero no por ello se ha de afirmar que el hambre es un fenómeno «natural» y, consiguientemente, inevitable. Tomado en su conjunto, el hecho del hambre es un acontecimiento histórico y por tanto sometido a la libertad humana: es una realidad moral.

El hambre humana es un hecho moral en cuanto que, en su conjunto, es efecto de un desorden moral. Por eso mismo, cuando el hambre es impuesta al ser humano, individual o en grupo, la sensibilidad ética reacciona con una doble actitud: con el empeño decidido por erradicarla y con la protesta valiente frente a las injusticias que la toleran o la apoyan.

El Documento del Pontificio Consejo «Cor Unum» sobre «El hambre en el mundo» (Vaticano, 1996) subraya de modo especial la dimensión ética de esta realidad. A la dimensión moral le dedica el capítulo 2 (núm. 22-27), aunque también se refiere a ella en los capítulos restantes: en la descripción del capítulo 1, en las propuestas del capítulo 3, en la conexión con el Tercer Milenio de la era cristiana (capítulo 4) y en el «llamamiento al amor» del capítulo 5.

Como apreciación general, el Documento no duda en hacer una valoración clara del fenómeno del hambre en el mundo de hoy:

— en su vertiente negativa, el hambre constituye una «estructura de pecado» (núm. 25; cf. núm. 64);

— para salir de la cual se precisa crear una «estructura del bien común» (núm. 25; cf. núm. 64).

Para desarrollar esa valoración global, el Documento se sirve de un número abundante de criterios o referentes éticos que se encuentran en la enseñanza social católica. He aquí los más importantes:

- amor al prójimo (núm. 23);
- bien común; (núm. 22);
- justicia social (núms. 22, 24, 26);
- destino universal de los bienes (núm. 24);
- respeto a la creación (núms. 30-31);
- exigencia de la paz y del desarme (núms. 28-29);
- opción preferencial por el pobre (núm. 26).

No es mi intención hacer ni una exégesis detallada ni un comentario directo de la parte moral del Documento. Cada uno de los referentes éticos anotados propiciaría un discernimiento moral del hambre en el mundo desde la óptica cristiana. La teoría general sobre las «estructuras de pecado» y sobre las restantes categorías morales de «justicia social», «bien común», «destino universal de los bienes», «opción preferencial por el pobre», «amor al prójimo» tiene una aplicación directa e inmediata en la realidad del hambre.

Sin negar la funcionalidad ética de las categorías morales precedentes, creo que el Documento es más sensible a un referente ético de gran actualidad y de notable impacto: me refiero a la sensibilidad ética de la *solidaridad*. No sólo subraya la necesidad de la «práctica o ejercicio de la solidaridad» (núm. 22), considerándola «una exigencia para todos» (núm. 23), sino que propone como solución al problema del hambre «una economía más solidaria» (capítulo 3).

Teniendo en cuenta esta tonalidad general del Documento opto por referirme a la dimensión ética del hambre proponiendo *una ética de la solidaridad*. Soy consciente de que hay muchas implicaciones morales en la realidad del hambre (1). Pero creo que la mejor manera de afrontar éticamente esa realidad es una cultura ética de la solidaridad. Esa cultura existirá en la medida en que la solidaridad se convierte en una «virtud» o hábito del corazón y en un «principio» o valor ética de la vida social. En las páginas siguientes me refiero preferentemente al principio social de la solidaridad (2).

2. EL PRINCIPIO DE SOLIDARIDAD (3)

Si se considera la situación actual de la solidaridad, se imponen dos constataciones. La primera recoge la importancia que tiene en el pensamiento actual el valor de la solidaridad. «La solidaridad es hoy, junto a la libertad y a la igualdad, uno de aquellos valores en torno a los que se produce un «consenso solapante», aunque el modo de articu-

(1) Ver, a título de ejemplo, dos recientes referencias bibliográficas: Editoriale, «La fame nel mondo di oggi: Un grave problema etico, *La Civiltà Cattolica* 148 (1997), I, 3-15; S. BASTIANEL, «La fame, una sfida allo sviluppo solidale», *Ibid.*, I, 330-343.

(2) Remito a mi libro *Para comprender la Solidaridad: virtud y principio ético* (Estella, 1996), del que toma el material de este artículo.

(3) Sobre el principio de solidaridad ver: A. CORTINA, «Más allá del colectivismo y del individualismo: autonomía y solidaridad», *Sistema* núm. 96 (1990), 3-17 (resumido y reelaborado en *La moral del camaleón*, Madrid 1991, 47-54); J. GONZÁLEZ AMUCHÁSTEGUI, «Notas para la elaboración de un concepto de solidaridad como principio político», *Sistema* núm. 101 (1991), 123-135; V. CAMPS, *Por la solidaridad hacia la justicia*, en C. Thiebaut (ed.), *La herencia ética de la ilustración*, Barcelona, 1991, 136-152; J. M.^a ROSALES, «Democracia y solidaridad. Rudimento para una ciudadanía democrática», *Sistema* núm. 107 (1992), 83-93; T. DOMENECH, «Y fraternidad», *Isegoría* núm. 7 (1993), 49-78.

larlos y fundamentarlos varíe en las distintas concepciones de filosofía política» (4). Se puede considerar como «una de las características del discurso de las fuerzas progresistas», tanto políticas como económicas o sindicales, el hacer «constantes referencias a la idea de solidaridad» (5).

La segunda constatación se refiere a la escasa funcionalidad práctica que sigue teniendo el principio de solidaridad para la vida social. Sabemos lo que es igualdad y libertad y hemos traducido estos valores en orientaciones vinculantes de la vida social. En cambio, sobre la solidaridad pesa el mismo silencio que sobre la fraternidad. Esta es la pariente pobre de la triada democrático-republicana: libertad, igualdad, fraternidad (6). De hecho, «la solidaridad no ha sido considerada una noción central ni de la ética ni de la política» (7).

Hechas estas dos constataciones, me uno a quienes se proponen «reivindicar la solidaridad como principio ético» (8), un principio ético llamado a ocupar un puesto central en los planteamientos y en las propuestas de la ética política, un principio que ha de ser asumido constitucionalmente, un principio que ha de tener sus concreciones en los campos de la economía, de la política, de los ordenamientos jurídicos, etc.

A continuación analizo el significado de este principio mediante una serie de aproximaciones escalonadas:

- es una exigencia ética;
- difiere del «egoísmo ilustrado» y de la «cooperación calculada»;
- se define básicamente por la *radicalización de la sociabilidad* al asumir y dar respuesta a las *asimetrías sociales*.

(4) A. CORTINA: *La moral del camaleón*, Madrid, 1991, 46-47.

(5) J. GONZÁLEZ, a. c., 123.

(6) T. DOMENECH, «Y fraternidad»; *Isegoría* núm. 7 (1993), 49-78.

(7) J. GONZÁLEZ AMUCHÁSTEGUI, a. c., 125.

(8) *Ibid.*, 125.

3. DEL «ÁNIMO BENEVOLENTE» A LA EXIGENCIA ÉTICA

Una de las causas que explican la todavía escasa funcionalidad práctica del valor de la solidaridad es que ésta sigue siendo considerada en clave de sentimiento moral. Fue esto mismo lo que le pasó al concepto de fraternidad en comparación con los de libertad y de igualdad.

Mientras que la libertad y la igualdad no suponían vínculos afectivos, la fraternidad formulaba preferentemente el mundo benevolente de las personas. Las dos primeras tuvieron sus traducciones normativas en la vida social: en cambio la fraternidad se utilizó como expresión del «ánimo benevolente» de las personas.

La solidaridad no puede caer en esa tentación de ser reducida a sentimiento moral. Para comprender y formular exactamente el principio de solidaridad es necesario entenderlo como una auténtica exigencia ética de carácter general. No puede ser reducido a algo «supererogatorio», como si se tratara de una «sobreabundancia» ética no exigida en términos universales. A veces se cae en esta interpretación de «caridad» no exigida ni exigible a todos. Por el contrario, la propuesta actual hace de la solidaridad un auténtico principio de exigencia ética general para la vida social.

Al afirmar la solidaridad como una exigencia ética, no quiero eliminar la carga de sentimiento moral que conlleva. Al entroncar la solidaridad con la fraternidad, se recoge en el sentimiento moral solidario la fuerza de la *philia* o amistad aristotélica, de la *philadelphia* o sentimiento fraternal del helenismo, y de la *agápe* cristiana. Pero a ese sentimiento moral tan rico es necesario añadirle la funcionalidad ético-social. A la dimensión de «virtud» es necesario integrar la dimensión de «principio ético», dimensión ésta que enfatiza el carácter de exigencia ética y no tanto de sentimiento moral.

4. LA SOLIDARIDAD FRENTE AL «EGOÍSMO ILUSTRADO» Y A LA «COOPERACIÓN CALCULADA»

La solidaridad difiere tanto del egoísmo ilustrado como de la cooperación calculada. Al marcar esas diferencias, irá apareciendo mejor el significado del principio de solidaridad.

a) Frente al «egoísmo ilustrado»

Hay quienes fundamentan la moral en el amor propio. Tal es el caso de F. SAVATER sobre todo en su obra *Ética como amor propio* (Madrid, 1988). Para este tipo de comprensión, la solidaridad habría que situarla entre las estrategias del egoísmo ilustrado.

No se puede negar que esta postura ética contenga elementos válidos, sobre todo si se la entronca con grandes tradiciones morales de occidente como:

— la ética de la felicidad de Aristóteles, cuya amplia influencia en el cristianismo es patente;

— la ética de la utilidad (utilitarismo), la cual ha predominado durante varios siglos sobre todo en el mundo anglosajón, y que todavía constituye un ingrediente imprescindible en casi todos los proyectos éticos, preferentemente en los de tipo socio-económico.

Por otra parte, en la misma conciencia cristiana se pide la incorporación del «amor propio» en el mundo de la moral genuinamente cristiana. Es preciso desentrañar el significado de ese «amor propio» en la formulación áurea de la regla de vida cristiana: «amar al prójimo como a nosotros mismos». Evidentemente, se trata no de apoyar un «egocentrismo ético», sino de una articulación del propio amor (propia felicidad, propia realización) dentro de un proyecto

no autocéntrico, sino policéntrico, en el que el «otro» sea lo mismo que «yo».

Aun teniendo en cuenta y aceptando esos valores positivos, es difícil entender la solidaridad dentro de un proyecto moral basado en el «amor propio», convirtiéndola en una estrategia más del «egoísmo ilustrado». Para que se dé la actitud moral y el principio ético de la solidaridad es preciso salir del solipsismo y del autocentrismo. Eso se consigue aceptando otro principio además del «amor propio». Así lo expresa J. GÓMEZ CAFFARENA en un diálogo franco y respetuoso con la postura de F. SAVATER:

«Savater parece sugerir que la adjetivación de “amor propio” es endógena, no apela a ningún elemento ajeno. Y así ha de ser, lógicamente, si ha de tratarse de un único principio de fundamentación.

La alternativa es apelar a un segundo principio. En el ámbito antropológico en que buscamos situarnos sólo hay uno pensable: los otros seres humanos. Y tal ha sido, en efecto, la tendencia de la fundamentación más proclamadamente «autónoma», desde KANT hasta hoy. La autonomía se ha entendido como voz de la razón solidaria» (9).

b) Frente a la «cooperación calculada»

Dando un paso más adelante del egoísmo ilustrado, hay quienes entienden la solidaridad como una forma o estrategia de simple cooperación, una cooperación obviamente «calculada» desde los propios intereses.

«Para el nuevo ideario socialista, *solidaridad* significará *cooperación*, y la necesidad de cooperar se fundamentará en

(9) J. GÓMEZ CAFFARENA: «Ética y amor: propio y del otro», *Razón y Fe* 220 (1989), 486 (todo el artículo, págs. 481-498).

el reconocimiento de la autonomía moral de los individuos» (10).

La justificación de la «cooperación» como el mejor principio de la vida social se basa en las siguientes razones (11):

— En un sistema de cooperación se da importancia a la autoestima de todos los intervinientes, ya que nadie se siente «compadecido». Todos son iguales: no existe ni el «paternalismo» de parte de los más poderosos, ni la situación de «asimetría» en los que menos pueden. La cooperación los integra en un sistema de igualdad y de simetría.

— La cooperación mantiene y apoya los incentivos necesarios para la acción social: el propio interés integrado en el interés de todos. Si el egoísmo es el motor más fuerte para la actuación humana, esa fuerza se mantiene en el sistema de cooperación, ya que el interés propio está implicado en los intereses de los demás.

En esta comprensión existe una lógica que puede ser formulada del siguiente modo: es racional «ser solidario» → porque es racional «cooperar» para el provecho de todos cuando está implicado mi propio provecho → porque es racional ser «sujeto» autónomo en igualdad de condiciones con los demás sujetos autónomos.

Tampoco esta «lógica de la cooperación calculada» es capaz de dar cumplida razón del significado auténtico del principio de solidaridad. El principio de cooperación supone una superación del solipsismo al entender la vida social sobre la base de la comunicación y de la ayuda mutua. En este sentido supera la «lógica del principio del egoísmo ilustrado» (amor propio).

(10) A. CORTINA, *o. c.*, 47.

(11) Ver el análisis que hace A. CORTINA, «Más allá del colectivismo y el individualismo: autonomía y solidaridad», *Sistema*, núm. 96 (1990), 12-14 (todo el artículo, págs. 3-17).

Pero tiene dos grandes fallos. El principio de cooperación sigue anclado en el egoísmo y en el individualismo:

— en el *egoísmo*, porque se coopera buscando el propio provecho;

— en el *individualismo*, porque se tiende a cooperar en ámbitos «corporativos», es decir, cerrados y, por tanto, insolidarios.

De hecho, la sociedad que se mueve preferentemente por el principio de la cooperación tiende a constituirse en una sociedad «corporativizada». El corporativismo como actitud moral propicia la creación de «islas» egoísticamente cerradas en ellas mismas, aunque tengan la autosatisfacción de «cooperar» en su interior. Al identificar solidaridad con este tipo de cooperación, todavía seguimos anclados en el concepto de «solidaridad orgánica» sin haber dado el paso hacia la solidaridad como principio abierta con validez para la sociedad en su conjunto.

La solidaridad abierta supera la mera cooperación en cuanto que:

— mira al bien de *todos* (superando el «corporativismo»);

— y tiene en cuenta las desigualdades o asimetrías de los *más débiles* (superación del «egoísmo»).

Como balance de este apartado en que se compara el principio de solidaridad con las propuestas del «egoísmo ilustrado» y de la «cooperación interesada», es necesario afirmar que la solidaridad ha de ser entendida desde otras tradiciones en las que se articulen correctamente los dos valores de la dignidad ética del sujeto humano (como sujeto autónomo) y de la igualdad de todos los sujetos en las condiciones de asimetría en que se encuentran (igualdad en la condición asimétrica).

A esta comprensión alternativa, en que cobra significado auténtico el principio de solidaridad, se pueden dar diversos

nombres: «autonomía solidaria», «solidaridad autónoma», «personalismo solidario».

5. RASGOS ESENCIALES DEL PRINCIPIO DE SOLIDARIDAD

El principio de solidaridad supera el individualismo insolidario (latente en el principio del «amor propio») y el corporativismo cerrado (tal como lo justifica el principio de «cooperación»). La solidaridad auténtica formula un ideal más noble para la vida social: el de la tendencia a la igualdad ética de todos los sujetos teniendo en cuenta la condición de asimetría en que se encuentran los individuos y los grupos menos favorecidos.

Hay dos rasgos que definen el principio de solidaridad y constituyen las dos grandes exigencias axiológicas para la sociedad guiada por ese principio:

a) Radicalización de la «sociabilidad»

Una macroexigencia del principio de solidaridad es hacer que las personas, a través de las instituciones y estructuras sociales, no solamente conformen una agrupación de sujetos libres e iguales en vistas a un intercambio egoísta, sino que lo hagan por una cierta simpatía y por el deseo real de colaborar a fin de satisfacer los intereses de todos los componentes del grupo (mundo, nación, agrupación).

En este sentido, el principio de solidaridad radicaliza el valor de la *sociabilidad*: ésta no es sólo fruto del contrato entre sujetos libres e iguales que tienen un valor por ellos mismos (sujetos éticos, fines en sí), sino también consecuencia de la consideración ética de todos los sujetos como portadores de una vinculación más profunda que les hace sentirse copartícipes de la situación de todos.

El principio de solidaridad hace entender y realizar la sociabilidad en su sentido fuerte. De ahí que el símbolo de esta sociabilidad fuerte sea el de la «familia» y que el término solidaridad sea a veces intercambiado por el término «fraternidad».

b) Preferencia axiológica por los «más débiles»

Precisamente por descubrir esos sentidos fuertes de la sociabilidad, el principio de solidaridad introduce en la vida social (internacional, nacional y grupal) la consideración ética de «los desiguales».

Partiendo de la constatación de que las relaciones sociales son «asimétricas», la solidaridad indica de qué lado hay que situarse para hacer que las desigualdades injustas desaparezcan y las desigualdades inevitables sean tenidas en cuenta mediante una preferencia que destaque el valor axiológico de los más débiles.

Así entendida, la solidaridad es el principio que orienta éticamente la relación social asimétrica. Es un principio axiológico básico de la vida social que pretenda ser auténticamente «humana», en plenitud de empatía y de cooperación.

Para que se haga realidad este principio de solidaridad es preciso entender la sociedad desde un *contrato de solidaridad*. La teoría ilustrada de «contrato social», comprensión que perdura hasta nuestros días, se basa fundamentalmente en la consideración de los individuos humanos como sujetos *libres* (autónomos) e *iguales* (con igualdad simétrica). A esa consideración hay que añadir la de: sujetos libres e iguales en la condición asimétrica de la vida humana. Tal condición asimétrica es asumida moralmente mediante el principio de la solidaridad.

Como se ve, se trata de recuperar el tercer principio olvidado de la Revolución francesa: la *fraternidad*, que hoy se

traduce mejor mediante la categoría de solidaridad. Para asumir este principio de solidaridad es preciso radicalizar el contrato social, convirtiéndolo también en *contrato de solidaridad*.

6. CONCRECIÓN NORMATIVA DEL PRINCIPIO DE SOLIDARIDAD

Como complemento de la exposición precedente, dedicada a analizar el significado ético del principio de solidaridad, creo que es conveniente aludir a la cuestión de la concreción normativa de dicho principio. Tres son los aspectos que deben ser tratados: ¿es posible hablar de «deberes de solidaridad»?; ¿cómo normatizarlos, en el caso de que sea posible hacerlo?; ¿qué implicaciones conlleva esa posible normatización?

a) Posibilidad de la normatividad jurídica (12)

Ante la cuestión sobre la posibilidad de normatizar jurídicamente el valor de la solidaridad (crear «deberes de solidaridad») hay quienes adoptan una respuesta negativa. Fundamentalmente lo hacen por dos series de razones:

— Porque creen que la solidaridad es una virtud, un sentimiento moral, una decisión personal y que, por tanto, no puede convertirse en una «obligación» general mediante una norma jurídica.

— Por las dificultades que originan los «deberes de solidaridad» para la técnica jurídica. En concreto: a) los deberes en sentido clásico son «negativos», mientras que los deberes de solidaridad son «positivos»; b) a todo deber co-

(12) Puede verse un buen resumen de esta cuestión en J. DE LUCAS, «Sobre la desobediencia civil en España», *Iglesia Viva*, núm. 173 (1994), 453-456 (artículo completo, págs. 447-462), con bibliografía.

responde un «derecho», correlatividad que no se da en los deberes de solidaridad; c) los derechos de solidaridad son «redundantes», ya que están recogidos en la normatividad del Estado *social* de Derecho.

Estas objeciones tienen respuesta. Comenzando por la última objeción para llegar hasta la primera, que es la más importante, se puede decir lo siguiente:

— Si se piden «derechos de solidaridad» es, precisamente, porque o no están reconocidos o no están suficientemente aplicados en la normativa del Estado social de Derecho, aún del que opta por la figura de «Estado de bienestar social».

— Al «deber» de solidaridad corresponde el «derecho» de solidaridad, en cuanto que todos los ciudadanos son potenciales beneficiarios de las ventajas de la normativa jurídica que pretende concretar y hacer realidad el principio ético de la solidaridad.

— Los «deberes de solidaridad» son de carácter positivo, pero también son instrumentos subsidiarios para aplicar otro tipo de obligaciones que tendrían la configuración técnica de «deberes negativos».

— Con respecto a que la solidaridad, al ser una virtud, no puede tener traducción en el campo de la obligación jurídica, que es, de por sí general y necesariamente *obligatoria*, hay que decir que en tal comprensión anidan algunas ambigüedades:

Es cierto que no *toda* la moral debe tener una traducción normativa en el Derecho. Pero éste tiene una de sus «fuentes» en la axiología nacida de la condición humana y asumida (o que debe ser asumida) por el conjunto de la sociedad.

La solidaridad es virtud y, en cuanto tal, tiene un componente de sentimiento moral y de decisión personal. Pero no se reduce a ese campo la dimensión ética de la solidaridad. Por su misma condición social, la solidaridad extiende su

fuerza axiológica o moral al terreno social, en el que cabe la normatividad jurídica para mejor realizar su dinamismo ético-social.

Por todo lo dicho, nos adherimos a la forma de pensar de quienes admiten y apoyan la posibilidad de normatizar jurídicamente el valor de la solidaridad.

b) Cauces para normatizar jurídicamente el principio de solidaridad

Indico únicamente los cauces *formales* sin entrar en la exposición del *contenido* que han de transmitir tales mediaciones jurídicas. Los cauces formales son:

— La *Constitución*: El valor de la solidaridad ha de estar constitucionalizado como uno de los principios rectores del Estado.

— *Leyes orgánicas*, que den cauce general a la solidaridad en áreas globales de la vida social y con un rango jurídico especial.

— Normas *concretas*, en las diversas formas y ámbitos del Derecho.

«Este principio (de solidaridad) se concretaría, entre otras cosas, no sólo en la presencia en los ordenamientos jurídicos positivos de deberes positivos, y entre ellos el deber mismo de solidaridad (en el nuestro, basta leer los arts. 30, 1, 3 y 4; 31; 39 y ss. de la Constitución, por no mencionar el más clásico delito de omisión de prestación del deber de socorro), sino, además, en la no menos clara existencia de normas y sanciones de contenido positivo que premian e incentivan determinadas conductas» (13).

(13) J. DE LUCAS, *o. c.*, 456.

7. SOLIDARIDAD INTERNACIONAL

Cuanto he ido señalando en los apartados precedentes tiene significado para la dimensión internacional de la solidaridad. Sin embargo, pensando en la referencia al problema del hambre en el mundo actual, parece conveniente insistir de forma expresa en esta dimensión.

a) Planetarización de la existencia humana

La razón de ser de la virtud y del principio ético de la solidaridad es la *interdependencia* de los individuos, de los grupos y de las sociedades.

El valor y la actitud de la solidaridad constituyen la orientación moral de esa interdependencia.

Debe existir la solidaridad internacional porque existe la interdependencia a escala mundial. Esta se hace patente a través del fenómeno de la «planetarización» de la existencia humana, fenómeno que no es un hecho de carácter exclusivamente técnico, sino una variación «humana». La forma de vivir queda «afectada» en su misma estructura.

La categoría antropológica con la que se entiende hoy día el fenómeno de la mundialización es la de la «interdependencia». Esta es la clave hermenéutica utilizada por Juan Pablo II en la encíclica *Sollicitudo rei socialis* (núm. 38). Juan XXIII vislumbró este mismo fenómeno y lo formuló mediante la categoría de «socialización» (MM 59-67).

La planetarización tiene que tener evidentemente manifestaciones de carácter político. Nos encontramos ante el reto de «crear» un poder político mundial y de «organizar» ese poder de forma adecuada a los objetivos que persigue. Pero la política no es la única ni la más importante configuración del fenómeno de la planetarización. Es más decisiva la creación de una «sociedad civil mundial». Esta es la configuración más fecunda de la

conciencia humana planetaria. En la matriz de la sociedad civil mundial es donde pueden ser engendrados los proyectos más beneficiosos para el porvenir de la Humanidad entera.

Escrutado desde estas tres perspectivas, el «signo epocal» de la planetarización aparece ante nosotros como una auténtica elevación o «subida del nivel histórico»; utilizo así la misma interpretación de la que se servía el filósofo ORTEGA Y GASSET para comprender el fenómeno de la «masificación» o «rebelión de las masas» (14).

La planetarización de la existencia humana es una etapa más en el proceso de la elevación cuantitativa y cualitativa de la historia humana. Nos encontramos en un momento en que lo humano se ha «agrandado» de forma espectacular. De ahora en adelante, el bien y el mal tendrán dimensiones planetarias. Utilizando la interpretación de ORTEGA Y GASSET, podemos decir que «todo el bien, todo el mal del presente y del inmediato porvenir tienen en este ascenso general del nivel histórico su causa y su raíz» (15).

b) La solidaridad internacional como respuesta

La planetarización de la vida humana es un reto para la conciencia moral. El *ethos* humano y cristiano tiene que ser planteado y vivido hoy en dimensión planetaria. No es suficiente la vertiente individual, ni siquiera la social, de la vida moral: ésta tiene que abrirse a las implicaciones de carácter mundial o planetario (16).

Esta impostación planetaria hará repensar la dimensión moral humana y cristiana con un nuevo horizonte. Ello supondrá:

(14) J. ORTEGA Y GASSET, «La rebelión de las masas» (1930), en *Obras completas*, IV, Madrid, 1955, 141-310.

(15) *Ibid.*, 153.

(16) Cf. H. KÜNG, *Proyecto de una ética mundial*, Madrid, 1991.

— una reorientación de los eternos problemas morales (la igual dignidad de toda persona, el valor y la necesaria promoción de la vida humana, la convivencia pacífica entre los grupos humanos, etc.);

— un nuevo énfasis en las orientaciones tradicionales (el bien común universal, el poder político en función planetaria, la responsabilidad en relación con la naturaleza compartida universalmente, etc.);

— un tratamiento más preciso de las grandes sensibilidades éticas surgidas recientemente (nuevo orden mundial en lo político y en lo económico, el desarrollo humano solidario, la relación Norte-Sur, etc.);

— una creatividad en categorías éticas nuevas que den cauce práctico al *ethos* mundial (la «injerencia humanitaria», etc.).

Estas y otras orientaciones del discurso y de la práctica morales se sitúan en una opción de fondo: la opción ética por la cultura de la solidaridad. Para ello, lo primero que procede hacer es tomar conciencia de la dimensión internacional de la solidaridad. Esta no sólo tiene funcionalidad en la vida social, económica y política de los Estados, sino que ha de orientar también la interdependencia a escala mundial.

Juan Pablo II afirmó en la encíclica *Centesimus annus* que el principio de solidaridad posee «validez, ya sea en el orden interno de cada nación, ya sea en el orden internacional» (CA 10). Se puede hablar justamente de una *solidaridad internacional*. El mismo Papa ha aludido a ella en varias ocasiones. Baste recordar la referencia en el discurso de apertura de la Conferencia de Santo Domingo (1992):

«No he dejado de dirigir apremiantes llamadas en favor de una activa, justa y urgente *solidaridad internacional*. Esta solidaridad es una exigencia del bien común universal que ha

de ser respetado por todos los integrantes de la familia humana» (cf. GS 26) (17).

Para hacer funcional el principio de solidaridad a escala planetaria es necesario entenderlo en un mundo de relaciones asimétricas. Lo propio y característico de la solidaridad internacional es asumir la «asimetría» de las relaciones entre los Estados y transformarla en un bien común universal que favorezca sobre todo a aquellos grupos humanos que sufren las consecuencias negativas de la «asimetría».

La solidaridad auténtica es la solidaridad entre desiguales. Y ésta se realiza mediante la opción preferencial por el pobre. Tal opción introduce una parcialidad o «asimetría» en el discurso y en el compromiso a fin de contrarrestar y solucionar la «asimetría» que existe en la realidad histórica concreta.

Esta sensibilidad moral preferente hacia el pobre es una de las peculiaridades cristianas en el planteamiento y en el funcionamiento de la teología moral a escala planetaria.

8. LA LUCHA CONTRA EL HAMBRE DENTRO DE LAS INICIATIVAS DE LA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL

La puesta en práctica de la solidaridad internacional ha de realizarse en variados campos de la realidad y mediante diversas formas de actuación. Entre las áreas que tiene hoy especial importancia se encuentran las siguientes:

- el mundo de los desplazados y refugiados;

(17) *Ecclesia*, núm. 2.063, 24-10-1992, 15. En sentido parecido se expresó en el discurso a la población de Detroit (17-9-1987), en que pidió al pueblo americano que «reconociera la *interdependencia* y optara por la *solidaridad*»: *La Documentation Catholique*, 84 (1987), 970-974.

- el mundo de las migraciones;
- la ecología;
- el desarrollo en sus múltiples aspectos: económico, social, cultural, etc.;
- la transferencia de las tecnologías;
- los mecanismos financieros, en cuyo contexto se encuadra el problema de la deuda exterior.

A la cabeza de éstas y otras iniciativas de la solidaridad internacional hay que situar la *lucha contra el hambre*, por ser el hambre la realidad básica de donde fluyen y hacia donde convergen las restantes injusticias.

En las páginas precedentes he pretendido ofrecer una propuesta ética para juzgar y orientar moralmente el problema del hambre. El núcleo en torno al cual se organiza esa propuesta es la *solidaridad*, virtud personal y principio ético de la vida social. Los rasgos que la definen tienen aplicación directa e inmediata a la realidad del hambre.

Ojalá esta nueva sensibilidad ética basada en la solidaridad oriente a la Humanidad hacia una praxis eficaz de lucha contra el acuciante e insoslayable problema del hambre en el mundo de hoy.

HACIA UNA ECONOMÍA MÁS SOLIDARIA

BARTOMEU BENNÀSSAR

El documento «El hambre en el mundo. Un reto para todos: el desarrollo solidario» es el «Ecce homo!» evangélico. El documento bien podría titularse: «El hombre en el mundo. La Humanidad encausada: unos como víctimas y otros como causantes, culpables, homicidas». El hambre como instrumento de abuso, dominio, explotación y muerte. El hambre, interpelación. El hambre, grito básico visceral vital y grito divino: «Tuve (tengo) hambre». El hambre, reto. El pan de cada día, respuesta solidaria.

Propongo unas sencillas consideraciones al capítulo 3: «Hacia una economía más solidaria» (núm. 38-53), a partir de algunas expresiones del mismo documento.

I. «ESCUCHA PREFERENCIAL AL POBRE» (38)

Una de las categorías repetidas en el documento es la de la escucha, de la atención a prestar al pobre, al hambriento en especial, para poder brindarle una respuesta más adecuada, más acertada. Una preocupación por las personas que va más allá de la burocracia, del rigor técnico y de la formación meramente económica. «La escucha preferencial al pobre deberá ser especialmente atenta» (38).

Antes había afirmado que «esta escucha preferencial de los pobres ayuda a no caer en la esclavitud de la inmediatez de los excesos de la tecnocracia y la burocracia, en la ideología, en la idolatría de la función del Estado o del pa-

pel del mercado...[Para ello se tendrá que] escuchar la voz de los pobres y de captar sus percepciones, así como sus necesidades y deseos» (26), pues «cuando se da responsabilidad y se escuchan la opinión de los pobres, dando espacio a una verdadera democracia, se logran ciertamente frutos positivos» (33). Denunciada queda, pues, la desatención, la no audición, la sordera.

Denuncia también el documento la «mirada miope» (55), de corto alcance, arrogante y como la carga de los efímeros bienes del dinero, el poder y los placeres limita la visión de sí mismo y de los demás (63). Mirada y visión limitadas. Denunciada queda también la ceguera.

Sin embargo, ellos, los hambrientos, continúan mirándonos y esa mirada es mensaje (cf. Gen 4,20) (60) que recrimina nuestra mirada, «que no distingue —confiesa un mendigo— al ser humano que mendiga del cartel que tiene pegado en la pared».

Rota la primera relación que nos hace personas

En la sociedad actual el hombre ha roto y corrompido la primera relación que le hace persona: el hombre es un ser radical «loquens» y «audiens=obediens», es decir, que habla y escucha, una vez superada naturalmente la etapa de la infancia. La primera relación «voz-oído» queda rápidamente ahogada por sobra de ruidos, por silencios impuestos, por distanciamientos destructores, por hambres mortales. En un mundo de sordos uno se vuelve fácilmente mudo. A nivel interpersonal, colectivo y estructural.

La raíz está en la desobediencia: ¿para qué hablar si nadie escucha? Nadie escucha a nadie, decimos. Además, cualquier «sistema» es sordo por definición. Fenómeno grave, mortal de necesidad. Déficit grave de obediencia, de la experiencia básica de ser escuchado y atendido. ¿Para qué hablar, gritar,

gemir, llorar sabiendo que no seré atendido ni escuchado? Falla la primera natural y ética relación solidaria.

Se da hoy —es cierto— una importante comunicación visual de los dramas y las tragedias de personas y pueblos, pero que nos hace pasivos, aislados unos de otros e impresionables-impresionados más que otra cosa, pues el efecto inmediato de la impresión radica en el sentimiento y no en el discernimiento.

Los medios de comunicación nos informan, nos acercan a realidades y a personas, despiertan sensibilidades dormidas. Puede resultar positivo y favorecer la relación primera: oyentes y espectadores, pero —ojalá!— oyentes activos o actores de lo que ocurre en nuestro mundo. Y locutores o narradores de lo que nos pasa y de lo que pasa a nuestro alrededor. De lo visto «con el corazón o con las entrañas» hablamos. Vio Dios la miseria del pueblo, vio compasivamente el samaritano.

Desobediencia y exclusión

No sólo somos desobedientes. Expulsamos, escupimos, marginamos, excluimos (1). El excluido es expulsado fuera del sistema o/y del país, vulnerable, sin recursos, pendiente de un hilo. Cuando excluimos a alguien de algún lugar, del pasado y del horizonte, de la familia o del trabajo, de la cultura o de la salud, del pan o de la casa, robamos lo que le pertenece, porque todo es de todos. La exclusión es la muerte.

El hombre desobediente —y la desobediencia como pecado estructural original— provoca actitudes resignadas, temerosas, huidizas: «Me retiro, me encierro, me dejo morir.»

(1) R. FORTUNY-B. BENNÀSSAR: *Exclusos... Per què?*, Ed Claret, Barcelona, 1996.

Las nefastas migraciones sociales forzosas. También la migración hacia dentro, cargada de frustración y de desesperación, convierte al hombre en un ser silencioso, desconfiado, desanimado. Cuán difícil es el retorno a la palabra desde el pozo del silencio: «¡Calla, que si hablas será peor!»

Es mortal el pecado histórico, personal, social y estructural hecho de obediencia y de subordinación a los poderes dominantes, económicos, políticos y culturales. Es mortal la fuerza opresora del monolitismo político y económico (neoliberalismo) y tecnocrático (el poder mediático) y la claudicación y sujeción al orden-desorden impuesto. Pecado de subordinación que ha acabado con cualquier intento de subvertir el desorden. Queda patente la cara de la insolidaridad o desobediencia a los pequeños, a los pobres, a los hambrientos, a los que no tienen ni fuerza, ni poder, ni rostro, ni voz. Jesús vino a subvertir este mundo. Los «sin voz», los no-escuchados han de ser obedecidos y obedecidos en obras: «Tuve hambre y...» (no) me disteis de comer, de beber, de vestir, etc. (Mt 25).

Obediencia samaritana

El que os escucha, a Mí me escucha (Lc 10,16). El que os acoge, a Mí me acoge. La pro-mesa (pro-misión) de Dios es para los pequeños. Ellos por tanto nos señalan el mundo a salvar, la misión actual, la concreción histórica, personal y estructural de la obediencia (las estructuras de bien común).

El camino salvador es: escuchar, atender, acompañar, acoger (muchas veces recoger), incluir, «entrañar», compartir, cooperar, transformar. Al estilo de Jesús, obediente hasta la muerte (Fil 2). La encarnación es la expresión máxima, histórica, de la solidaridad de Dios con la Humanidad. Jesús es la solidaridad de Dios hecha carne y sangre, vida y muer-

te, pasión y resurrección. En Él conocemos a Dios como Amor.

Mesías entregado en obediencia samaritana: el herido es Cristo para el samaritano y el samaritano es Cristo para el herido; los cautivos son Cristo para nosotros y nosotros liberándolos somos Cristo para ellos (2). Obedientes subimos a la cruz, enlazados a Jesús obediente, en contraposición a la desobediencia adamítica del hombre que se escucha a sí mismo, a sus intereses, a sus dioses, hasta el menosprecio del otro, menosprecio cainítico mortal.

«El cristiano tiene la misión de conseguir que el amor, la solicitud y el consuelo de Dios se hagan hombre una y otra vez. Esto significa que cuando un cristiano dice a un moribundo «Dios no te dejará en la estacada», no puede salir corriendo. Esto significa que cuando dice a un enfermo que llora «Dios te consolará en las tristezas», tiene que hacer lo posible para enjugar sus lágrimas. Esto quiere decir que la única forma de decir a un moribundo «Dios no te abandonará» es saber permanecer a su lado; la única forma de decir eficazmente «Dios te consolará» es estar dispuesto a enjugar sus lágrimas (3).

En el camino que va de la desobediencia ególatra a la obediencia servicial y compasiva hacemos el aprendizaje de una audición atenta a quejas y silencios. ¿Damos cuando se nos pide? ¿Nos encuentran cuando nos buscan? ¿Abrimos cuando llaman a la puerta? ¿Damos panes o piedras, peces o escorpiones? Según sea nuestra respuesta y nuestras obras haremos presente o no al Dios de la vida y al Dios Padre-Madre que es bueno con todos (cf Mt 7,7-9). Atentos para ser responsables, pues las respuestas no caen del cielo.

(2) Cf J. I. GONZÁLEZ FAUS: «La cristología después del Vaticano II», *Razón y Fe*, 229 (1994), págs. 501-513.

(3) J. MARTÍN VELASCO: «Mundo de la salud y evangelización», *Eclesia*, 2.723 (11 febrero 1995), pág. 10.

Atentos para ser críticos, para ser objetores o desobedientes a la injusticia, a la idolatría del consumismo, del confort, etcétera. Obedecer a Dios antes que a los hombres, que es lo mismo que obedecer a las víctimas y desobedecer a los asesinos o estar donde las necesidades superan todas las previsiones o cualquier juicio razonable. Ahí no sirve la lógica del pensamiento opresor, excluyente. Sirve el pensamiento sensible, maternal, apasionado, sanador, inclusivo... del «cuerpo roto en la lucha por la supervivencia».

Mirada «alterada»

El inicio de todo y de cada acción u obra radica en la mirada «alterada», es decir, misericordiosa, compasiva, apasionada, como la del samaritano de la parábola (Lc 10). En el principio era el Verbo, la Palabra... No. En el principio de todo está la mirada de Dios, que ve el sufrimiento del pueblo, que siente el dolor de la Humanidad. En el principio de cualquier decisión y solución amorosa está la mirada. En el principio del ser está la mirada de la madre... Los ojos y el oído son la principal entrada de toma de contacto y puerta de conocimiento y “aproximación”. Mirar y oír es amar.

«Alterarse» hace exclamar: «¡Esto no puede seguir así, no hay derecho, Dios no lo quiere!» Alterarse comporta indignarse contra la situación. Las personas indignamente tratadas desvelan la auténtica indignación o rabia que se experimenta como interpelación evangélica, como «experiencia» de Dios que invita a transformar la realidad de injusta en justa, de indigna en digna. He venido para que tengan vida y vida abundante y en todas partes veo hambre y muerte. Este sufrimiento y esta pasión —compasión— cambian el aislamiento egoísta y distante en compromiso activo, cercano, solidario. La compasión —y la pasión, el apasionamiento—

son actitudes clave. Cuando esta pasión decae, caen o se hunden las personas y se debilitan —hasta cambiar de objetivo— las obras.

La «visión» y la acción a realizar nacen en y desde el dolor, sufrido y/o compartido. Con el «todo va bien» y «nunca habíamos vivido tan bien», etc., huimos del sufrimiento y quedamos esterilizados de raíz. El bienestar burgués y la convivencia distante en el rincón cálido de la casa nos nublan la visión y el corazón. En el principio era el amor gratuito. La verdad de las cosas y de las respuestas surge del dolor, de la humillación o del menosprecio padecido o compartido. Del estremecimiento de las entrañas nace el amor más radical y vulnerable, y también modesto, discreto y paciente. La capacidad de aflicción predispone la imaginación y la creatividad, que tanta falta nos hacen. Cuando nos falta imaginación copiamos o repetimos rutinariamente las respuestas que otros dieron, o que dimos nosotros ya hace años, y tal vez a preguntas o problemas que ya nadie nos plantea.

Mirada «escrutadora»

Mirada «escrutadora», «detectivesca»: ¿A quién favorece tal guerra, tal medida, tal sistema, tal actuación? ¿Qué oculta? La realidad no afecta a todos por igual. Los «no beneficiados» o los perjudicados y des-terrados nos dan la llave de la objetividad, de la universalidad y de la bondad del hecho o de la omisión, del proyecto que se realiza al instante o del que nunca llega a puerto (4).

(4) B. BENNÀSSAR: *Pensar y vivir moralmente. La actitud samaritana del Pueblo de Dios*, Sal Terrae, Santander, 1988; *El amor, mayor que la fe. Ética de la solidaridad*, PS, Madrid, 1988; *Moral evangélica, moral social. Otra manera de vivir: por un mundo solidario*, Sígueme, Salamanca, 1990.

El detective —contrario a un observador imparcial o espectador neutral—, el profeta, el vigilante se muestra tal a partir y a favor de los desfavorecidos y de los no beneficiados en frente de las marginaciones, desigualdades y exclusiones. El detective detecta o desvela las desgracias (los desgraciados) y revela la gracia.

Mirada «estructural»

Mirada «estructural» enfrente de una mirada o lectura de la realidad únicamente cultural(ista) o, como otros dicen, la única posible: una lectura neocapitalista o neoconservadora. Una mirada o lectura estructural quiere decir valorar la realidad y las medidas teniendo en cuenta la justicia social, el reparto de bienes, las raíces de las desigualdades y de las víctimas, los planes que generan marginación y hambre, las causas que hundan cada vez más a los pobres y a los pueblos empobrecidos.

En la medida en que se abandonan los análisis y las decisiones socio-económicas y político-culturales, que dicen han fracasado, nos vemos más obligados a poner de relieve la referencia y la preferencia por las víctimas de los sistemas. Y —¡cuidado!— que una comunidad de comunicación que no quiera pasar por la comunicación de bienes no será más que un intento de camuflaje o un leve deseo; más bien, un aborto permanente que deberá ser denunciado.

Mirar y escuchar-hablar cuando las palabras son cifras, son necesidades contables; mirar y escuchar-hablar cuando los gritos son de hambre y sed, se traducirá en números, en cantidades, en solidaridad económica y política. Sin embargo, las solidaridades universales no saldrán de los bancos o fondos mundiales o desde las altas instancias. Se harán desde abajo, desde los marginados por y del sistema. Sólo ellos pueden anunciar (y denunciar) cuando el mínimo de justicia cubre las necesidades de todos.

Parece extenderse el velo de una tolerancia indiferente muy peligrosa cuando permite atropellos «intolerables», es decir, la fuerza de los poderosos contra los débiles, el dominio de unos sobre otros, el mantenimiento de las cosas como están. Debemos hablar de «tolerancia preferencial» a favor de los desvalidos que exigen modificar la sociedad injusta y discriminatoria. Esta acción transformadora puede muy bien llamarse de «justa intolerancia». Cuanto mayor es la miseria y el hambre, y más inminente la muerte, se precisa una atención especial, nunca suficiente, para no confundir tolerancia con permisividad (aunque le añadan el adjetivo de «democrática») para privilegios y privilegiados aprovechados de la miseria; y para no confundir tampoco tolerancia con resignación cobarde. El «no», el disenso, es también camino ético. La tolerancia positiva ha de ser intolerante con los obstáculos que entorpecen el camino común de todos, el proyecto de una nueva conciencia humana y de una mayor y real solidaridad.

2. «LA MISERIA DEL MUNDO [NO] ESTÁ A CARGO NUESTRO» (39)

Los países ricos, y los ricos, esgrimen su criterio de actuación: Tenemos que atender a los nuestros, a los próximos, a los que están en vías de desarrollo, a los seguros, a los que nos podrán devolver con creces lo que les hayamos dado. ¿Y a los otros? «La miseria del mundo no está a cargo nuestro», se excusan.

Borrascas y botes salvavidas

Ante el problema del hambre en el mundo y de las desigualdades se presenta de nuevo el símil de las mareas.

Cuando la marea sube, todos los barcos, pequeños y grandes, suben sin excepción. Pero cuando la crisis es de tipo borrasca entonces muchos se hunden, y no precisamente los grandes. Se recuerda también en estas circunstancias la «ética del bote salvavidas».

«En estos botes se encuentran los países ricos, mientras que gran número de los países pobres nadan a su alrededor a la espera de ser rescatados. Si los ricos, motivados por unas ideas demasiado generosas de responsabilidad moral, rescatan a los pobres, todos los botes se hundirán. Su intervención —concluyen—, inspirada por buenas intenciones, es suicida y por tanto “contraria a la ética”. Según los partidarios de esta “ética del bote salvavidas” la ayuda alimenticia, la ayuda al desarrollo y todo el esfuerzo que se hace por la supervivencia de los países pobres, no hacen más que acelerar su crecimiento demográfico y provocarán una catástrofe aún más grave. Mientras que la población de los países pobres crece de forma excesiva para sus recursos, los países ricos deberían preocuparse de asegurar la supervivencia de su propia posteridad» (5).

«Tal actitud, si se llegara a afianzar, sería a la vez indigna y poco perspicaz», sentencia el documento. Todas las personas, dondequiera que se hallen, sobre todo las que poseen medios económicos y tienen autoridad política, deben dejarse constantemente cuestionar por la miseria de los más desamparados y así tener en cuenta los intereses de estos últimos en sus decisiones y en sus acciones.

«Los países más ricos tienen una responsabilidad de primer plano en la reforma de la economía mundial... en la anhelada reforma del comercio internacional... Que las [propias] prioridades no oculten la situación de los desamparados de los países pobres, que carecen casi totalmente de

(5) «Agricultura y nuevo orden», *Revista de Fomento Social*, 145 (1982), pág. 60.

voz en el ámbito internacional. Ellos deben volver a ser el centro de las preocupaciones internacionales...» (39).

De nuevo «la voz», como categoría que despierta todas las responsabilidades. «La razón ética fundante es la razón [derecho] del otro, que pide responsabilidades y descentra nuestro sistema: el de la razón o el derecho establecido, el de la razón no-crítica» (6). Esta voz no se oye, no está presente o no es el centro, entonces no existe ni verdadera «comunidad de comunicación» ni auténtica comunidad cristiana.

La miseria del «mundo» condena la globalización deshumanizante del capital y el FMI y el BM, como dictaduras al servicio de la transnacionalización capitalista. La miseria del «mundo» convoca a la conversión hacia la mundialización humanizadora de las altas instancias políticas (ONU incluida) y de las redes cada vez más internacionales de solidaridad (redes de ONGs). (cf. 51) (7).

A nuestro cargo una economía más humana

Si la miseria del mundo está a cargo nuestro, a nuestro cargo está —es nuestro encargo— una economía más humana orientada hacia el mejor servicio del verdadero bien común, guiada por una visión ética fundada en el valor infinito de cada hombre y de todos. «Una economía que se inspi-

(6) J. M. ARTADI: *Razón económica y razón ética*, Sal Terrae, Santander, 1990, pág. 4.

(7) R. DÍAZ-SALAZAR: *Redes de solidaridad internacional*, Ed. HOAC, Madrid, 1996; B. CUESTA, «Globalización, pobreza y responsabilidad solidaria», *Estudios Filosóficos*, 130 (1996), págs. 453-510; J. R. LÓPEZ DE LA OSA, «Globalización y responsabilidad moral», *Estudios Filosóficos*, 130 (1996), págs. 511-541; M. LACROIX, *El humanicidio. Ensayo de una moral planetaria*, Sal Terrae, Santander, 1995; L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, «Solidaridad e insolidaridad en la sociedad de hoy», *CORINTIOS XIII*, 80 (1996), págs. 47-81.

re en la necesidad de entablar relaciones entre los pueblos sobre la base de un constante intercambio de dones, de una verdadera cultura del dar que debería preparar a todos los países para afrontar las necesidades de los menos favorecidos» (40).

Cuando hablamos de hambre y miseria o de pan y economía a alguien siempre se le ocurre escaparse, amparándose en la parábola del samaritano compasivo. No vale el atajo para escabullirse. No. El samaritano que actúa movido por la misericordia, interioriza el sufrimiento que padece injustamente el otro y le mueve a una re-acción, la de poner remedio, la de brindar su ayuda. Es una actitud fundamental en el inicio del proceso y permanente en el desarrollo del proceso de asistencia y cooperación. Misericordia que supera las llamadas «obras de misericordia» cuando intenta responder a las causas del sufrimiento y que supera la atención sólo al individuo o individuos para combatir las estructuras, «estructuras de pecado» muchas veces denunciadas en el documento, y ponerse al servicio de las «estructuras de bien común». Así la misericordia de hace «historia» y «salvación» cuando se hace eficaz, sin perder misericordia.

Los efectos de toda política económica, negativos o desagradables (des-graciados) sobre el pobre, habrán de ser criterio de corrección, de reorientación, de reforma o de cambio estructural de la economía para conseguir efectos benéficos, agradables, gratificantes para los pobres.

«Dadles vosotros de comer»

Ante los graves retos colectivos del hambre y de las migraciones y ante el mortal retraimiento del compromiso individual y comunitario, escuchamos el grito: «La miseria del mundo está a vuestro cargo», o el imperativo de Jesús: «Dadles vosotros de comer».

Cada «yo» y cada «tú», por pequeños que sean, son inseparables de la esperanza colectiva de pan y de felicidad. Desde este planteamiento, o mejor, este planteamiento nos sitúa ante la página evangélica de la multiplicación de los panes y los peces (Mt 14, 13-21).

La descripción de la situación inicial, y cómo se transforma ésta en el resultado final, pone de relieve el reto y la labor a realizar. A la situación descrita de necesidad, de hambre, de falta de lo necesario, la respuesta que se arbitra es de despedida, de dispersión, de desresponsabilización, de compra individual de alimentos y de gestión individual para la satisfacción de las necesidades (pura y dura economía de mercado): id vosotros a comprar...

La transformación de la situación viene provocada por el contacto directo de Jesús que implica a todo el mundo: 1) Neutralización de la lógica del mercado: «ellos no tienen necesidad de ir», a partir del poder de la compasión y de la ortopraxis; 2) resposabilización sin escapatoria de los discípulos: «dadles vosotros mismos de comer», proponiendo los propios medios de subsistencia; 3) inventario y aportación, de cada uno y entre todos, de lo disponible, aunque sea poco: «cinco panes y dos peces»; 4) instauración de la lógica del don, de compartir soluciones y remedios.

La situación final nos dibuja un surtidor o catarata de disponibilidad y ofrecimientos; de hacerse cargo del vecino y del otro y del de más allá; de inclusión y de corresponsabilidad; de gestión colectiva de las necesidades para compartir aquello de que se dispone; de abundancia y sobra.

Cambio personal y cambio estructural. Del «yo» doy y comparto, a la economía compartida. Por tanto, el primer deber que se destaca es el de la vigilancia y de la reflexión crítica sobre el funcionamiento socio-económico y de los derechos fundamentales. La conversión personal y colectiva deberá afectar al sistema económico: de la economía de mercado a la economía del don. A pequeña y a gran escala.

Sin paternalismos. Contando con los otros, ni que sea un «niño», como recuerda el evangelista. Organizadamente: «que se formasen grupos y que se acomodasen» (8).

¿Cómo «mediar»?

Para colaborar en este «milagro» ha de haber mediadores, hemos de hacer de «mediadores». ¿Cómo?

— Enfrentarnos a los problemas, están ante nosotros. Ni negarlos ni darles la espalda. No quitarles los ojos de encima. Arriesgarse en el diagnóstico. No significa solucionarlos; muchas veces fracasar. Aprender modestamente.

— Reconocer que donde hay problemas, allí también existen soluciones. Los lugares de marginación y las personas y los pueblos afectados por el hambre o la exclusión, con su dignidad y valía, llevan en sí soluciones.

— Hacer de puente para que puedan transitar por nosotros. Hacer de puente significa romper aislamientos, intercomunicar, relacionar, informar, facilitar la confluencia de energías, organizaciones y cooperación. Las organizaciones solidarias (?) a veces buscan más la propia identidad que desvivirse preocupados por los más pequeños y últimos

(8) Cf. A. FOSSION: «Donnez-leur vous-mêmes à manger», *Lumen Vitae* (marzo 1995) 7-17; J. GARCIA ROCA, *Público y privado en la acción social. Del Estado de Bienestar al Estado Social*, Ed. Popular, Madrid, 1992; J. GARCÍA ROCA, «El Tercer Sector», *Documentación Social* 103 (1996), 11-35; J. HERNÁNDEZ PICO, «La nueva sociedad que queremos», *Páginas* 142 (1996), 49-62; M. VIDAL, «Una ética económica fundamental», *Páginas* 142 (1996), 63-73; J. I. CALLEJA, «Ejes ético—sociales de la caridad política», *CORINTIOS XIII* 79 (1996), 127-159; I. CAMACHO, «Economía alternativa en el sistema capitalista», *Revista de Fomento Social*, 51 (1996), 319-340; E. VILANOVA-R. VILANOVA, *Las otras empresas. Experiencias de economía alternativa en el Estado español*, Talasa, Madrid, 1996.

(que es su misión); preocupación que ayudaría a superar las luchas por la identidad (¿Qué identidad? ¿Es la misma!). Cooperación, colaboración, responsabilidad común frente a caudillismos y mesianismos, frente a resignación y pasividad. Ampliar el «nosotros».

— Multiplicar la proximidad local, capilar («Pensar globalmente y actuar localmente»), la relación delicada y cálida. Buscar soluciones (la solución no existe), con adaptación y flexibilidad, desde la perplejidad (9), «como un hombre cualquiera» (Fil 2,7).

— Practicar las tres eses de la sobriedad, la sencillez y la solidaridad.

— Responder en los contextos actuales a las preguntas esenciales del Evangelio: ¿Quién es mi prójimo? (Lc 10,29); ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, etc.? (Mt 25,44 y ss); ¿dónde habitas? (Jn 1,38). El Señor nos precede a estas preguntas-cuestiones siempre y nos dice: «Venid y lo veréis» (Jn 1,39) (10).

3. «LA SOLIDARIDAD ES FRUTO DE LA DETERMINACIÓN DE LOS PUEBLOS Y DE LOS ESTADOS» (43)

Poder civil y poder estatal

Los países desarrollados se propusieron y han reafirmado su compromiso de alcanzar el 0,7 % del PIB para la asistencia oficial para el desarrollo (AOD). ¿Qué lejos todavía!

(9) Cf. J. GARCÍA ROCA, «El Tercer y el Cuarto Mundo; apelaciones y oportunidades», *Confer XXXV*, núm. 133 (1996), 55-67; A. CHÉRCOLES, «Desafíos del Tercer y Cuarto Mundo a nuestra vida y espiritualidad», *Confer XXXV*, núm.133 (1996) 127-139.

(10) Cf. P. SUESS, «La disputa sobre la inculturación, normatividad eclesial y relevancia socio-política», *Misiones*, 148-149 (1995), 492.

¡Cuántos mecanismos inhibidores de las verdaderas reformas y del desarrollo del bien común! Habrá que ir rompiendo estas trabas con una mayor influencia en la opinión pública, y de ésta sobre los responsables políticos, y con una mejor formación de las conciencias sobre la responsabilidad, que incumbe a todos y a cada uno, especialmente a los más favorecidos, sobre el cambio de mentalidad y de modos de vida en relación a los recursos y a los bienes, a los deseos y a las necesidades.

La sociedad civil con su poder social es vanguardia consciente y motora de la retaguardia estatal en la dirección de la solidaridad. Una solidaridad que implica todas las dimensiones del ser humano y que pretende ser radical, llegando a las raíces y causas; universal, pero preferente para los países más empobrecidos; recíproca y cooperadora, autocrítica y crítica para que no se produzcan ni reproduzcan modelos periclitados, inservibles o contraproducentes.

Criterios éticos para la solidaridad

Recordemos unos criterios éticos para esta educación de la conciencia y algunas pistas terapéuticas y derivaciones prácticas.

— *Del «nosotros» al «los otros» todos. Solidaridad humana de inclusión.* Cualquier pensamiento solidario reclama tomar en serio la pertenencia a una sola Humanidad («¿Estos? ¿Acaso son hombres?») y sentir como propias las injusticias y las violaciones, el hambre y la miseria, se den donde se den. Los otros nos liberan del individualismo y de la cerrazón.

— *De «nuestras ganancias» a «sus necesidades».* Solidaridad económico-social de reparto. El consumismo nos trastoca hasta pensar que la felicidad está en la producción ilimitada de bienes, bienes inútiles muchísimas veces. Esto es,

pasteles en vez de pan, bebidas etiquetadas en lugar de agua para todos. Tener, producir, consumir. Posesión, competencia, insolidaridad, insatisfacción y violencia. Ansia, codicia, corrupción. Antes se corrompían los alimentos; ahora éstos se congelan y duran y nos corrompemos las personas (37).

Somos Epulones que ni las migajas dejamos para los Lázaros, o justo las migajas para mantenerlos debajo de la mesa. Pasar del criterio: doy según mi economía al doy según tus necesidades, implica reformas del sistema internacional de comercio, del sistema financiero y monetario mundial y de las organizaciones internacionales.

Hacernos daño no engañando ni emmascarando la realidad ni los nombres: «¡son unos insensatos!». No, «¡son hambrientos!». Sentir vergüenza de nuestras bolsas de basura y de nuestros contenedores. Hacer durar más las cosas (ropas, utensilios, etc.) y dar el dinero que hubiéramos gastado para renovar el armario o la cocina. Ser sensibles al lujo, despilfarro y derroche, siempre injusticia y, en tiempo de hambre, también robo y asesinato (?). Contentarse, autolimitarse en necesidades y satisfacciones. Redimensionar (reconvertir) las expectativas de bienestar propio. Etcétera.

— De «la tierra es mía» a «la tierra es de todos». Solidaridad cósmica de responsabilidad. Los derechos de la tierra garantizan los derechos del hombre, del presente y de las generaciones futuras. Al consumir más, matamos los elementos básicos para la vida de todos y nos consumimos a nosotros mismos.

Los bienes de la tierra —también los producidos por la actividad humana— son beneficio para y de todos. Todos los pueblos tienen derecho a acceder a estos beneficios naturales, intelectuales, tecnológicos, necesarios para el desarrollo integral. Solidaridad significa conciencia y aceptación de la responsabilidad en el desarrollo de todos y en la protección del medio ambiente en cualquier lugar del universo.

Ayuno y abstinencia, para que otros puedan desayunar y tener lo necesario, es negarse a seguir el ídolo del consumo y de la publicidad, es negarse a obedecer las leyes del mercado devorador insaciable, es negarse a esquilmar y a comprar todo lo que veo por comprar, a gastar toda la energía que tengo... Ser selectivos en el consumo al estilo de la campaña: «Comercio solidario, consumo responsable», y comprar en las tiendas solidarias. Ayunar, pues de lo contrario «todo», cualquier banalidad, llega a ser «necesario». Ayunar para atender al hambriento actual y a los que van llegando a este «su» mundo (11).

4. «LA AYUDA NO VINCULADA DA REALMENTE MEJORES RESULTADOS» (44)

Las ayudas y su distribución, condicionadas y vinculadas a obligaciones que benefician al país «donante», son objeto de crítica. Más parece una autoayuda puenteada o pasada por el país receptor.

El criterio claro o test para evaluar si la ayuda es verdaderamente solidaria es el siguiente: «La ayuda (de urgencia) debe contribuir a liberar a las poblaciones de la dependencia» (46). Incluso cabe cuestionar si tal ayuda alimentaria es humanitaria, incentivadora o frenadora del desarrollo, si es

(11) Sobre la problemática de la solidaridad, cf. «Solidarios con el Sur», *Misiones* 157-158, (1997), con artículos de J. GARCÍA ROCA, Colectivo Iqbal Mashib, Mbuyi KABUNDA BADI, J. SOBRINO, R. PIÑEIRO y otros; J. GARCÍA ROCA, *Solidaridad y voluntariado*, Sal Terrae, Santander 1994; J. GARCÍA ROCA, «Creciendo en solidaridad con los empobrecidos», *Almogaren* 19 (1996), 95-116; I. ZUBERO, *Las nuevas condiciones de la solidaridad*, DDB, Bilbao, 1994; M. VIDAL, *Para comprender la solidaridad*, Verbo Divino, Estella, 1996; «Hacia una cultura de la solidaridad», *CORINTIOS XIII* 75 (1995); C. GINER DE GRADO, «La solidaridad como fundamento ético del Tercer Sector», *Documentación Social* 103 (1996), 53-68.

o no arma comercial que desestabiliza la producción y crea dependencia (cf. 45). No son suficientes operaciones de ayuda. Se precisa una ética de la solidaridad en Gobiernos y en instituciones privadas. Pero, ¿cómo colaborar unos y otras en el servicio real al hambriento? Urge que los pueblos empobrecidos se yerguen y se construyan como sujetos que cambien sus políticas y economías.

Injerencia humanitaria y embargo alimentario

Cabe reflexionar sobre la ayuda o injerencia humanitaria y el embargo alimentario. La ayuda y la presencia humanitaria es más rápida de parte de instituciones eclesiales y de las ONGs; lenta o inexistente por parte de los Estados. La ONU muchas veces se manifiesta indecisa, ambigua, ¿inservible?, por su tardanza, objetivos y métodos.

¿El concepto de «injerencia humanitaria» encubre una intervención militar? En unos lugares (Irak, Cuba, etc.) se usa el embargo «humanitario», por la vía del comercio o del petróleo, que en el fondo es embargo de alimentos y medicinas, para encerrar por el hambre y las enfermedades de millares de ciudadanos un régimen dictatorial. Embargo ciertamente inhumano, aunque se pretenda un fin perseguible y positivo.

En otros lugares (Somalia, Zaire, etc.) se habla de injerencia «humanitaria» que, junto con la ayuda básica alimentaria y sanitaria, significa presencia de soldados y de armas para imponer desde fuera una solución o para dejar igual o peor el país. Injerencia también inhumana.

Al parecer los humanos no sabemos tomar las medidas adecuadas. Donde se quiera imponer el embargo que sea embargo de armas e injerencia de alimentos y medicinas; donde se imponga la injerencia humanitaria de alimentos, que haya embargo de soldados, de armas y de soluciones

importadas. La injerencia humanitaria debería impulsar siempre soluciones políticas y económicas propias.

Impulso a las soluciones políticas y económicas propias

Combatir la violencia y los atropellos, el hambre y la miseria, pasa por la acción política. No pretendo restar valor a las mil formas de altruismo y humanitarismo (12). Conviene sin embargo recordar las contradicciones y los límites de la acción humanitaria (Bosnia, Somalia, Liberia, etc.). La intervención humanitaria, estrictamente asistencial, estimulada por la presencia televisiva de las tragedias, ha dado unos resultados «espectaculares», pero frustrantes. La liturgia humanitaria ha arrinconado el deber de humanidad (R. Backman, periodista especializado en cuestiones del Tercer Mundo). La acción humanitaria no puede sustituir la iniciativa política.

Ni el embargo ni la injerencia serán humanitarias ni humanizadoras ni justas mientras el FMI y el BM y la ONU no sean «humanas» (13). Es el nudo de la cuestión y de muchas cuestiones. Juan Pablo II recuerda que hay que estar atentos para procurar que la generosidad no se convierta rápidamente en la justicia de los vencedores o que no esconda segundas intenciones hegemónicas, que razona en términos de esferas de influencia, de monopolios o de reconquista de mercados.

El Derecho Internacional ha sido durante mucho tiempo un derecho de la guerra y de la paz. Está llamado a ser ex-

(12) Editorial, «El fetichismo de lo humanitario», *Razón y Fe* 1179 (1997), 16-21; P. AZUA, «Las ONG, ¿un tercer sector? Mito o realidad», *Documentación Social* 103 (1996), 281-290.

(13) *Cristianisme i Justícia*, «Gendarmes o motors de l'economia?», núm. 60, Barcelona 1994.

clusivamente un derecho de la paz concebida en función de la justicia y de la solidaridad. En este contexto la moral ha de fecundar el derecho ejerciendo una función de anticipación sobre el derecho en la medida que le señala la dirección de lo justo y de lo bueno (14).

Contra el hambre, seguridad alimentaria

No olvidemos que del pastel de la tierra todos podemos alimentarnos. Para ello urge un cambio espiritual-moral y educativo: la sabiduría del deseo compartido (cuando todos deseamos tenerlo todo), la renuncia juiciosa (cuando queremos tener dos y tres y más cosas no necesarias), la revisión de la codicia y de la rapiña que los países ricos cometemos en el comercio mundial con los países pobres... Sin este elemento reestructurador económico-espiritual no habrá cambio humanizador. Hoy desde los escenarios más materiales de la economía nos invitan a un cambio espiritual y ético... para seguir ganando. Cuidado, pues sin distribución económica no vivirá ni el espíritu evangélico ni ninguna clase de ética humana.

No profesamos un optimismo ingenuo sin esperanza que profesan aquellos que lo tienen todo a mano; mas bien profesamos un cierto pesimismo esperanzado, el de los empobrecidos y hambrientos que luchan por su liberación. ¿Una lucha utópica? Vale decir: «¡Hay mucho por hacer!» No vale afirmar: «Porque hay mucho por hacer, no hay nada que hacer.» «En la lucha el fracaso es el fracaso del éxito, no el fracaso del hombre» (Blai BONET).

Contra el hambre, seguridad alimentaria: que todos en todo momento tengan acceso a los alimentos necesarios

(14) Cf. Discurso al Cuerpo Diplomático 13 de enero 1997; *L'Osservatore Romano*, 13-14 enero 1997.

para llevar una vida sana y activa (47). La alimentación es un derecho humano fundamental. Para ello dar prioridad a la producción local con todo lo que conlleva (48), aplicar efectivamente las reformas agrarias, la tenencia de la tierra (49), aportar y compartir ciencia, técnica y educación aprovechando siempre lo autóctono (50) y controlar los mercados, el Mercado (15).

(15) Cf. «Cooperación para el desarrollo y solidaridad internacional», *Iglesia Viva* 184-185 (1996); J. MO SUNG, «Teología y economía», *Nueva Utopía*, Madrid, 1996; «¿Fuera del mercado no hay salvación?», *Concilium* 270 (1997); H. ASSMANN, «Les fal·làcies religioses del mercat», *Cristianisme i Justícia*, Barcelona, 1997.

LA IGLESIA ANTE EL HAMBRE EN EL MUNDO, EN EL JUBILEO DEL AÑO 2000

MONSEÑOR JOSÉ V. EGUIGUREN S.

Las páginas que siguen intentan ser una clave de lectura del documento «El hambre en el mundo», a la luz del Jubileo del año 2000. Una lectura para cristianos y hombres de buena voluntad que aceptan a Jesucristo como redentor y cabeza de todo el Universo (*).

UN PROBLEMA DE MORAL

He visto la humillación de mi pueblo... he escuchado sus gritos... yo conozco sus sufrimientos (Ex. 3. 7.)

El hombre se ha alejado de Dios..., Satanás lo ha engañado persuadiéndolo de ser Dios... gobernando el mundo a su arbitrio, sin contar con la voluntad divina (TMA 7.)

Las estructuras de pecado-conjunto de lugares y circunstancias caracterizadas por costumbres perversas... realizan una desviación contagiosa hacia fines particulares y esterilizantes de los dones de la tierra destinados a todos (HM 25.)

El hambre es un problema ético, expresión cruel de la pobreza. Es el resultado, no de fuerzas ciegas e incontrolables

(*) A más de la siglas bíblicas, por todos conocidas, utilizo las siguientes:

TMA: Tercio Millennio Adveniente.

HM: «El hambre en el mundo», Consejo Pontificio COR UNUM.

de la Naturaleza o de la economía o de condiciones de raza y de geografía, sino del egoísmo y de la arbitrariedad de quienes gobiernan la Creación al margen de la voluntad de su Autor.

Pero, ¿existe la convicción de que este mal, de proporciones gigantescas y el más lacerante flagelo del siglo, es pecado y pecado grave? El clamor de los pobres que llega al cielo ¿es acaso escuchado por los hombres, sobre todo por quienes detectan el poder de suprimirlo? Las instancias internacionales que dictan a las naciones las reglas de juego de sus economías ¿desean sinceramente al menos disminuir los efectos de esta lacra social?

Nadie hoy se atrevería a decir con el sacerdote Lhande, en su sermón del 3 de marzo de 1929: «Ya no hay pobres. El progreso de la economía, de la sociología, de la ciencia, los sistemas de hábitat, el aumento de salarios, los sistemas de seguridad social me hacen declarar que ya no hay pobres» (R. PUCHEU, *VI Colloque*, Fondation Rodhain, Lourdes, Nov. 1990).

Nadie diría esto, pero sí con el ábate Robinot, «la sociedad supone necesariamente la desigualdad de fortuna» (MIGNE, *Orateurs sacres*, 76.946). Las teorías económicas en boga coinciden fatalmente con esta afirmación.

Los Obispos latinoamericanos, en sus tres grandes documentos fruto de las asambleas de Medellín, Puebla y Santo Domingo, son conscientes de esta pérdida del sentido de pecado y por eso insisten en calificar la pobreza como injusticia que clama al cielo.

La miseria colectiva es una injusticia que clama al cielo... Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, la Tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos, de modo que los bienes creados puedan llegar a todos (Cf. Medellín, Justicia).

Vemos a la luz de la fe, como escándalo y contradicción del ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra las gran-

des masas. Esto es contrario al Plan de Dios y al honor que se les debe (Cf. Puebla, 28).

La infrahumana pobreza expresada en hambre, desnutrición, mortalidad infantil, vivienda inadecuada, enfermedad, salarios de hambre, desempleo y subempleo, es el más devastador y humillante flagelo cuya profunda causa es el misterio de pecado (Cf. Puebla, 28, 29 y 70).

En un pueblo de arraigada fe cristiana se han impuesto las estructuras de injusticia, los cristianos no han sabido encontrar en la fe la fuerza necesaria para penetrar los criterios y las decisiones de los líderes y las organizaciones económicas y políticas (Cf. Santo Domingo, 161).

Hambre, pobreza extrema, pecado social que toca a todos, aún a sus propias víctimas. Juan Pablo II enseñaba a los moradores de los pueblos jóvenes (villas miseria) de Lima que es grande la dignidad de un pobre y que por eso «Dios no quiere que permanezcan en una pobreza que humilla y degrada». «No digáis— repetía en las favelas de Salvador de Bahía (7-70-1980)— que es voluntad de Dios que permanezcáis en una situación de pobreza y enfermedad, en una vivienda contraria a vuestra dignidad de personas. No digáis que es Dios quien lo quiere.»

La pobreza es un problema ético que concierne también a la Iglesia, a su Jerarquía y estructuras. Jesús, dicen los obispos en Santo Domingo, «siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza» (2 Cor. 8.9). Él nos desafía a dar testimonio auténtico de pobreza evangélica, en nuestro estilo de vida y en nuestras estructuras eclesiales (Cf. Santo Domingo, 178).

QUE TODOS TENGAN A CRISTO POR CABEZA

Que todo tenga a Cristo por cabeza, lo que está en el cielo y lo que está en la tierra (Ef. 1.10).

El Verbo, engendrado eternamente y eternamente amado por el Padre, Dios de Dios y Luz de Luz, es el principio y arquetipo de todas las cosas creadas.

Gracias al Verbo el mundo de las creaturas se presenta como cosmos, es decir, universo ordenado (TMA. 3).

Dios quiere devolver al hombre la Creación y, gracias a Cristo Redentor, ayudarle a cultivar y cuidar el huerto (Gn. 2.15), evitando que se torne un erial y que alguien quede excluido (HM. 56).

La encarnación del Hijo de Dios no es sólo un hecho del pasado ni mero recuerdo piadoso. Dios se encarna en cada momento de la historia y el Verbo es hoy como ayer y siempre «cabeza de todos los seres».

Ser cabeza de la Humanidad enferma de pecado, de un cosmos desordenado, expresa la hondura del amor de Dios, que en la encarnación asume la condición de siervo para desde dentro de ella hacer nuevas todas las cosas. A primera vista aburrida, la genealogía de Jesucristo según San Mateo, revela dramáticamente este misterio. MARTÍN DESCALZO, en su *Vida de Jesús*, y recientemente el jesuita Carlos IGNACIO GONZÁLEZ han escrito sobre el tema inspiradas páginas.

Son antecesores de Jesús, Salomón, rey idólatra, avaro y mujeriego; Ajab, marido déspota de Jezabel —los perros lamieron su sangre y en ella se bañaron las prostitutas—; Acaz, el idólatra; Ruth y Rahab, las mujeres paganas que anuncian la universalidad de la salvación. Y algunos buenos, Abraham, el padre de la fe; Isaac y Jacob, los patriarcas; Ezequías, el gran reconstructor; Josías, que hizo el bien en la presencia del Señor.

Contrasta tanto dramatismo con la atmósfera de alegría de los dos primeros capítulos del Evangelio de Lucas: los ángeles, pastores y magos, Simeón y Ana saltan de júbilo. Una luz grande ilumina el proyecto de Dios «para transformar el mundo, la historia, el mal, el pecado, llenando esa miseria con amor» (C.I. GONZÁLEZ, obra citada). «Buscando al hombre a través del

Hijo, Dios quiere inducirlo a abandonar el mal, en el que tiende a adentrarse cada vez más. Hacerle abandonar ese camino quiere decir hacerle comprender que se halla en una vía equivocada; quiere decir derrotar el mal extendido por la historia humana. Derrotar el mal: esto es la Redención (TMA. 7).

¿Valió la pena? ¿Qué ha cambiado? ¿No siguen las cosas igual? San Justino se hacía la misma pregunta para concluir que sí, que valió la pena echar la semilla —que es Cristo—. Que donde quiera que brilla luz, por débil que sea, ahí está Él, removiendo los obstáculos que separan al hombre del Bien. Este Dios cercano y liberador exige a los redimidos dignidad y responsabilidad, los anima a inventar caminos de progreso (creación) y de justicia (redención) y a reescribir cada día el Evangelio del Año de Gracia de Dios.

Para entender la Encarnación hace falta el desierto, la cálida soledad interior; abrasarse en la llama de amor eterno y adentrarse en la tierra santa de las bienaventuranzas.

ERRORES DEL PASADO

Clama la sangre de tu hermano y su grito me llega desde la tierra (Gn. 4.10).

Es justo que mientras el segundo milenio de cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva, el pecado de sus hijos, recordando todas las circunstancias en que a lo largo de la historia se han alejado del Espíritu de Cristo (TMA. 33).

Para responder al desafío del hambre es necesario enfocar sus verdaderas causas (HM. 4).

Entre el 10 y el 12 de octubre de 1984, Juan Pablo II realizó un viaje misionero con etapas en Zaragoza, Santo Domingo y San Juan de Puerto Rico, para inaugurar la novena de años preparatorios a la celebración del 500 aniversario de la Evangelización en América. Con esta ocasión, en doce intervenciones, hace una lectura de la historia latinoamericana des-

de la perspectiva de la evangelización. Llama la atención las numerosas veces que alude a los errores del pasado y su insistencia en la necesidad de la «autoconciencia» de los cristianos, de la «lúcida visión de los orígenes y de las actuaciones» como prueba de madurez eclesial y principio de conversión.

Los errores del pasado que el Papa descubre no difieren mucho de los de hoy. Si bien, cambian factores y circunstancias, ahí están el innoble nivel de vida, la marginación, el maltrato y la explotación, la injusta apropiación de la tierra, el irrespeto a costumbres y tradiciones de los aborígenes, la extrema diferencia social y económica.

El corazón de piedra de los conquistadores y encomenderos de ayer, en los que anidaron estos pecados que el Papa descubre, no es peor que el de tantos cristianos de hoy. Qué similitud grande tiene el famoso sermón de Fray Antonio de Montesinos, en el Adviento de 1511, en la Isla Española con el mensaje de Juan Pablo a los indígenas en Oaxaca, México, el 21 de enero de 1979:

Montesinos: «Todos estáis en pecado mortal. Éstos, ¿no son hombres?, ¿no tienen ánimas racionales?, ¿no sois obligados a amarlos como a vosotros mismos?»

El Papa: «Responsables de los pueblos, clases poderosas, que tenéis improductivas las tierras, que escondéis el pan que a tantas familias falta, la conciencia humana, la conciencia de los pueblos, el grito del desvalido, y sobre todo la voz de Dios, la voz de la Iglesia, OS repiten conmigo: no es justo, no es humano, no es cristiano continuar con ciertas situaciones claramente injustas.»

Errores similares los que pone en evidencia el Consejo Cor Unum en su documento y a los que inculpa de ser causa del hambre: comportamientos deplorables, ansia desordenada de dinero, poder y fama, prioridad del beneficio personal sobre el bien común, pérdida del sentido de servicio a la comunidad, insanas costumbres alimenticias (Cf. HM. 10).

El hambre ha acompañado a la Humanidad desde sus orígenes y en ocasiones con dramáticas manifestaciones: las hambrunas en la Edad Media y en este último medio siglo en numerosos países de África, recuérdese el Sahel, Biafra, Eritrea, Sudán, Ruanda... Hasta hace algunos años no era asunto que interesara mayormente. El hambre, la miseria estaban ahí, como parte del paisaje, eso era todo.

En los últimos años, diversos organismos internacionales, las ONG, católicas muchas de ellas, los misioneros y estudiosos de las culturas, han denunciado con mayor fuerza este escándalo de nuestro siglo. Los medios de comunicación se han encargado de ampliar los informes y gracias a su notable desarrollo han hecho evidente el fenómeno acercándolo al Primer Mundo, metiéndolo en sus casas.

El hambre es presentado como fenómeno ecológico, político y económico, originado en la subproductividad; la subvaloración del trabajo y de los productos que los pobres venden; la desigualdad de oportunidades para acceder a la cultura, a la tecnología y al dinero; la carencia de poder y de espacios de participación de los pobres, las políticas agrícolas equivocadas e injustas, los atentados contra el medio ambiente, las equivocadas e irresponsables políticas económicas y sociales de los gobiernos...

Es un mal que afecta a los grupos más débiles y desprotegidos: niños abandonados, madres con hogares incompletos, ancianos, comunidades aborígenes, migrantes y desplazados.

El número de pobres, contra lo esperado, sigue creciendo; 550 millones viven en extrema pobreza. En América Latina, la curva de crecimiento en números absolutos es por lo menos preocupante: 1960, 110 millones; 1985, 165 millones; 1990, 204 millones...

Otra novedad, la pobreza que Europa había trabajosamente, si no exterminado, sí disminuido sensiblemente, vuelve a tocar sus puertas. «Los pobres en Europa son legión», decía en Lucerna un grupo de trabajo de Cáritas.

Aparecen nuevos pobres, resultado de la conjunción de una triple crisis: económica, moral y del Estado de bienestar. Ellas se confabulan para engendrar desempleo, economía informal, inseguridad social y corrupción moral.

La pobreza sienta sus reales en la ciudad, siempre estuvo ahí, pero no con la magnitud de hoy. El éxodo del campo, los desplazamientos forzados, el centralismo, producen un crecimiento desordenado y enfermizo. Los grandes centros urbanos del Tercer Mundo se convierten en la anticuidad.

Dato también nuevo es el empuje de la pobreza sobre los estratos medios. Países que hasta la década de los 70 mostraban una clase social media, dinámica y participativa, constatan el deslizamiento de esta franja de población por debajo de la línea de pobreza. Nacen así sectores pobres no marginados, en el sentido tradicional del término. Son «pobres recientes» que crecieron en condiciones normales de salud, mantienen una vivienda relativamente digna, recibieron una educación aceptable. En principio —a causa de su educación— estarían en condiciones de superar la pobreza si se les presentara la oportunidad de reciclarse en el mercado de trabajo. Sin embargo, igual que los pobres crónicos, están sometidos a graves presiones víctimas del proceso de reproducción de la pobreza. Todo su tiempo lo dedican a sobrevivir y ante la falta de oportunidades crece su amargura y frustración.

LOS RETOS DEL PRESENTE

«Nuestra salvación es en esperanza» (Rom. 8.24).

Los jubileos aluden a la misión mesiánica de Cristo, venido como «consagrado por la unción» del Espíritu Santo, como «enviado del Padre». Él es quien anuncia la buena noticia a los pobres, quien trae la libertad a los privados de ella, devuelve la vista a los ciegos (Mt. 11.4.5; Lc. 7.22). De este modo realiza «un año de la gracia del Señor» (TMA. 11).

Si las causas del hambre son de orden moral, que supera todas las causas físicas, estructurales y culturales, los desafíos son de esa misma naturaleza moral (HM. 22).

ANUNCIAR LA BUENA NOTICIA

En Israel, el sacerdote era el hombre del rito, de la ley, anclado en el pasado. El profeta, si bien arraigado en la cultura e historia de su pueblo, es el hombre del presente. Su misión es comunicar a los hombres de su tiempo la palabra, las buenas noticias, la voluntad de Dios.

El profeta no es un adivino, no lee el porvenir en los astros, su lectura no es evasiva, no narra fábulas, dice tan sólo la verdad que le es comunicada, por eso su vida no es tranquila. Los poderosos se enfrentan con él como lo hicieron con Juan el Bautista y con los profetas que le antecedieron.

Cor Unum sabe que su documento será visto con ironía pero debe decir la verdad: «alimenta al que tiene hambre porque si no lo alimentas lo matas» (GS 69). Se enfrenta así con el mundo de la economía, frío, egoísta, insensible y que con frecuencia rechaza el dominio de la ética o inventa una moral a su servicio.

El discernimiento es una obligación ineludible para todos, con mayor razón para los cristianos. Pablo VI recomienda a las comunidades «analizar con objetividad la situación propia del país, esclarecerla mediante la luz inalterable del Evangelio, deducir principios de reflexión, normas de juicio y directrices de acción» (OA 4).

ANUNCIAR LA BUENA NOTICIA A LOS POBRES

El cristianismo no tiene como ideal la pobreza en términos de carencia de bienes, al contrario, es un mal contra el

que hay que luchar. No es tampoco aceptable idealizar a la primera comunidad cristiana de la que habla el Libro de los Hechos y hacerla «una Iglesia de pobres».

El ideal que Lucas propone no es el de la pobreza o el sufrimiento, ni menos un modelo de sociedad comunista. El evangelista enseña, sencillamente, el ideal de la caridad fraterna, inspirado en el tema de la amistad griega que le era familiar.

Cuando Jesús habla de los pobres ciertamente está pensando en los necesitados, incapaces de procurarse por sí mismos lo necesario para vivir. ¿Por qué se declara dichosos a estos los pobres? Jacques Dupont intenta una respuesta: Los pobres son dichosos porque tienen a Dios por rey. El rey ideal en el Antiguo Testamento es el que asegura la libertad frente a pueblos extranjeros y la justicia a sus súbditos. ¿En qué consiste esa justicia? Sabían entonces los israelitas, como lo sabemos hoy, que no todos los ciudadanos son, en la práctica, iguales ante la Ley, que los poderosos tienen la tendencia a explotar y oprimir al débil. Es aquí donde interviene la justicia real: el buen rey hace respetar los derechos de la viuda, del huérfano, del extranjero:

«Dios mío confía tu justicia al rey para que rija al pueblo con justicia, a tus humildes con rectitud.

Que él defienda a los humildes del pueblo, socorra a los hijos del pobre». (Salmo 72.)

Jesús proclama que Dios ha decidido establecer su reino, manifestar su poder real. Ejercerá su poder en favor de los pobres y pequeños, será su protector, por eso serán felices (Cf. DUPONT, *Mensaje de las Bienaventuranzas*, Verbo Divino, Cuadernos Bíblicos, núm. 24).

Felices también los que elijan ser pobres para salvar a los pobres, son los anawin del Antiguo Testamento, los que optaron por Dios, la libertad interior, la esperanza y desecharon el miedo y el fatalismo.

El pobre de espíritu, pobre de Yahvé, no se define por una ideología, sino por su fe en Dios; no sacraliza la miseria, que sabe es producto del pecado. Ninguna condición económica es decisiva para la salvación. Ser pobre, según el Evangelio, es ser libre del poder y del tener, gozar de capacidad crítica.

DAR LIBERTAD A LOS PRIVADOS DE ELLA

Hoy el término libertad evoca ausencia de coacción ilegítima o inmoral. La liberación consiste en la supresión de los obstáculos que impiden el ejercicio de la libertad.

En el hebreo bíblico no hay un término que exprese correctamente este concepto moderno y sólo encontramos nociones periféricas, como poner a salvo, recuperar la posesión de algo, desligarse de una tutela opresora.

Juan (8.32-36) proclama que es la verdad la que libera. Sus interlocutores piensan que se refiere a la liberación jurídica de los esclavos y Jesús debe precisar que se trata de una libertad espiritual. El que comete pecado es esclavo del pecado.

La Creación es el triunfo de la armonía, la Redención un acto liberador de Dios que salva al universo del caos, libera al hombre de fatalismos para que de la servidumbre pase al servicio y al dominio del mundo bajo el Señorío de Dios.

Cuando el hombre se revela contra esta orden, cuando pretende ser Dios y por tanto reniega de su condición de hombre, se encierra en sí mismo, sus relaciones no se basan en el «reconocimiento» sino en el «egoísmo».

La liberación pasa por la conversión como retorno a Dios. «Os purificaré, dice el Señor, de todas vuestras impurezas e idolatrías. Os daré un corazón nuevo y os infundiré un espíritu nuevo, os arrancaré el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Infundiré mi espíritu en vosotros

y haré que viváis según mis mandamientos, observando y guardando mis leyes» (Ez. 36, 25-27).

La Tertio Milenio Adveniente (núm. 50) insiste en la conversión, como camino de justicia y «exigencia imprescindible del amor cristiano en la sociedad actual, donde con frecuencia parecen desvanecerse los fundamentos mismos de una visión ética de la existencia humana» (TMA 50).

ANUNCIAR UN AÑO DE LA GRACIA DEL SEÑOR

Para los israelitas los años sabáticos y jubilares son un tiempo de gracia para tornar al proyecto original de Dios: que el hombre domine todas las cosas y él mismo se someta a Dios y le de gloria.

Para la encíclica *Rerum Novarum* la cuestión social consiste en la relación obrero-patronal, trabajo-capital. El gran avance de la Doctrina Social de la Iglesia es pasar de lo circunstancial a lo fundamental, sin olvidar la circunstancia a la que se debe dar respuestas concretas. Lo fundamental es el fin de lo creado, la armonía de personas, cosas y dones de Dios: no sólo la riqueza material, sino también la cultura, la salud, la capacidad de amar puestos al servicio de todos.

El mundo de los hombres no es ajeno ni menos aún contrario al espíritu. La originalidad del pensamiento católico actual está en afirmar que lo profano no es extraño a la vida teologal, mucho más cuando el Hijo de Dios ha plantado su tienda entre nosotros.

El cristiano debe cumplir en el contexto de la vida terrena sus tareas y responsabilidades, en el mundo está cerca de Dios. Cuando la Iglesia se ocupa de problemas mundanos no lo hace como quien da una mirada condescendiente a los bajos fondos de un mundo extraño. Cristo, el Señor, no vino al mundo como forastero, «vino a los suyos».

«Así, el sentido de la economía humana se revela plenamente: posibilidad para el hombre y para todos los hombres de cultivar la tierra, de vivir de la tierra donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo» (HM. 56).

ECONOMÍA SOLIDARIA

Él, siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (2, Cor. 8.9.)

Hay que buscar soluciones a nivel mundial instaurando una verdadera economía de comunión y participación.

(Juan Pablo II, 12-10-92)

El año jubilar debía devolver la igualdad a todos los hijos de Israel, abriendo nuevas posibilidades a las familias que habían perdido sus propiedades (TMA. 13).

Una convocatoria a la coparticipación, a la caridad activa. La solución de la cuestión social exige la colaboración de todos (HM. 59).

Al primer entusiasmo que despertó en Santo Domingo la convocatoria del Papa a una «economía de comunión y participación (12-10-1992) siguió la natural perplejidad: ¿como pasar de la palabra a los hechos?

La misma Asamblea de los Obispos de América Latina que recibió el mensaje pontificio apenas si introdujo al respecto una vaga referencia: A la expresión de la fe compartida sigue la necesidad de la comunicación cristiana de bienes, primer paso para una economía de solidaridad (SD. 102). No era intención del Pontífice que la economía de solidaridad quedara —aún a fuer de testimonio— en el ámbito eclesial, lo que el Papa propone son soluciones a nivel mundial y nacional que comprometen los núcleos vitales de la economía.

Si la caída del «muro» dio un respiro a los países sometidos a insanas esclavitudes, no dejó de complicar las cosas. El neoliberalismo, sólo en el escenario, logró ciertamente notables triunfos en el manejo de la macroeconomía, venció al Estado providente abriendo las puertas a la economía de mercado y a la modernización. Pero en este mundo nuevo los no productivos se quedaron sin espacio, son las masas sobrantes.

Aquí nada tienen que hacer los niños de la calle, los minusválidos, los ancianos, los desempleados. El axioma es este: «el hombre en vano reclama la condescendencia de sus semejantes, la conseguirá con mayor seguridad interesando en su favor el egoísmo de los otros. (Adam SMITH, *Investigaciones sobre la Naturaleza*, H. Deleek, Droit Social, París, 11-11-79).

Sin definir aún los elementos constitutivos de la economía de solidaridad, el documento de Cor Unum logra una interesante aproximación y sitúa acertadamente el tema en el ámbito de la economía global. Propone reformas para el poder público, los partidos políticos, la educación, el comercio internacional, la producción, transformación y comercialización de los productos agrícolas.

«Buscar e implementar modelos socioeconómicos que conjuguen la libre iniciativa, la creatividad de personas y grupos con la función moderadora del Estado» es el desafío para estudiosos políticos y dirigentes de la hora presente.

La Cumbre de Copenhague llegó a interesantes compromisos: crear un adecuado entorno jurídico, cultural, político y económico; integrar políticas económicas, sociales y culturales de modo que se apoyen mutuamente; promover la distribución equitativa de los ingresos y un mayor acceso de todos a los recursos; impulsar el pleno empleo; facilitar a los pobres el acceso a una educación de calidad y a niveles más altos de salud y seguridad social. Por hoy casi todo es sólo buena intención.

LA PEDAGOGÍA DE JESÚS

Dadles vosotros de comer (Mt. 14-16.)

El Hijo de Dios con la Encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre. (TMA. 4.)

Los cristianos están llamados a la tarea inmensa de promover esos comportamientos (de justicia y promoción humana) como levadura en la masa. (HM. 22.)

La multitud ha seguido a Jesús por tres días, unos buscan milagros, otros, los menos, palabras de vida eterna. Declina la tarde, se han agotado las provisiones, la gente tiene hambre. Jesús, compadecido, no quiere despedirles porque muchos fallecerían en el camino. Piensa en los más débiles.

Entonces da a los apóstoles una orden al parecer absurda: dadles vosotros de comer, tan absurda que se les quedó grabada a los cuatro evangelistas, que la rememoran con idénticas palabras.

Doscientos denarios no bastan para dar a cada uno un pedazo de pan. Doscientos denarios, suma imposible para esa comunidad de peregrinos pobres que son Jesús y sus discípulos. Se presenta un muchacho y les dice, tengo cinco panes y dos peces, si queréis os los entrego. Crece el absurdo, cinco panes y dos peces para más de cinco mil comensales...

Están todos los actores: los pobres; los apóstoles, administradores prudentes que organizan a la gente y recogen lo que sobra; y ese muchacho, verdadero protagonista de la escena. Y está Jesús que multiplica la insignificante pero generosa ofrenda.

Las instituciones públicas y privadas y los sistemas racionalizados de asistencia, por lo general, obran por el espíritu

de filantropía descrito por Jenofonte: «el que desea la protección de los dioses debe ser piadoso con ellos; el que quiera ser amado de los amigos debe hacerles el bien, el que quiere ser honrado por la ciudad debe servirla» (Mem. II, I.28).

La Iglesia se mueve por otro amor, el amor ágape, que es el mismo amor de Dios ofrecido gratuitamente a las criaturas para que puedan amar. La posesión del ágape vuelve a los cristianos extremadamente sensibles al infortunio de los otros, es criterio de perfección moral y es para el mundo signo de los discípulos de Cristo.

Jesús nos dejó dos sacramentos de su presencia, uno la Eucaristía, el otro existencial, en el barrio, en el suburbio, en los enfermos de sida, en los ancianos abandonados, en los drogadictos —escoria para el mundo—, ahí está Jesús con una presencia dramática y urgente (Cf. Comisión Episcopal de Pastoral Social de España, *La Iglesia y los pobres*, 1994).

Los pobres siempre han existido, pero antaño era más simple atenderlos. Hoy las estructuras que los atrapan son extremadamente complejas e impenetrables. Está por otra parte la resistencia a reconocer que el problema es ético: «predicadores de la igualdad que transtornáis las almas, mi noción de justicia es ésta: los hombres no son iguales, no deben serlo en el futuro» (NIETZCHE).

Humanizar la justicia. Otro reto urgente. Pío XII se lamentaba, en su mensaje navideño de 1952, que «todos los sectores políticos, económicos, sociales, intelectuales, hasta el nacimiento y la muerte, se convierten en materia de fría administración». Salvar la individualidad, volver a lo humano, ver en el pobre no un número en informe masa, sino una persona con nombre, rostro e historia. Lamentablemente se acepta la pobreza como fenómeno, pero se excluye al pobre. El lema es «salvemos la macroeconomía que ella salvará la microeconomía», más sucede que tras la microeconomía están personas únicas e irrepetibles.

El cristiano lucha contra la pobreza, pero justifica al pobre porque él es importante. En un tiempo los cristianos comprometidos en lo social se dividieron en conservadores y progresistas; hoy corren el riesgo de dividirse en conservadores y estrategias de la utopía. No importa bajo qué signo se proyecte la utopía, el peligro está en centrarse en el proyecto y olvidar al hombre.

La centralidad de la persona humana es el pilar sobre el que descansa la filosofía social de la Iglesia.



EL HAMBRE:

UN LLAMAMIENTO AL AMOR

JOSÉ M.^a IBÁÑEZ, C. M.

INTRODUCCIÓN: LA LIMOSNA DE UNA MIRADA

El capítulo V del documento *El hambre en el mundo* (H.M.), del Pontificio Consejo «Cor Unum», comienza con una constatación: el hambre corroe la vida de millones de personas en todo el mundo. Esta constatación confirma lo que Juan Pablo II ya había afirmado en la encíclica *Sollicitudo rei socialis*: «Por desgracia, los pobres, lejos de disminuir, se multiplican no sólo en los países menos desarrollados, sino también en los más desarrollados, lo cual resulta no menos escandaloso» (1). No es cuestión de repetir los datos. Recordemos simplemente los más significativos: Según el informe del *Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo* (PNUD), 1996, el Producto Interior Bruto de todo el planeta gira en torno a los 23 trillones de pesetas. De ellos, 18 trillones los consumen los países desarrollados, y sólo quedan 5 trillones para el 80% de la población de la Tierra (2). La injusticia que expresan estos datos se hace intolerable, al mismo tiempo que la distancia entre ricos y pobres sigue su tendencia al aumento.

En los países desarrollados también aumenta el número de pobres: más de 33 millones en Estados Unidos, 50 millo-

(1) JUAN PABLO II: Carta Encíclica *Sollicitudo rei socialis*, 42 d.

(2) Citado en *Vida Nueva*, 27, 7, 1996, pág. 34

nes en Europa, 8 millones en España. No deja de ser irónico que se ensalce tanto el capitalismo como el triunfo de la Historia, cuando se está produciendo una degeneración tan grande, incluso en el centro del sistema.

El desafío que el hambre, la pobreza, plantea a toda la Humanidad no es, desde luego, de orden económico y técnico, sino de orden ético-espiritual y político.

Es obvio que ante tantas y tantas personas con hambre y en pobreza, el documento reclame de los consumidores satisfechos y hasta «hartos» de los países desarrollados la atención de una mirada. Una mirada ante esas miserias ambulantes, que no llegan a satisfacer las necesidades básicas. Una mirada que sería el principio del amor solidario hacia esas personas desfiguradas por el hambre. El amor comienza siempre, lo sabemos bien, por una mirada. Una mirada que nos hace desprendernos de nosotros para unirnos a los demás. Una mirada que en primer lugar ¡hace existir al otro!

Mirar al otro para que exista. Mirar al otro para que crezca, es el punto de partida, es la condición del amor. Pero es mirar, en primer lugar, a quien no tiene consistencia, a quien apenas puede existir. Es mirar a quien se le impide crecer, a quien no llega a encontrar un puesto en esta sociedad de la abundancia. Es mirar a esa multitud que se encuentra en situación de subdesarrollo para que pueda desarrollarse y sentarse a la mesa del banquete de la vida (3). Se trata, en definitiva, de una mirada que se preocupa de ayudar a esa multitud de personas que nada o casi nada tiene. Una mirada que refleja lo que Dios es: Amor (1 Jn 4,8. 16). Así comprenderemos que mirar el mundo con los ojos de los pobres es mirarlo con los ojos de Dios.

(3) Cf. SRS 39 d.

I. «EL LLAMAMIENTO DEL POBRE, UN LLAMAMIENTO AL AMOR»

El documento habla de la necesidad de hacer tanto una lectura económica de la pobreza y de los pobres como una lectura teológica y cristológica de los mismos. Esta lectura hará descubrir a los creyentes, a las comunidades cristianas, la novedad que implica ver la pobreza y a los pobres con una mirada «no convertida», a mirarla y mirarlos con los «ojos» de la fe.

La manera de mirar a los hambrientos, a los empobrecidos y excluidos no puede ser novedosa sin una superación de nuestras maneras espontáneas, economicistas, pragmáticas de ver y pensar el mundo de los pobres. Para ello, como afirma Juan Pablo II en la encíclica *Centesimus Annus*, «sobre todo será necesario abandonar una mentalidad que considera a los pobres —personas y pueblos— como un fardo o como molestos e inoportunos, ávidos de consumir lo que otros han producido. Los pobres exigen el derecho de participar y gozar de los bienes materiales y de hacer fructificar su capacidad de trabajo, creando así un mundo más justo y más próspero para todos. La promoción de los pobres es una gran ocasión para el crecimiento moral, cultural e incluso económico de la Humanidad entera» (4).

Una vez superada esa manera de mirar, en la miseria que los corroe desde el interior, aprenderemos a escuchar su voz: así nos dejaremos conducir por la misma situación de los pobres hasta identificarlos con Cristo y hasta sentir por los pobres y por Cristo una única pasión, a hacer una única opción por Cristo y por los pobres. Se trata de tomarse en serio la presencia cristológica de Dios en los pobres del capítulo 25 del evangelio de Mateo: «Dios —se dice en el do-

(4) JUAN PABLO II: Carta encíclica *Centesimus Annus*, 28 c.

cumento— nos interpela a través del hambriento. La sentencia del Juez universal condena sin ninguna compasión: “...Apartaos de Mí, malditos, id al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer...”» (Mt 25, 41).

Estas palabras que salen del corazón de Dios hecho hombre nos hacen comprender la gravedad profunda que la no satisfacción de las necesidades básicas del hombre tiene ante los ojos del Creador: abandonar al que es imagen de Dios equivaldría a abandonar al Señor mismo. Dios es el que tiene hambre y nos llama en los gemidos del hambriento. Como discípulos del Dios que se revela, suplicamos al cristiano que escuche el llamamiento del pobre. Es ciertamente un llamamiento al Amor» (5).

El Dios presente en los pobres se nos presenta no como el Dios rico en favores sino el Dios pobre que nos pide solidaridad y misericordia con los que son imagen suya y en los que está padeciendo situaciones deshumanizadas a causa de quienes nos hemos instalado en la «necesidad de lo superfluo».

2. EN EL CENTRO DE LA ENCARNACIÓN APARECE UN CRISTO-AMOR (Jn 13,1; 15,9-13)

Este Cristo-Amor pretende ser —y lo es— Hijo del Dios-Amor (1Jn 4, 8, 16). Afirmar que «Dios es Amor» equivale a decir que Dios escucha el clamor de los pobres y se siente solidario con él (Ex 3, 7-10; 12; 20, 2; Dt 26, 5-9). Dios defiende a los pobres y les hace justicia (Ex 6, 6-7; Jer 9, 23; Os 10, 12; Sal 146, 7-9). Dios, en Jesús de Nazaret,

(5) H. M., 60.

opta preferentemente por los pobres (Lc 4, 18-20; 6, 20; 7, 18-23). Lo que está en juego realmente es la idea que nos hacemos de Dios. Y el Dios de Jesucristo es un Dios que se caracteriza por su predilección por los pobres, los hambrientos, los desvalidos, es decir, un Dios misericordioso y solidario: «Cristo —afirma el Concilio Vaticano II— fue enviado por el Padre a anunciar la Buena Noticia a los pobres... a sanar los de corazón destrozado (cf. Lc 4, 18), a buscar y salvar lo que está perdido (Cf. Lc 9, 10). También la Iglesia abraza con amor a todos los que sufren por el peso de la debilidad humana; más aún, descubre en los pobres y en los que sufren la imagen de su fundador pobre y suficiente, se preocupa de aliviar su miseria y busca servir a Cristo en ellos» (6).

Un buen anuncio del Evangelio tiene por su propia naturaleza una fuerza liberadora. En efecto, el pecado —también el pecado económico, el pecado social— del que la gracia de Jesucristo nos salva, es el origen de las situaciones inhumanas o infrahumanas, que son otras tantas formas de esclavitud. Una teología y una pastoral de la gracia no pueden pasar de largo respecto a tantas manifestaciones concretas del pecado, también del pecado económico, del pecado social, del pecado del hambre en el mundo.

3. «LA IGLESIA ESTÁ CON LOS POBRES»

El amor de la Iglesia a los pobres se arraiga en la predilección que Dios tiene por ellos. Dios y Cristo, como hemos señalado, optan preferentemente por los pobres. Porque Dios y Cristo son así, la Iglesia tendrá que ser también así: opta preferentemente por los pobres, oye su clamor y

(6) *Lumen Gentium*. Constitución Dogmática sobre la Iglesia. Concilio Vaticano II, 8 c.

hace suya su causa, es decir, «se pone al lado de los pobres y de su lado, lucha y trabaja por su liberación, por su dignidad y por su bienestar» (7).

La encarnación —inserción— social de la Iglesia consistirá en ser la respuesta humanísima actual de Dios y de Cristo al hombre, al pobre; la respuesta de la misericordia de Dios a la miseria del hombre, del pobre. Se trata de «imitar», mejor, de «inventar» cómo Dios en Jesucristo, a través de la Iglesia, busca al hombre, al pobre, para *rescatarlo* para la dignidad, la justicia, la convivencia, la solidaridad. En la búsqueda aproximativa al pobre y en el encuentro con el desvalido (búsqueda y encuentro bien seculares) la Iglesia es y actúa «como» Dios es y actúa en su Hijo. Ella —la Iglesia— no puede olvidar que la inhumanidad del hombre padecida o/y producida es «provocación a la Humanidad de Dios». Por eso la «carencia de humanidad es ausencia de Dios». Lo cual lleva a la Iglesia a estar volcada mayoritariamente al lado de los pobres compartiendo su vida, sus preocupaciones, sus problemas, sus dificultades, para luego crecer junto con ellos como personas y como cristianos.

Los «excluidos», pues, claman por una intervención liberadora de Dios. Y lo hacen, no en razón de sus creencias, sino en razón de su «marginación». Aunque ellos lo desconozcan, lo ignoren o aun lo nieguen, en su grito está siempre presente la causa de Dios y de Cristo, que es implantar en las naciones la «justicia» y el «derecho». El grito de los excluidos, de la marginación, nos cuestiona: ¿Hacemos nuestra la causa de Dios y de Cristo en favor de los pobres? ¿Hacemos nuestra la causa de los pobres para implantar en ella la justicia, la misericordia de Dios y de Cristo?

El documento que estamos comentando cita unas palabras de Juan Pablo II pronunciadas en la favela de Lixo de So

(7) COMISIÓN EPISCOPAL ESPAÑOLA DE PASTORAL SOCIAL: *La Iglesia y los Pobres* (IP), EDICE; Madrid, 1994, 10; cf. Id, 11.

Pedro, Brasil, en octubre de 1991: «Existe, sin embargo, una pobreza muy distinta de aquella que Cristo ensalzaba, y que afecta a un gran número de hermanos y hermanas, paralizando el desarrollo integral de la persona. Ante esa pobreza, que priva de los bienes de primera necesidad, la Iglesia levanta su voz... Por eso la Iglesia sabe que toda transformación social debe pasar necesariamente por una conversión de los corazones y ora por ello. Esta es la primera y principal misión de la Iglesia» (8).

En realidad, el documento no recoge, en este número 62, más que la mejor y más reciente enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia. En el Concilio Vaticano II había proclamado: «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón... La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia» (9). En la encíclica *Laborem Exercens*, Juan Pablo II había escrito: «La Iglesia está vivamente comprometida en esta causa porque la considera como su misión, su servicio, como verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente la “Iglesia de los pobres”» (10).

El documento como los dos textos citados pone en juego la misión de la Iglesia y su fidelidad a Jesucristo, que reveló a Dios como un Dios de los pobres. Si acogemos con fe estas cuestiones la Iglesia —las comunidades cristianas, los cristianos en ella— se verá obligada a revisar su manera de situarse en el mundo, de participar en los legítimos y necesarios combates de los pobres por la justicia, de organizar la

(8) H. M., 62.

(9) GSI.

(10) JUAN PABLO II, Carta encíclica *Laborem Exercens*, 8 f.

inserción de personas, comunidades y obras en la sociedad. Su vocación y su misión es ser «sacramento universal de salvación», es decir, la de significar y testimoniar cómo Cristo, el Siervo exaltado a la gloria del Padre, ha recapitulado en sí la vida de todo excluido para conducirlo, ya desde aquí y desde ahora, a la plenitud de la vida. Por eso, si las cosas son así, podemos decir: en la medida en que permanece *indiferente* ante la suerte de los pobres y de los pueblos, la Iglesia es infiel a su identidad evangelizadora y samaritana: «La Iglesia, en virtud de su compromiso evangélico, se siente llamada a estar junto a esas multitudes de pobres, a discernir la justicia de sus reclamaciones y a ayudar a hacerlas realidad sin perder de vista el bien de los grupos en función del bien común» (11).

4. «UN LLAMAMIENTO A LA CARIDAD ACTIVA Y PRÁCTICA»

«La voz de Dios, a través de su Iglesia —señala el documento—, es un llamamiento a la coparticipación, a la caridad activa y práctica, dirigido no sólo a los cristianos, sino a todos» (12).

Estas palabras son el eco de lo que Juan Pablo II ha escrito en la encíclica *Centesimus Annus*: «Hoy más que nunca, la Iglesia es consciente de que su mensaje social se hará creíble por el *testimonio de las obras* antes que por su coherencia y lógica interna. De esta conciencia deriva también la opción preferencial por los pobres, la cual nunca es exclusiva ni discriminatoria de otros grupos... El amor de la Iglesia por los pobres, que es determinante y pertenece a su constante tradición, la impulsa a dirigirse al mundo, en el cual, no obstan-

(11) SRS, 39 b.

(12) H. M., 62.

te el progreso técnico-económico, la pobreza amenaza con alcanzar formas gigantescas. En los países occidentales existe la pobreza múltiple de los grupos marginados, de los ancianos y enfermos, de las víctimas del consumismo y, más aún, la de tantos prófugos y emigrados; en los países en vías de desarrollo se perfilan en el horizonte crisis dramáticas si no se toman a tiempo medidas coordinadas internacionalmente» (13).

Cabe preguntar si los cristianos somos conscientes de la obligación que entraña para nosotros estos dos textos citados. Lo que está en juego en ellos no es tanto cuestión de teorías coherentes como de testimonio de obras. En ese compromiso de obras ha de tener un lugar decisivo la opción de la Iglesia por los pobres y su empeño en ser una «Iglesia de los pobres».

La opción preferencial por los pobres, la solidaridad con su causa, vida y destino es *cuestión crucial* para la vida cristiana y, al mismo tiempo, condición importante que posibilita conocer la voluntad de Dios de Jesús; condición también para conocer el alcance y significado de su mensaje de salvación para los hombres.

El mismo Juan Pablo II ha dicho claramente que el amor de los pobres entraña la opción preferencial por ellos, cuando afirma: «Quiero señalar aquí la opción o *amor preferencial* por los pobres. Esta es una ...forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana... Se refiere a la vida de cada cristiano ...pero se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes.

Hoy, vista la dimensión mundial que ha adquirido la cuestión social, este amor preferencial, con las decisiones que

(13) C.A., 57 b.

nos inspira, no puede dejar de abarcar a las inmensas muchedumbres de hambrientos, mendigos, sin techo, sin cuidados médicos y, sobre todo, sin esperanza de un futuro mejor. Ignorar (esta realidad)... significaría parecernos al «rico Epulón», que fingía no conocer al mendigo Lázaro, postrado a su puerta» (14).

Así, pues, el amor o la opción preferencial por los pobres no es sólo personal o asistencial sino «política». Que en muchos miembros de la Iglesia y de la sociedad se encarna hoy la imagen del «rico Epulón», que fingía olvidar al mendigo Lázaro, ¿quién podría negarlo?

Al «rico Epulón» del Evangelio no parecemos cuando decimos, por ejemplo, que la solución al problema de la pobreza creciente es «crear riqueza». Crear riqueza puede ser absolutamente necesario, pero es radicalmente insuficiente. Porque, en el sistema económico actual, sólo se puede crear riqueza *concentrándola* más en unos pocos y repartiéndola peor.

El medio imprescindible para erradicar la pobreza, o al menos reducirla, no es sólo crear más riqueza sino que *nosotros* seamos algo menos ricos. Por eso, si queremos realmente contribuir a la disminución de la pobreza, deberíamos estar dispuestos a un mejor reparto de la riqueza. Este mejor reparto tendría que ser beneficioso para los más pobres. De lo contrario el aumento de la riqueza no hará disminuir la pobreza. Al contrario, la aumentará.

En este campo, la tarea de la Iglesia no es encontrar soluciones técnicas. Su contribución, además de dar su propio testimonio práctico y no meramente teórico, consiste en estimular en la búsqueda de vías de solución, tanto a las autoridades civiles como a las comunidades cristianas, «al fenómeno de la creciente pobreza» (15).

(14) SRS, 42, b, c.

(15) SRS, 42 d.

En este «llamamiento a la coparticipación, a la caridad activa y práctica», la Iglesia debería proclamar muy claramente que determinadas fortunas son éticamente inadmisibles porque, además de provocar la muerte prematura de los hambrientos, impiden el destino universal de los bienes (16) y son opuestas a la igualdad fundamental de las personas y de los pueblos (17).

Es cierto que esta igualdad básica se debe manifestar en todos los campos de la vida humana, incluida el área de los niveles de vida de su vertiente referida a los ingresos, a la renta. No hablamos de un utópico igualitarismo total, sino de una igualdad relativa: que no sean tan excesivas las diferencias en los niveles de vida entre los diferentes individuos y grupos en la sociedad. He aquí un ideal humano, ético, tanto a escala nacional como a nivel internacional, mundial (18). Pensemos que sólo 358 personas poseen una fortuna «superior a los ingresos anuales de los países donde viven casi la mitad de la población de la Tierra» (19).

También debería decir la Iglesia con toda claridad que en un sistema económico como el nuestro, donde toda la economía está sometida a las leyes de mercado, el fraude fiscal es también contrario al amor a los pobres, a la solidaridad social. Los impuestos es uno de los instrumentos que tiene nuestro sistema para poner un poco de justicia y compensar la dinámica excluyente del capital (20).

(16) Referente al destino universal de los bienes, cf. GS, 69 a; PP, 22; LE, 14 b, c; SRS, 42 e.

(17) Referente a la igualdad fundamental de las personas y de los pueblos, cf. GS, 29 a, c; SRS, 33 e.

(18) Cf. J. GOROSQUIETA: *Ética de la distribución y la redistribución de la renta*; Sal Terrae, 992 (1996), págs. 535-544.

(19) *Vida Nueva*, 27, 7, 1996, pág. 34.

(20) Cf. L. GONZÁLEZ CARVAJAL: *Insolidaridad y falta de conciencia social*, Sal Terrae, 959 (1993), págs. 533-546.

5. «DE LA INVASIÓN DEL CONSUMISMO» A LA CIVILIZACIÓN DE LA «SOBRIEDAD COMPARTIDA»

El desarrollo y el subdesarrollo son las dos caras de la misma moneda del sistema capitalista, de forma que se encuentran estrechamente vinculados por relaciones de dominación y subordinación. A pesar de su optimismo el capitalismo de libre mercado ha producido en los últimos tiempos resultados desastrosos no sólo en los países subdesarrollados, sino también en los países que se encuentran en transición de la planificación central a la economía de mercado. Pero también los países desarrollados sufren desde los años setenta un desempleo masivo que, lejos de tender a descender, por el contrario, no cesa de crecer.

El sistema capitalista tal y como hoy lo conocemos no es capaz de dar respuesta a los objetivos sociales necesarios, tales como salvar el abismo que separa a los países ricos de los países pobres, acabar con la pobreza y el desempleo en el Norte y en el Sur.

Sin duda, la condición del moderno capitalismo que domina cada vez con más fuerza la perspectiva de desarrollo en todas las regiones del mundo es la gran desigualdad a nivel mundial, incluso dentro de las naciones ricas (21).

Todos sabemos que la pobreza no desaparece ni en las sociedades subdesarrolladas ni en las desarrolladas. En éstas nos encontramos también con un marcado contraste, donde la abundancia y el derroche conviven con la carencia de bienes para multitud de personas que tienen insatisfechas sus necesidades básicas de forma permanente e involuntaria. Esta situación es reflejo de cierto derroche

(21) Cf. J. M. TORTOSA: *La pobreza capitalista*, Tecnos, Madrid 1993.

de recursos, al tiempo que muchas necesidades básicas se quedan sin cubrir (22).

Ante el sentido meramente económico y material del capitalismo, cuyo exponente es el consumismo, y que no llena al ser humano, que se aliena por su dinámica posesiva, a costa de su identidad (23), el documento recuerda una vez más que el desarrollo, para ser humano, debe ser «integral» y «solidario», es decir, «elevar la suerte de todo el hombre y de todos los hombres» (24). La Iglesia, por su amor a los pobres, y porque «lo considera un deber de su ministerio pastoral» (25), «de su compromiso evangélico» (26), quiere contribuir al desarrollo integral de las personas y de los pueblos y así evitar la «invasión del consumismo» (27), tan nefasto para esos «pocos que poseen mucho» y para esos «muchos» que «no poseen casi nada» (28).

Contribuir a este desarrollo implica, entre otras cosas, comprender y admitir un descenso de nuestros niveles de vida, ser solidarios y así participar en la erradicación de la pobreza. Es una de las maneras que tenemos de evitar el daño que causa en unos la «excesiva opulencia» y en otros la «excesiva pobreza». Ello nos llevaría a crear una «civilización de la sobriedad» compartida frente a una «civilización del consumo» (29) o a una «incultura de la riqueza concentrada».

Se suele decir que «el dinero no da la felicidad, pero resuelve muchos problemas». Desdichadamente, eso se dice

(22) Cf. J. L. SAMPEDRO y C. BERZOSA: *Conciencia del subdesarrollo veinticinco años después*, Taurus, Madrid, 1996, págs. 237-269.

(23) Cf. SRS, 28 b.

(24) SRS, 30 e. Para conocer el sentido del desarrollo en la Iglesia, cf. GS, 64,65; págs. 14, 20-21; SRS 17.

(25) SRS, 31 d.

(26) SRS, 39 b.

(27) *H. M.*, 62.

(28) SRS, 28 d.

(29) SRS, 28 b.

como excusa realista para justificar la acumulación de riqueza. Lo razonable sería concluir: quedémonos con el dinero que resuelva los verdaderos problemas (sanidad, educación, pensiones, etc.) y desprendámonos de todo ese dinero que no nos dará la felicidad y podría resolver muchos problemas de otros: el ingente dinero de las armas, el de los lujos refinados e inútiles, el de la ostentación vacía, el de las mil comodidades inútiles. Una «civilización de la pobreza» no quiere decir otra cosa. Y eso sí que podría contribuir decisivamente al amor a los pobres, a la asistencia de los débiles (30), a la erradicación de su pobreza. Hoy siguen siendo de máxima actualidad tanto las palabras de Pablo VI: «Hay que decirlo una vez más: lo superfluo de los países ricos debe servir a los países pobres» (31), como las de Juan Pablo II: «Pertenece a la enseñanza y a la praxis más antigua de la Iglesia la convicción de que ella misma, sus ministros y cada uno de sus miembros están llamados a aliviar la miseria de los que sufren cerca o lejos no sólo con lo “superfluo”, sino con lo “necesario”» (32).

6. CONVERTIRSE AL MUNDO DE LOS POBRES

«El hambre en el mundo —dice el documento— nos hace tocar las debilidades del hombre en todos los niveles; la lógica del pecado que se inserta en el corazón del hombre está en el origen de las flaquezas de la sociedad debido a la acción de las así llamadas “estructuras de pecado”» (33). Esta lógica del pecado lleva a «los individuos y a las colectividades a no mirar más que a lo suyo olvidando lo aje-

(30) Cf. *PP*, 48.

(31) *PP*, 49.

(32) *SRS*, 31 f.

(33) *H. M.*, 64.

no» (34). Así, pues, el amor a los pobres, la erradicación de su pobreza, requiere no sólo una conversión o transformación personal sino también un cambio de las estructuras económicas y sociales, una transformación social (35). En una palabra: «El hombre —individual y colectivamente— está llamado a reformarse... a cambiar poco a poco su modo de pensar, de trabajar y de vivir... a aprender a amar, en el pleno ejercicio de sus facultades» (36).

La Iglesia, hoy, debe adquirir «una conciencia más honda y concreta» de la necesidad de dar testimonio de la misericordia de Dios en toda su misión, «siguiendo las huellas del mismo Cristo».

Una conciencia más honda y concreta de su misión se traduce, de hecho, en ser Iglesia pobre e Iglesia de los pobres, es decir, «marcada preferentemente por el mundo de los pobres», y cuya preocupación, dedicación y planificación «estén orientadas principalmente por su misión de servicio a los pobres» (37).

Esta misión fundamental de la Iglesia hacia los pobres «no ha sido realmente asumida por la comunidad cristiana en general» (38). Por eso nuestros Obispos en el documento *La Iglesia y los pobres* declaran: «La misión fundamental de la Iglesia hacia los pobres supone una permanente conversión, volcarnos, vaciarnos —todos— juntos hacia el lugar teológico de los pobres, donde nos espera Cristo para darnos todo aquello que necesitamos para ser verdaderamente su Iglesia, la Iglesia Santa de los pobres. De ahí la necesidad de conocer, vivir y compartir el mundo de los pobres» (39).

(34) H. M., 63.

(35) Cf. PP, 32; SRS, 47 g; CA, 43, 52 b.

(36) H. M., 64.

(37) IP, 25 b.

(38) IP, 111.

(39) IP, 28.

Sin conversión a Cristo pobre no hay compromiso auténtico y eficaz en favor de los pobres. Los cristianos no seríamos fieles a nuestra misión si no combatimos los mecanismos generadores de la pobreza. Este cambio debemos llevarlo a cabo mediante la *conversión* y la *fe*, porque todos hemos contribuido al sostenimiento de ciertas formas de imperialismo moderno que con sus decisiones políticas y económicas evidencian auténticas formas de idolatría. Por eso el clamor de los pobres insta a la Iglesia a ponerse a su lado y al servicio de su esperanza. Por la misma razón la Iglesia tiene que cultivar y formar vocaciones que le recuerden que su misión es estar al lado de los pobres.

Adquirir esta «conciencia más honda y más concreta» implica para las comunidades cristianas, para los cristianos, que su servicio contribuya no sólo a paliar una necesidad ocasional sino a un cambio de las estructuras personales y sociales y les ayude a configurar toda su vida en seguimiento de Cristo como auténticos servidores. Ello será posible en la medida en que las comunidades cristianas, los cristianos, cobren conciencia de que el principio-misericordia, por el que se rigen Dios y Cristo, es un principio de reacción (40) frente a toda situación inhumana, violentada, violada, no querida por Dios, en que se encuentran los hambrientos, los empobrecidos y excluidos de nuestra sociedad, a fin de colocarlos en condiciones humanas, naturalizadas, socializadas, queridas por Dios. Se trata, en definitiva, de que las comunidades cristianas, los cristianos, entren en unos procesos formativos permanentes en los que los valores éticos y evangélicos les configuren con Cristo pobre, servidor de los pobres, y hagan de ellos testigos vivos de la fe que se vive en la

(40) Cf. J. SOBRINO: *El principio-misericordia*, Sal Terrae, Santander, 1992, págs. 31-45.

caridad y está orientada por la esperanza de que es posible desde «el aquí y el ahora» poner los signos claros del Reino de Dios en favor de los pobres. A eso llevaría «Contra el hambre cambia de vida», lema citado por el documento (41).

7. ACTUAR EN FAVOR DE LA CARIDAD, DE LA JUSTICIA Y DE LA SOLIDARIDAD

La acción en favor de la caridad, de la justicia, de la solidaridad y de la transformación de las estructuras sociales es una dimensión constitutiva de la misión evangelizadora de la Iglesia; es decir, algo sin lo cual la misión de la Iglesia queda incompleta. Para el creyente la transformación de las estructuras tiene su sentido en sí misma. Pero eso es además signo de que el Reino de Dios se va realizando aquí. Y debe preocuparse de que tal signo resulte comprensible en un mundo en que no siempre se transparenta lo trascendente.

La *caridad* es la expresión de la fe de la comunidad cristiana, centrada en el «mandamiento nuevo del Amor» (Jn 15, 12-14). La realización de la caridad no puede ser algo adosado, añadido a la comunidad para que se ocupe de los pobres. Se negaría a sí misma como comunidad cristiana si no expresara la caridad. La fe se verifica en el amor, en la caridad. No se puede ser cristiano e ignorar a los pobres. Si no se quiere traicionar al Evangelio y el amor al hermano, los cristianos no pueden sustraerse al imperioso deber de la caridad. El desarrollo de la caridad busca movilizar a los cristianos para que muestren cada día más, sin eliminar por ello el aspecto asistencia, el rostro de la caridad política. La tarea no es fácil; lo sabemos todos. Pero urge orientar a las instituciones y movimientos socio-caritativos en esta perspecti-

(41) H. M., 65.

va. El «mandamiento nuevo» del Amor y la situación deshumanizante en la que se encuentran los pobres así lo están reclamando.

La *justicia divina*, que opera en nosotros, debe superar el concepto y la realidad de la justicia humana, pero sin ignorarlos. La justicia humana se cifra, en el mejor de los casos, en el *intercambio*, en la *equivalencia*, en las leyes del mercado: tanto te doy cuando me des. La justicia divina consiste en la gratuidad, en la misericordia, por eso no consiste tanto en dar a cada uno lo que se merece como en conceder a todos lo que necesitan. Y todos sabemos lo que significa eso cuando lo aplicamos a nuestro mundo económico y a sus víctimas: los hambrientos, los pobres, los minusválidos, los parados, los incompetentes, los excluidos sociales.

En la práctica, la justicia divina debería llevar a los cristianos a estructurar socialmente toda esa riqueza que ya no nos da la felicidad y que podría resolver muchos problemas verdaderos de otros. En cuando cristianos estamos obligados a devolvérsela, puesto que pertenece a esos otros y no a nosotros, y no contentarnos con darles, ante algún acontecimiento grave, una parte mínima de esa riqueza para tranquilizarnos. Ante los hambrientos, los condenados de la tierra, no podemos olvidar las palabras de Jesús de Nazaret: «Id y aprended qué significa “prefiero la misericordia al sacrificio”... Porque si lo supierais no condenaríais a los inocentes» (Mt. 9,13 y 12,7). Sólo así «el Evangelio vuelve a ser en ellas (las diócesis y parroquias) esperanza para los pobres en un crisol donde se conjugan la fuerza de Cristo y la de los desheredados» (42).

«La *solidaridad* consiste en “que todos seamos responsables de todos”» (43). Es urgente crear y difundir una cultura de la solidaridad. Sentirse responsable todos de todos, im-

(42) H. M., 70.

(43) SRS, 38 f.

plica sentirnos responsables también de los pobres, de los que nada o casi nada tienen, de los excluidos de los derechos económicos y sociales, de los hambrientos.

El documento insiste en que «el llamamiento al amor que Dios nos hace mediante la presencia de nuestros hermanos que padecen hambre debe tener una respuesta concreta según el estado de vida de cada uno y la posición que ocupa en el mundo y en su propia comunidad» (44). Esta insistencia nos advierte la urgencia de *humanizar* a todos los niveles, recuperando el «corazón» del servicio al hermano. El primer paso para humanizar es humanizarse. Humanizar significa tratar al pobre, al marginado, al excluido, como artífice y protagonista de su proceso liberador, de aquello que le impide vivir en la dignidad humana, en la dignidad del hijo de Dios.

Actuar en favor de la caridad, de la justicia, de la solidaridad reclama que las acciones de la Iglesia —de las comunidades cristianas, de los cristianos— sean *significativas*. Lo que demanda: que estén arraigadas en opciones ético-sociales y teológicas profundas; que sean transmisoras de un proyecto de sociedad basado en el «compartir»; que estén insertas en un proyecto de educación en la solidaridad y en la justicia; que abran a la esperanza de que, transformando determinadas condiciones objetivas y subjetivas, la sociedad podría ser de otra manera...

CONCLUSIÓN

Conscientes de que «la Ley fundamental de la perfección humana, y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del Amor» (45), la Iglesia debe concien-

(44) H. M., 70.

(45) GS, 38.

ciar a las comunidades cristianas y a la sociedad para que se organicen y actúen en favor de los pobres y se movilicen para trabajar con ellos para ayudarles a salir de su pobreza. Para ello será preciso que esa misma sociedad quiera que sus recursos no sean sino patrimonio de todos. Eso requiere promover y poner en marcha una concertación social que lleva a establecer un sistema de satisfacción en nuestras necesidades sobre la base de la cooperación y de la «igualdad fundamental» de las personas y de los pueblos. De lo contrario será imposible alcanzar el bienestar social y no tendrá cabida en nuestra sociedad el bien común, es decir, el bien de todos y cada uno. Lo cual no sería justo y el hambre en el mundo no disminuiría.

La relación con los pobres, tal y como hemos ido señalando en este comentario al capítulo V del documento, no puede reducirse al aspecto económico ni al aspecto ético. Esta relación implica y *compromete directamente* la relación con Dios y con Cristo: Dios, en Cristo, se identifica con los pobres, con los hambrientos. En esta relación con los pobres el cristiano debe encontrar a Cristo. Lo que quiere decir que el amor o la opción por los pobres en el cristianismo es una realidad de la fe, una verdad teológico-cristológica. Por tanto, antes de ser una cuestión económica y una cuestión ética, el amor o la opción por los pobres es una cuestión de Dios y de Cristo. La fe confiere una justificación última a este amor, a esta opción. Muestra que sus raíces se arraigan en el mismo Dios. Un Dios que es amor gratuito y solidario, un Dios que en Jesucristo es «Servidor de los hombres». Para percibir el sentido y el contenido del amor o de la opción por los pobres, se requiere situarlo en el horizonte de la fe. Lo que quiere decir que la relación a los pobres en el cristianismo no es sólo un asunto cultural, político o sociológico sino que, principalmente, tiene una dimensión teológica y cristológica.

Caminar en esta perspectiva sería hacer llegar a los pobres «buenas noticias» y buenas realidades, a ellos que reci-

ben tan pocas buenas noticias y mucho menos aún buenas realidades. Para ello tendremos que acercarnos a los pobres, solidarizarnos con su vida y destino, movilizarnos para ayudarles a salir, desde ellos y con ellos, de la situación deshumanizante que padecen injustamente, compartir, si llega el caso, su desprestigio y su marginación, y no olvidar preguntarnos qué nivel de vida nos podemos permitir para después proceder a la comunicación de bienes con quienes realmente lo necesitan. Se trata, naturalmente, de hacer con esta comunicación de bienes un elemento de inversión productiva para los pobres.

Si creemos realmente en el Dios de Jesús de Nazaret, intentemos mirar con sus ojos el mundo de los hambrientos, de los pobres, y escuchar la pregunta: «¿Qué has hecho de tu hermano? Su sangre está clamando a Mí desde la tierra» (cf. Gn 4,10). Sabedores de que es verdad que uno no puede resolverlo todo, también es cierto que la respuesta: «¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?», está desautorizada por la Palabra de ese mismo Dios en quien decimos creer (cf. Gn 4,9).

En nuestra respuesta al mundo de los hambrientos, de los pobres, nos jugamos el tema de la credibilidad de Dios, ya que la existencia de los hambrientos, de los pobres, plantea uno de los argumentos más decisivos contra la existencia de Dios.



documentación

SÍNTESIS Y GUÍA DE LECTURA DEL DOCUMENTO «EL HAMBRE EN EL MUNDO»

SECRETARIADO SOCIAL DIOCESANO.
ESCUELA SOCIAL DE LA IGLESIA ASTURIANA

Presentamos este material de trabajo, elaborado y editado por el Secretariado Social Diocesano y la Escuela Social de la Iglesia Asturiana.

Desde la conciencia clara de que el «documento COR UNUM puede marcar un verdadero hito en el compromiso de los cristianos en la lucha contra el hambre y contra su causa más radical, la pobreza», si se sabe aprovechar la convocatoria que se nos hace, de renovar la vida y la espiritualidad cristiana desde la perspectiva de la solidaridad con los más pobres, este Secretariado de la Iglesia Asturiana se vio urgido a editar esta síntesis y guía de lectura del documento mencionado.

Se ofrece en este material de trabajo un resumen ordenado de los principales contenidos del documento «El hambre en el mundo», que servirá de aliciente para la lectura sosegada y completa del propio documento.

Pero además añade algunas informaciones complementarias y un cuestionario para guiar la reflexión y nuestra revisión de compromiso ante el problema del hambre.

Agradecemos a José Manuel Parrilla, director del Secretariado Social Diocesano de Oviedo, la gentileza de su oferta y permiso de publicación de este material de trabajo, que consideramos puede servir de orientación y de ánimo para profundizar en el documento de COR UNUM, además de inspirarnos y servir de acicate a la hora de trabajar con nuestros grupos y comunidades con un tema llamado a interpelarnos.

I. SITUANDO EL DOCUMENTO EN SU CONTEXTO

Se aleja la esperanza de desarrollo mientras se agranda el abismo Norte-Sur.

En el presente año 1997 se cumplen treinta de la *Populorum Progressio* (El desarrollo de los pueblos), la primera encíclica que la Iglesia dedicó al problema del desarrollo y en la que se afrontaba la pobreza y el hambre del que, por entonces, se comenzaba a llamar «Tercer Mundo». Veinte años después, otra encíclica, titulada *Sollicitudo rei socialis* (La preocupación por la cuestión social), volvía sobre el mismo problema, constatando que «la esperanza de desarrollo aparece en la actualidad muy lejana de la realidad» (SRS, I 2a), pues el **abismo entre el Norte desarrollado y el Sur empobrecido** no sólo persiste, sino que se agranda (Cf. SRS, I 4a).

La década perdida para el desarrollo y la creciente desigualdad exigen un empeño más realista frente a las causas del hambre.

En efecto, si la década de los sesenta estuvo marcada por un cierto optimismo respecto a la posibilidad de vencer pronto el hambre y la pobreza, aplicando a los países atrasados el modelo de desarrollo económico ya experimentado en los países occidentales, la crisis de los años setenta dio paso a la llamada «década perdida» para el desarrollo y los noventa aparecen marcados por la **desigualdad creciente** entre países pobres y ricos. Algunos de los países más atrasados, sobre todo de Africa, incluso son actualmente más pobres que dos décadas atrás. Todo ello exige afrontar con ma-

yor realismo y con mayor empeño el problema de la pobreza, cuyas causas no son simplemente económicas.

Por eso la Iglesia, con el documento titulado «El hambre en el mundo», y que lleva un subtítulo muy expresivo de su intencionalidad, «Un reto para todos: el desarrollo solidario», hace ahora un nuevo llamamiento al compromiso frente al hambre, como síntoma principal de la pobreza. El texto ha sido preparado, a indicación de Juan Pablo II, por el Pontificio Consejo «Cor Unum», coincidiendo con los veinticinco años de su institución. De este organismo de la Santa Sede forman parte, entre otras organizaciones de todo el mundo, Cáritas Española y Manos Unidas. Se trata de un documento que, sin tener rango de encíclica, tiene la profundidad y amplitud de los grandes documentos de la Doctrina Social de la Iglesia y reúne importantes enseñanzas para la acción social.

Todo él constituye un llamamiento dirigido «a sus miembros y a toda la Humanidad» (n. 2). En sus párrafos de introducción, se expresa la clave fundamental de lectura: la realidad del hambre no se puede abordar como si fuera un problema de escasez de bienes, sino como una **cuestión ética y política** que tiene mucho más que ver con los criterios de distribución de los bienes de la Tierra.

La Iglesia hace un nuevo llamamiento al compromiso contra el hambre y propone enseñanzas para la acción social.

Clave de lectura: el hambre es un problema ético y político, no sólo económico.

Superar el hambre exige transformaciones económicas, políticas y morales, necesarias para lograr el desarrollo solidario.

Por ello, lo que está en juego es cómo lograr un **desarrollo solidario**, que permita superar la realidad misma del hambre y las inicuas desigualdades que existen actualmente entre los pueblos. Y si las causas del problema no son sólo económicas, sino políticas y morales, el enfoque de las soluciones debe incluir transformaciones en todos estos ámbitos.

Por esa razón, el documento, a lo largo de sus cinco capítulos, realiza un cuidadoso análisis de la pobreza, emite un diagnóstico sobre sus causas, discierne los aspectos morales en juego y propone líneas de acción para llevar a cabo los cambios necesarios.

EL HAMBRE ES UN PROBLEMA DE SOLIDARIDAD

«El derecho a la alimentación es uno de los principios proclamados en 1948 por la Declaración Universal de Derechos Humanos (...). No obstante, millones de personas están marcadas todavía por los estragos del hambre y de la malnutrición o por las consecuencias de la inseguridad alimentaria. ¿Radica la causa en la carencia de alimentos? Absolutamente no. Está reconocido, generalmente, que los recursos de la Tierra, considerados en su totalidad, pueden alimentar a todos sus habitantes (...). El desafío que se plantea a toda la Humanidad es, desde luego, de orden económico y técnico, pero más que todo de orden ético-espiritual y político. Es una cuestión de solidaridad vida, de desarrollo auténtico y de progreso material.» (Introducción del documento.)

2. ESTRUCTURA DEL DOCUMENTO

Tras la introducción, el primer capítulo (números 4-21) está dedicado al **análisis social del hambre y la pobreza**, profundizando especialmente en sus causas e implicaciones de orden económico, político y socio-cultural. La relación causal acumulativa entre hambre y pobreza está en la base del problema, por cuanto la imposibilidad de adquirir los bienes necesarios impide superar el problema alimentario y, a su vez, la carencia de alimentación hipoteca el desarrollo futuro de los pueblos.

Relación causal acumulativa entre el hambre y la pobreza.

En la segunda parte (nn. 23-37) realiza una **lectura ética** del problema, a partir de los principios de la Doctrina Social de la Iglesia, definiendo una serie de retos que es preciso afrontar para lograr un desarrollo solidario que permita superar las causas del hambre. Entre estos retos figuran: hacer efectivo el destino universal de los bienes, lograr la integración participativa de los pobres en la sociedad internacional, establecer el desarrollo progresivamente, lograr un desarrollo equilibrado y respetuoso con el medio ambiente, fortalecer la democracia como forma participativa en la que los pobres han de tener su propia voz, posibilitar el acceso al crédito de las mujeres como un grupo en el que la pobre-

Retos que es preciso afrontar para superar el hambre.

za incide especialmente y superar las prácticas corruptas, asegurando la integridad en el servicio al bien común.

La economía debe convertirse en instrumento de solidaridad.

El tercer capítulo (nn. 38-53) propone **criterios ético-sociales** para hacer de la economía mundial un instrumento de solidaridad. Con esa finalidad somete a revisión el funcionamiento de las estructuras del sistema económico, tales como el comercio internacional, la deuda externa, la ayuda al desarrollo, la reforma agraria o la misión de los organismos internacionales. La seguridad alimentaria local se configura como un objetivo básico e indispensable en cada país para hacer posible el ulterior proceso de desarrollo.

Situación económica mundial marcada por la injusticia y el pecado estructural.

A continuación, el documento hace **una lectura teológico-pastoral** del fenómeno del hambre (nn. 54-59): la economía mundial, juzgada a la luz de la Palabra de Dios y de la Doctrina Social de la Iglesia, aparece marcada por la falta de justicia y el pecado estructural; la privación de los bienes indispensables para muchas personas es una forma de exclusión que se opone al plan de Dios, pues éste incluye la posibilidad de que todas las personas dispongan de los bienes de la Creación para asegurar una vida digna. Frente a ello, el jubileo del año 2000 emplaza a toda la Iglesia en el compromiso de acelerar la erradicación del hambre en el mundo.

Finalmente, la parte última del documento (nn. 60-71) está dedicada a las exigencias del hambre y la pobreza para la **espiritualidad y el compromiso de los cristianos**. Escuchando la interpelación de Dios a través de los hambrientos, el cristiano experimenta la conversión como una invitación a vivir la pobreza evangélica y a combatir esa otra pobreza, no querida por Dios, que degrada la dignidad de las personas que la padecen y las condena al hambre y a la muerte. Esa experiencia del amor de Dios convierte el corazón y hace posible cambiar de vida y luchar contra las estructuras de pecado para construir estructuras de justicia y bien común.

La conversión cristiana lleva a construir estructuras de justicia.

3. ANÁLISIS DEL PROBLEMA: LAS CAUSAS DEL HAMBRE

Es fácil coincidir en la necesidad de resolver el drama del hambre en el mundo, pero no lo es tanto ponerse de acuerdo en sus causas. Quizá esta falta de claridad respecto al origen del problema sea uno de los aspectos que lastran la voluntariosa acción de muchas personas y organizaciones, tanto eclesiales como no eclesiales, que dedican grandes esfuerzos a paliar las consecuencias de la pobreza. Frente a las lecturas ingenuas o frente a otras interpretaciones, no ingenuas pero sí interesadas en no afrontar las causas últimas del hambre, el documento de «Cor

Una visión completa de los factores estructurales que originan el hambre.

Unum» ofrece una visión completa de los factores estructurales que propician o mantienen el actual estado de cosas (Cuadro I).

Factores económicos coyunturales: deuda externa y costos sociales de los programas de ajuste.

En el **ámbito económico**, existen factores coyunturales como el problema de la «deuda externa» y los «programas de ajuste estructural», que los organismos internacionales imponen a los países no desarrollados como precio de la ayuda que se les presta. Estos programas tienen consecuencias sociales muy negativas en las poblaciones pobres, de tal forma que el crecimiento de la pobreza se asume como una consecuencia inevitable de la política económica obligatoria para que el país pueda seguir teniendo acceso a la ayuda internacional.

Causas de fondo vinculadas al modelo de desarrollo: comercio desigual, intereses occidentales, inmoralidad económica.

Pero más allá de la coyuntura, las causas económicas de fondo se encuentran en la pobreza originada por modelos de desarrollo impuestos por los países occidentales y sus políticas de comercio internacional desigual; éstas aparecen marcadas por comportamientos inmorales, basados en la búsqueda del beneficio propio, y con frecuentes casos de corrupción económica y política. Siendo cierto que en muchos países pobres las minorías gobernantes son corruptas, no es menos cierto que esa situación es frecuentemente tolerada y hasta propiciada por los países occidentales, en atención a sus propios intereses económicos y políticos.

CUADRO I

LAS CAUSAS DEL HAMBRE (nn. 9-18)

CAUSAS ECONÓMICAS	profundas	<ul style="list-style-type: none"> • Pobreza: <i>incapacidad de adquirir bienes.</i> • Políticas económicas impulsadas por los países desarrollados. • Estructuras ineficaces: <ul style="list-style-type: none"> – desarrollo con altos costos sociales. – comercio internacional desigual. • Comportamientos inmorales: <ul style="list-style-type: none"> – búsqueda beneficio propio. – corrupción económica y política.
	coyuntu- rales	<ul style="list-style-type: none"> • Deuda externa acumulada y agravada por la crisis. • Programas de ajuste estructural dictados por organismos internacionales. • Costos sociales del ajuste económico para la población pobre .
CAUSAS POLÍTICAS		<ul style="list-style-type: none"> • Privación de alimentos como arma política (embargos). • Concentración de los recursos económicos y del control político en las minorías poderosas. • Desestructuraciones económicas: <ul style="list-style-type: none"> – <i>políticas internas equivocadas.</i> – <i>proteccionismo comercial .</i> – <i>agricultura orientada a exportar.</i>
CAUSAS SOCIO-CULTURALES		<ul style="list-style-type: none"> • Tabúes alimentarios. • Situación social y familiar de la mujer. • Falta de formación y analfabetismo. • Desempleo y precariedad laboral . • Natalidad elevada inducida por la pobreza.

Factores políticos del hambre: embargos, desigualdad, políticas favorecedoras de las minorías poderosas

También toma cuenta el documento de la existencia de causas de tipo político. El uso de los embargos económicos utilizados como arma política empeora la situación de pobreza, ya que, en lugar de afectar a los gobernantes, suelen afectar a las poblaciones por ellos sometidas. Otro factor es la gran desigualdad originada por la concentración de los recursos económicos en las minorías poderosas que ejercen a la vez el control político de los países. Asimismo, las políticas que provocan desestructuración interna de la economía nacional, orientadas más a salvaguardar los intereses de las minorías poderosas y a la exportación que a lograr la satisfacción de las necesidades de la propia población.

Las políticas proteccionistas impiden el desarrollo de los países pobres

Por último, la práctica del proteccionismo comercial (consistente en aplicar impuestos a los productos importados que puedan competir con otros de producción interior) impide el desarrollo de los países pobres al obstaculizar la libertad de mercado: los países ricos defienden sus propios productos de la competencia de otros producidos a más bajo coste en los países atrasados, con lo cual se impide el desarrollo de esos países.

Factores socio-culturales que retardan el desarrollo.

Junto a los factores económicos y políticos, los aspectos socio-culturales tienen también su importancia. Entre ellos, los tabúes alimentarios, la situación social y familiar de la mujer, las carencias en formación, el desempleo y la precariedad laboral,

junto con una elevada natalidad inducida por la propia situación de pobreza y falta de formación, forman un «caldo de cultivo» que favorece la reproducción de la pobreza y retarda la posibilidad de lograr el desarrollo humano y la superación del hambre. No obstante, el documento deja claro que de ningún modo se puede atribuir el hambre a la densidad de población y que, como la historia demográfica demuestra, «es más probable llegar a reducir un excesivo crecimiento demográfico tratando de disminuir la pobreza masiva, que vencer la pobreza contentándose con bajar la tasa de crecimiento demográfico» (n. 15).

La pobreza agrava el problema demográfico.

Dado que la Tierra puede alimentar a todos sus habitantes actuales, «el problema principal es el de un acceso desigual a esos alimentos», afirmación que el documento recoge de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y la Organización Mundial de la Salud (OMS) en la Declaración Mundial sobre la Nutrición (Roma, 1992).

El acceso desigual a los alimentos es el problema principal.

3. INTERPRETACIÓN ÉTICO-CRÍTICA: EL HAMBRE COMO DESAFÍO AL VERDADERO DESARROLLO

La realidad del hambre en el mundo plantea **la pregunta por el verdadero desarrollo**; no cualquier concepto de desarrollo se revela útil para resolver el pro-

No hay verdadero desarrollo sin acceso equitativo a los bienes.

Necesidad del desarme para liberar recursos que permitan el desarrollo humano sostenible.

El desarrollo humano exige superar la exclusión social, apostar por la democracia y promover la condición social de las mujeres.

blema del hambre (ver Cuadro 2), sino un desarrollo que tenga por objetivo el bien común, en el cual se incluye una gestión eficaz de los recursos que, respetando los principios de solidaridad y subsidiaridad, consiga la realización práctica del destino universal de los bienes. No hay verdadero desarrollo sin acceso suficientemente equitativo a los bienes disponibles. Un desarrollo equilibrado debe contemplar la necesidad del desarme progresivo, que liberaría importantes recursos indispensables para salir de la pobreza. Además, debe ser un desarrollo sostenible, respetuoso con el medio ambiente, que no hipoteque la vida y el bienestar de las generaciones futuras.

Para alcanzar el verdadero desarrollo humano es preciso **superar la exclusión social y lograr la integración participativa** de las poblaciones pobres en la sociedad: ello supone apostar por la democracia interna en todos los países, de modo que se superen las prácticas corruptas y sea escuchada la voluntad popular. En el esfuerzo de integración social cobra gran importancia la promoción de la condición social de las mujeres; ellas desempeñan una relevante tarea en la supervivencia de poblaciones enteras y a la vez forman un grupo social en el que la pobreza incide especialmente.

Se requiere también una **democratización de las relaciones internacionales**, condicionadas por las decisiones de

los países más poderosos, para asegurar la integración de los países pobres en la comunidad internacional en igualdad de derechos, de modo que pueda ser escuchada su voz y los programas destinados a combatir el hambre se orienten más directamente según las necesidades expresadas por los propios pobres. Junto con ello, las relaciones económicas internacionales deberán posibilitar a los países pobres el acceso al crédito sin caer en el asistencialismo ni crear dependencias, sino promoviendo iniciativas locales que establezcan las bases de un desarrollo integral.

Lograr la efectiva igualdad de derechos en la comunidad internacional.

CUADRO 2 EL CONCEPTO DE DESARROLLO (I)

NO existe una definición universalmente válida del desarrollo, sino diversas visiones que se han ido elaborando, aplicando y corrigiendo sucesivamente:

- a) Una versión lo identifica con el **mero desarrollo económico**: es el paradigma de la economía clásica, en el cual progreso económico y progreso humano de la civilización se suponen coincidentes. Esta visión concibe el desarrollo como un proceso natural (endógeno al sistema) que una vez iniciado se autosostiene y avanza de forma gradual y sin rupturas.
- b) Otra concepción identifica desarrollo con **modernización**: es el modelo de las economías liberales capitalistas. Se entiende como un proceso de industrialización acompañado de mejoras en la estructura social; un proceso inmanente acumulativo e irreversible.
- c) La **visión marxista** es más estructural: no abandona el postulado de la evolución y el crecimiento centrado en las estructuras y concretamente en el sistema productivo y en las relaciones que se establecen con base en la producción material. El análisis del desarrollo se hace según esta visión desde la evolución de los sistemas productivos.
- d) Las **teorías de la dependencia**, originadas en el Tercer Mundo como respuesta a los modelos de desarrollo occidentales, analizan el desarrollo y el subdesarrollo como aspectos interrelacionados de un mismo proceso global basado en la división internacional del trabajo, que origina en sus relaciones dos tipos de áreas o regiones: unas «centrales» y otras «periféricas»; así las relaciones son de «dependencia», y la superación del subdesarrollo requiere separarse del mercado mundial y lograr la independencia propia. Esta teoría ha sido completada con el concepto de «interdependencia», que ve el problema en un contexto en el que existen diferentes tipos y grados de dependencia.
- e) **Concepciones humanistas** del desarrollo: han surgido ante la conciencia de la pobreza y de las consecuencias ecológicas del modelo de desarrollo vigente. No se centran en lo material o económico (en sentido restringido), sino que proponen un «desarrollo diferente», una tarea activa, que tiene que ver con el hombre como sujeto agente y con las sociedades humanas. Pretende un desarrollo global (atento a todas las dimensiones de lo humano), endógeno (aprovechamiento de los recursos internos de cada país) e integrado (coparticipación ya sea de regiones o sectores sociales).

(I) Cf. SETIÉN, M. L.: «El concepto de desarrollo y su problemática en la "Sollicitudo rei socialis"», en VV. AA.: *Solidaridad, nuevo nombre de la paz*, Mensajero, Bilbao, 1989, págs. 99-121.

información jornadas





COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL

FUNDACIÓN PABLO VI

INSTITUTO SOCIAL LEÓN XIII

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS
Y SOCIOLOGÍA DE LA
UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA

VIII CURSO DE FORMACIÓN
DE
DOCTRINA SOCIAL
DE LA IGLESIA

«PROBLEMAS NUEVOS
DEL TRABAJO»

Madrid, 8-10 de septiembre de 1997

FUNDACIÓN PABLO VI
P.º de Juan XXIII, 3

233



I. La nueva situación económica

Lunes, 8 de septiembre

10-11 h. Recepción y entrega de materiales.

11,00 h. Sesión de apertura.

CONFERENCIA:

«*La nueva situación del trabajo de la laborem exercens al tercer milenio*». ILDEFONSO CAMACHO. Profesor de la Facultad de Teología de Granada.

12,30 h. Descanso.

13,00 h. Presentación de los seminarios.

16,30 h. 2.^a CONFERENCIA:

«*La economía global y el nuevo entorno económico: su incidencia en el sistema económico español*». FRANCISCO MOCHÓN. Catedrático de Teoría Económica (UNED).

18,00 h. Descanso.

18,30 h. 3.^a CONFERENCIA:

«*Las estructuras del desempleo en España*». LUIS TOHARIA. Catedrático de la Universidad de Alcalá de Henares.

20,00 h. Eucaristía.

Martes, 9 de septiembre

8,45 h. Eucaristía.

10,00 h. 4.^a CONFERENCIA:

«*Nuevas tecnologías y nuevas formas de trabajo*». ANTONIO CHOZAS. Miembro del Instituto Europeo de la Seguridad Social e Inspector de Trabajo.

11,30 h. Descanso.

12,00 h. 5.^a CONFERENCIA:

«*Efectos sociales del desempleo*». JUAN GONZÁLEZ ANLEO. Decano de la Facultad de Sociología «León XIII», de la Universidad Pontificia de Salamanca.

II. Las iniciativas sociales para la administración del trabajo disponible

16,30 h. Seminarios.

18,30 h. Descanso.

19,00 h. 6.^a CONFERENCIA:

«La responsabilidad social de la empresa en la creación de empleo y en la calidad de vida del trabajo disponible».

LUIS DE SEBASTIÁN. Profesor de ESADE, Barcelona.

Miércoles, 10 de septiembre

8,45 h. Eucaristía.

10,00 h. 7.^a CONFERENCIA:

«El problema del desempleo. Soluciones políticas y sociales y alternativas fuera del mercado laboral».
EDUARDO ROJO. Catedrático de Derecho del trabajo en la Facultad de Girona.

11,30 h. Descanso.

12,00 h. Seminarios.

16,30 h. Mesa redonda:

«La reforma laboral». Intervendrán expertos en Ciencias Sociales y en Doctrina Social de la Iglesia que presentarán, en forma de debate la nueva situación creada a partir de la Reforma Laboral.

18,30 h. Descanso.

III. La aportación de la doctrina social a la cultura del trabajo

19,00 h. Puesta en común de los seminarios.

20,00 h. CONFERENCIA DE CLAUSURA:

«Cien años de magisterio pontificio sobre el trabajo. Cambio en los centros de interés desde la Rerum Novarum hasta hoy». MONS. JOSÉ MARÍA GUIX FERRERES. Presidente de la Comisión Episcopal de Pastoral Social y de la Fundación Pablo VI.

SEMINARIOS

PRIMER SEMINARIO:

«Creación de empleo: contribución y responsabilidad de los agentes sociales ante la nueva situación».

Director: EDUARDO ROJO.

SEGUNDO SEMINARIO:

«Trabajo precario, economía sumergida y economía social».

Director: RAFAEL SERRANO.

ORGANIZACIÓN DEL CURSO

MATRÍCULA DEL CURSO:

Importe: 8.000 ptas.

4.000 ptas. para estudiantes.

LUGAR DE CELEBRACIÓN DEL CURSO:

Fundación Pablo VI.

P.º de Juan XXIII, 3. 28040 Madrid.

INFORMACIÓN E INSCRIPCIONES:

* Secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral Social:

C/ Añastro, 1. 28033 Madrid.

Teléfono (91) 343 97 10.

Fax (91) 343 97 27.

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociología León XIII:

P.º de Juan XXIII, 3. 28040 Madrid.

Teléfonos (91) 553 40 07 y 533 52 00.

XII JORNADAS DE TEOLOGÍA DE LA CARIDAD

Como viene siendo habitual, Cáritas Española organiza por encargo de la C.E.P.S. las Jornadas de Teología de la Caridad, que se celebran cada cuatro años. La anterior edición se celebró en la Diócesis de Huesca y este año se celebrará en la Diócesis de Valencia.

Si bien las Jornadas se celebran pensando el estudio y análisis sobre las diversas características del ser y hacer en la Teología de la Caridad, este año, dado que se celebra el 50 aniversario de Cáritas, se hará especial mención a este hecho, sobre todo en las ponencias.

El plazo de inscripción para las mismas termina el 28 de julio y se puede solicitar información a Cáritas Española (teléfono 444 10 39, Celia Bragado).

**Tema: «Cáritas en la caridad de la Iglesia:
Memoria-presencia-profecía»**

Fechas de celebración: Días 23 y 24 de octubre.

Lugar: Palau de la Música de Valencia.

Destinatarios: Están abiertas a todo aquel que tenga interés en profundizar y reflexionar sobre el compromiso que exige la acción sociocaritativa de hoy y de mañana.

Contenidos:

Día 23 de octubre

10,00 h. Inauguración de las Jornadas/Oración.

10,30 h. 1.^a PONENCIA: «*Cáritas en la vida de la Iglesia Española: las respuestas históricas que comprometen*».

Ponente: José Sánchez Jiménez.

12,30 h. COMUNICACIONES.

16,00 h. MESA REDONDA: «*Respuestas eclesiales a los desafíos de pobreza y desigualdad en la sociedad actual*».

Ponentes: José Antonio Lobo Alonso, director de Colectivo Verapaz; José M.^a Zufiaur, LABOUR, Grupo de Análisis Sociolaborales e Internacionales; Adela Cortina Orts, catedrática de Ética de la Universidad de Valencia, y Nicandro Pérez Bellot, director del Secretariado de Migraciones.

18,00 h. 2.^a PONENCIA: «*Por una justicia mayor: origen y formas del amor cristiano*».

Ponente: Juan Miguel Díaz Rodelas, profesor de la Facultad de Teología (Valencia).

Día 24 de octubre:

9,00-14,00 h. SEMINARIOS

1. *Lectura creyente de la realidad*, Ramón Prat Pons, profesor de la Facultad de Estudios de Teología de Barcelona y director de IREL.

2. *El compromiso con las nuevas pobrezas emergentes. Teología desde el Cuarto Mundo*, Tony Catalá Carpintero, S. J., Centro Arrupe (Valencia).

3. *Crisis social y cultural: políticas contra la exclusión y recuperación de valores sociales*, Demetrio Casado Pérez.
 4. *Doctrina social de la Iglesia y neoliberalismo*, Francisco Jiménez Ambel, vicepresidente del ISE, Valencia.
 5. *Para comprender e impulsar la solidaridad y la gratuidad*, Marciano Vidal, director del Instituto Superior de Ciencias Morales (Madrid).
 6. El camino testimonial de la coordinación pastoral en la acción sociocaritativa, Pedro Jaramillo Rivas, vicario general de Ciudad Real.
 7. *La encarnación y la kénosis en la «Tertium Millennio Adveniente»*, José Vidal Talens, profesor de la Facultad de Teología (Valencia).
 8. *Respuestas eclesiales a las situaciones de marginación en la Comunidad Valenciana*, Nicandro Pérez Bellot, director del Secretariado de Migraciones (Alicante).
- 16,00 h. 3.^a PONENCIA: «Aportaciones de Cáritas para la construcción de un mundo más justo y solidario».
Ponente: Monseñor Alonso Felipe Gregory, presidente de Caritas Internationalis, obispo de Emperatriz (Brasil).



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

	PRECIO
N.º 57 «Sollicitud rei Socialis». Nuevas traducción y comentarios..... (Enero-marzo 1991)	900 ptas.
N.º 58 Ideologías, relaciones internacionales y Doctrina Social de la Iglesia (Abril-junio 1991)	900 ptas.
N.ºs 59/60 Nueva evangelización y solidaridad internacional (Julio-diciembre 1991)	1.600 ptas.
N.º 61 Doctrina Social de la Iglesia y Caridad..... (Enero-marzo 1992)	1.000 ptas.
N.ºs 62/64 Cien años de Doctrina Social. De la «Rerum Novarum» a la «Centesimus Annus» (Abril-septiembre 1992)	3.000 ptas.
N.º 65 El voluntariado en Cáritas y su formación..... (Enero-marzo 1993)	1.000 ptas.
N.ºs 66/67 España en la CEE a la luz de la doctrina social de la Iglesia..... (Abril-septiembre 1993)	1.800 ptas.
N.º 68 Los derechos humanos en la cárcel. Un compromiso para la Iglesia (Octubre-diciembre 1993)	1.000 ptas.
N.º 69 La mortalidad pública en la democracia..... (Enero-marzo 1994)	1.000 ptas.
N.º 70 Evangelización, liberación cristiana y opción por los pobres..... (Abril-junio 1994)	1.000 ptas.
N.º 71 La doctrina social de la Iglesia, hoy..... (Julio-septiembre 1994)	1.000 ptas.
N.º 72 La Iglesia y los pobres..... (Octubre-diciembre 1994)	1.400 ptas.
N.ºs 73/74 Crisis económica y Estado del Bienestar..... (Enero-junio 1995)	1.800 ptas.
N.º 75 Hacia una cultura de la solidaridad (Formación y acción desde la D.S.I.)..... (Julio-septiembre 1995)	1.100 ptas.

	<u>PRECIO</u>
N.º 76 Animadores en la comunidad (Escuela de Formación Social año 1995) (Octubre-diciembre 1995)	1.100 ptas.
N.º 77 Iglesia y sociedad por el hombre y la mujer en prisión..... (Enero-marzo 1996)	Agotado
N.º 78 La pobreza, un reto para la Iglesia y la sociedad . (Abril-junio 1996)	1.100 ptas.
N.º 79 Participar para transformar. Acoger para compartir (Julio-septiembre 1996)	1.100 ptas.
N.º 80 Los desafíos de la pobreza a la acción evangelizadora de la Iglesia (Octubre-diciembre 1996)	2.000 ptas.
N.º 81 Preparando el Tercer Milenio. Jesucristo, centro de la Pastoral de la Caridad..... (Enero-marzo 1997)	1.500 ptas.
N.º 82 El hambre en el mundo (a partir del documento de «Cor Unum»)..... (Abril-junio 1997)	1.500 ptas.

PRÓXIMOS TÍTULOS

N.º 83 Trabajo y calidad de vida (Actas del Curso de Doctrina Social de la Iglesia)..... (Julio-septiembre 1997)	1.500 ptas.
N.º 84 Cáritas en la vida de la Iglesia (Memoria-presencia-profecía). (Actas de las XII Jornadas de Teología) (Octubre-diciembre 1997)	1.500 ptas.

CORINTIOS
revista de teología y pastoral de la caridad
XIII

Apellidos

.....

Nombre

Dirección

Población

C.P.

Deseo suscribirme por un año a la revista trimestral **Corintios XIII**. Importe anual **4.100 ptas.**

FORMA DE PAGO:

- Talón bancario adjunto a nombre de **CÁRITAS ESPAÑOLA**.
- Giro postal núm. a nombre de **CÁRITAS ESPAÑOLA**.
- Orden de pago por domiciliación bancaria.

ORDEN DE PAGO POR DOMICILIACIÓN BANCARIA

Revista/Publicación

Nombre del Banco

Dirección Código Postal

Población Provincia

* N.º de entidad (4 dígitos):

--	--	--	--

* N.º de sucursal (4 dígitos):

--	--	--	--

* N.º de cuenta (10 dígitos):

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Nombre del titular de la cuenta

.....

Ruego a ustedes se sirvan tomar nota de que hasta nuevo aviso deberán adeudar en mi cuenta con esa cantidad el recibo que anualmente y a nombre de les sea presentado por **Cáritas Española**.

Atentamente
(firma del titular)

NOTA: Los conceptos marcados con asterisco son imprescindibles para la domiciliación.





Cáritas



Índice